

**Universidad Nacional de Río Negro
Escuela de Humanidades y Estudios Sociales
Licenciatura en Ciencias Antropológicas
con Orientación Sociocultural
Tesina de Licenciatura**

“Dulce como el azúcar, rica como el café”
**Las experiencias de trabajadoras sexuales centroamericanas en
Bariloche**

**Melisa Cabrapán Duarte
Nro. de Legajo: 429**

**Directora: Dra. Laura Kropff
Co-Directora: Mg. Laura Eisner**

San Carlos de Bariloche, 30 de Junio de 2014

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer, en primer lugar, a todas las personas que colaboraron con esta investigación, atendiendo a mis curiosidades, permitiendo que interrumpiera sus rutinas cotidianas y laborales y dándome lugar a que indagara acerca de sus vidas o percepciones sobre distintos aspectos.

Por otro lado, a mi directora Laura, que con tanto compromiso, entusiasmo -y ¡exigencia!- me guió y acompañó en este camino tan hermoso.

A Laura, que con su codirección y lecturas minuciosas hizo crecer este trabajo.

A mis amigas y compañeras Viqui y Paula con las que compartí los espacios de angustia pero también de alegrías.

A Pablo, que me aguantó en este largo trayecto.

Y a los profesores de la carrera que me enseñaron otra forma de ver el mundo y que, seguramente, sus huellas están plasmadas en esta tesina.

INDICE

AGRADECIMIENTOS.....	2
----------------------	---

INTRODUCCIÓN

1. Construyendo el problema.....	5
1.1 El caso en los medios.....	8
1.2 A modo de contextualización	
1.2.1 Legislaciones sobre la prostitución hoy.....	11
1.2.2 La migración centroamericana en Argentina y Bariloche.....	13
2. Metodología.....	15
3. Organización de la tesina.....	16

CAPÍTULO I: **Puntos de partida: marco teórico y conceptual**

1. Migración femenina: ¿Vulnerabilidad o empoderamiento?.....	17
2. ¿Trabajo o explotación sexual?.....	18
3. Migrantes y trabajadoras sexuales.....	21
4. Subjetividad y espacialidad.....	26

CAPÍTULO II: **El Bariloche Center, un edificio particular: la espacialización del**

trabajo sexual.....	31
1. Situando al Bariloche Center: representaciones y discursos sociales.....	34
2. En el BC ¿hay trata de personas?.....	43
3. Entramando intereses y moralidades: El BC como espacio para el mercado sexual.....	46
4. Palabras finales.....	53

CAPÍTULO III: El mercado sexual	55
1. La oferta local	56
2. La racialización e hipersexualización del mercado sexual de centroamericanas	62
3. Los “demandantes”: los clientes.....	68
4. El trabajo sexual y las relaciones de pareja.....	73

CAPÍTULO IV: Subjetividades: entre la estructura y la agencia

1. Las percepciones sobre las centroamericanas	
1.1 La mías: “Subiendo por el ascensor”	76
1.2 Las de los actores	79
2. Experiencias en primera persona: la migración y el trabajo sexual.....	83
2.1 Dos madres, dos historias.....	84
2.2 El trabajo sexual: Tiempos, lugares y vidas fragmentadas.....	88
2.2.1 Las formas de inserción.....	89
2.2.2 Las motivaciones y los significados: “ <i>Esta vida te pone muy fuerte</i> ”	91
3. A modo de cierre: su centro y la espera.....	95

CONCLUSIONES.....	97
-------------------	----

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.....	102
---------------------------------	-----

INTRODUCCIÓN

1. Construyendo el problema

El edificio está ahí, en esas cuadras del centro, desde hace un largo tiempo. Yo lo recuerdo desde que era chica y, de alguna manera, su figura siempre acompañó mi imaginario sobre el centro de Bariloche. La sensación de que había en él algo o mucho que no combinaba con la ciudad estuvo presente variadas veces en mí. El haber crecido en casas bajas, rodeada de espacios verdes y, en general, alejada de las zonas de mayor tráfico, contrastaba un poco con esa inmensidad que se imponía cuando pasaba por al lado, o que sentía cuando entraba para realizar alguna compra en la galería comercial de la planta baja, en general de fotocopias.

Era un lugar extraño pero, al mismo tiempo, divertido durante mi adolescencia, cuando ya empezaba a transitar sola o con amigos por los distintos sitios. La puerta giratoria era una de las cosas que más se destacaba. Pasábamos largos minutos sin sentido dentro de ella, hasta entrar o salir definitivamente del edificio. Y el feroz viento que se levantaba al caminar por la vereda de enfrente también era otra característica que lo identificaba y que lo identifica hasta el día de hoy. Parece que uno ingresa a una lucha contra la corriente, vaya en la dirección que vaya. La ciudad puede estar en calma, pero el Bariloche Center siempre está rodeado de fuertes vientos. Su estructura tan geométrica, rígida y extremadamente grande nunca ha pasado desapercibida para ningún turista, ni ha dejado de aparecer en sus fotografías de la Plaza del Centro Cívico, ya que el Bariloche Center, hace de “telón de fondo” de la postal.

El interior del edificio también produce sensaciones raras. El olor añejo al caminar por los anchos pasillos da cuenta de sus tiempos, y su estética también remite a varias décadas atrás. Si bien su arquitectura es moderna y urbana, ya han pasado cuarenta años desde su construcción, por lo que han surgido nuevos paradigmas que lo han dejado “viejo”. Todos los espacios públicos que tiene son muy grandes y ninguno lo suficientemente ameno o amigable. Todos generan cierta incomodidad e insatisfacción. Parece ser más bien un lugar de paso, de tránsito, aunque en realidad es un hogar para muchos.

Cuando llegué al Bariloche Center (en adelante BC) el edificio en sí no significó mucho más que el espacio donde las migrantes centroamericanas que se dedicaban a la prostitución estaban, es decir, el soporte o el lugar físico que las contenía. Sin embargo, después de un tiempo, noté cómo la actividad producía nuevos sentidos en y sobre el edificio y, de esta manera, comencé a indagar acerca de los diversos significados que se construían en torno al lugar, incluidos los míos. Desde mi punto de vista, que se ofrecieran servicios sexuales en el BC tenía cierta coherencia con lo que ese espacio significaba para mí, y para la ciudad, es

decir, no me generaba demasiada sorpresa. Mi percepción lo hacía un espacio “turbio” en donde se disimulaban prácticas “ilícitas” como la venta de drogas u otras transacciones que necesitaran ocultarse. Pero lo que sí me resultaba paradójico era que el edificio se ubicaba geográficamente en una zona céntrica, lo cual lo hacía visible y accesible contradiciendo el supuesto de que esa localización impediría que sucedieran allí prácticas consideradas “marginales”. Es decir, mi sentido común suponía que era más probable que esas prácticas se dieran en otras zonas de Bariloche, en la periferia, o en “el alto”, respondiendo al *croquis* hegemónico de la ciudad, porque justamente el alejamiento las posibilitaría e invisibilizaría.¹

Por otro lado, lo que también me llamó la atención fue cómo podía convivir una realidad de prácticas clandestinas con la realidad propia y común de un edificio habitacional y comercial, es decir, con una diversidad de inquilinos y propietarios, y con locales comerciales o administrativos de distintos rubros. Así, este aspecto lo volvió aún más paradójico porque el BC no es sólo un lugar donde ocurren o, por lo menos, se sospechan acciones de ese estilo, sino que las mismas se entran con una cotidianeidad que está lejos de pensarse marginal.

En este sentido, el BC se fue convirtiendo sin querer en mi lugar de trabajo de campo y, al mismo tiempo, en mi objeto de estudio para contextualizar con mayor profundidad el trabajo sexual de las migrantes centroamericanas. Si bien era algo conocido que en el BC se ofrecían servicios sexuales, en determinado momento, el término local “las chicas del Center” dejó de referir solamente a las prostitutas residentes o argentinas al incorporárseles un nuevo grupo, compuesto por migrantes centroamericanas de Colombia, Venezuela y República Dominicana principalmente. Así, entendí que una nueva característica había ingresado en este espacio. El fenómeno había empezado a visibilizarse o, por lo menos, yo había empezado a mirarlo. El aspecto físico de estas mujeres me llamaba la atención: sus tecs morenas, sus peinados de pequeñas y largas trenzas, sus cuerpos vestidos con ropas ajustadas, sus formas de hablar, de caminar. Pero sobre todo me llamaba la atención que estuvieran en un lugar de la Patagonia Argentina, tan lejos de sus países de origen y que, además, practicaran la prostitución. Empecé a preguntarme por la manera en la que habían llegado a la ciudad, cómo habían arribado al edificio y, principalmente, cómo habían accedido a la industria sexual local – y específicamente a la del BC-, considerando que trabajaban tanto en sus departamentos privados como en cabarets que se encuentran en el mismo edificio. Inicialmente creí en la

¹Kropff sostiene que la división del ejido municipal se da entre tres grandes sectores: el centro, los kilómetros y el alto, pero que esta división no está representada cartográficamente a partir de límites estrictos, sino que la misma se construye y se actualiza en los discursos y prácticas cotidianas de los habitantes de la ciudad. La distinción entre “mapa” y “croquis” nos permite ver cómo el primero responde a una organización física del espacio, relevada por expertos, mientras que el croquis representa límites evocativos o metafóricos, sentimientos colectivos y subjetividades sociales. Entonces, la referencia a “el alto”, “(...) está cargada de cierto estigma discriminatorio y además no tiene en cuenta la diversidad hacia el interior...” (Kropff 2001:36), lo cual le otorga cierta “coherencia” a la percepción de que diversas prácticas clandestinas se den en este lugar.

posibilidad de que fueran víctimas de una red de trata y tráfico de personas, ya que para mí era una dificultad pensar que podían tener una motivación personal y voluntaria. Y en caso de que así fuera, pensaba en las razones por las que habían tomado esa decisión, ¿para qué lo habían hecho? y ¿cómo lo hacían? En otras palabras, ¿cómo podían resistir una situación que para mí resultaba tan dura, difícil y cargada de peligros?

Así, me propuse llegar a las migrantes, intentar acceder a su cotidianidad y conocerlas. Aunque creí que de por sí este objetivo iba a ser difícil, resultó todavía más complicado. Los primeros intentos se frustraron por los rechazos que recibí por parte de ellas, actitud que interpreté como comprensible ya que probablemente se encontraban en una situación delicada (de irregularidad migratoria o sometidas a explotación sexual o controladas por alguien). Entonces, en paralelo al trabajo de conseguir entrevistarlas, empecé a interactuar con distintas personas que viven y trabajan en el edificio, como en la conserjería o en locales comerciales de distinta índole, y a preguntarles sobre las centroamericanas: si las conocían, cómo se llevaban, qué tipo de relación tenían con ellas. Las charlas con estos actores incluían la temática del trabajo sexual en el edificio y, especialmente, del practicado por mujeres centroamericanas, pero también surgieron otros temas que superaron por momentos la particular referencia a estos aspectos. Fueron apareciendo percepciones sobre la materialidad del espacio -es decir, su estructura física-, sobre la historia del edificio, sobre quiénes vivían ahí y sobre las actividades que se desarrollaban, las visibles o las clandestinas, estas últimas vinculadas, en general, con la percepción que se tenía sobre el comercio sexual y sobre las prostitutas. De esta manera, si bien al principio las interacciones con las distintas personas eran complementarias a mi objetivo principal de llegar a las migrantes, luego se volvieron centrales para conocer el entramado social del cual ellas formaban parte.

Surgieron una variedad de representaciones, que no sólo referían a “las chicas del center”, sino que también reflejaban cómo se constituían y delineaban las relaciones sociales en el BC en torno a un comercio sexual que imperaba en el lugar. Como mencioné anteriormente, el edificio no es meramente una “zona roja” o un lugar de ilícitos, sino que se desarrollan otras actividades o formas de vida que no son consideradas socialmente como “clandestinas”.

Así, continué con la intención de lograr el acercamiento con las centroamericanas, y después de un tiempo, pude acceder a conocer a algunas de ellas, y escuchar los discursos sobre sus trayectorias migratorias y sobre la realización del trabajo sexual². De esta forma, los relatos de sus historias de vida fueron dando mayor sentido a lo que, en principio, yo no podía entender.

²Menciono la práctica en estos términos y lo haré de ahora en más, ya que de esta forma fue denominada por ellas mismas. Además, al referirme a “trabajo sexual” y no a “prostitución”, estoy tomando una posición en relación a mis interlocutoras, ya que no las trato como “prostitutas”, calificativo que deviene de la acción de “prostituir”, cuyos sinónimos son: corromper, pervertir o degradar, entre otros.

Además, sus narrativas le otorgaron un lugar particular al BC y también dieron cuenta de lo que éste significaba e implicaba para ellas en cuanto a las relaciones sociales que tienen con los distintos actores, tanto en sus espacios de vida o cotidianos como en los de trabajo.

De esta manera, el problema de cómo se constituye la subjetividad en relación íntima con la espacialidad pasó a tener mayor importancia ya que las trabajadoras sexuales migrantes del BC no están solas en su proceso de subjetivación. Al vivir y desenvolver el trabajo sexual en un espacio determinado, compartido por otros sujetos, ingresan en una trama de relaciones que ocupa un lugar central en la configuración de sus subjetividades. En este sentido, la pregunta que cobró relevancia fue ¿cómo articula el trabajo sexual la construcción de subjetividades de las migrantes centroamericanas en el BC y qué sentidos intervienen en ese proceso?

Por lo tanto, el objetivo principal de la investigación fue conocer y describir los significados que el trabajo sexual practicado por migrantes centroamericanas asume en el BC. Es decir, indagar cuáles son los sentidos de la experiencia del trabajo sexual de un grupo de mujeres en relación directa con su experiencia migratoria y cómo perciben la práctica distintos actores del edificio que interactúan de alguna forma con ellas.

En este sentido, la investigación estuvo motivada por conocer las percepciones de distintos sujetos que viven y/o trabajan en el edificio sobre el trabajo sexual. Pero luego, el caso tomó un giro a partir de la repercusión mediática en diarios locales y provinciales, en base a los sucesos que se dieron durante una semana del mes de septiembre de 2013. La percepción de los medios de comunicación se hizo presente y, en consecuencia, un nuevo nivel de análisis que si bien había sido transversal a la investigación desde su comienzo, ahora cobraba centralidad. Una cantidad extensa de artículos periodísticos reflejaron y explicitaron sentidos sociales hegemónicos sobre los temas de la prostitución, la trata de personas y las mujeres migrantes, vinculando al BC con estas problemáticas.

1.1 El caso en los medios

Todo empezó cuando la fundación “La Alameda”³ realizó una investigación en Bariloche a

³“La Alameda” es una organización no gubernamental (ONG) argentina que lucha contra la trata de personas, tanto laboral como sexual, el trabajo infantil, el proxenetismo y el narcotráfico, entre otros. Surgió como una asamblea barrial en Parque Avellaneda, Buenos Aires, en el año 2001 y logró un reconocimiento nacional e internacional a partir de distintas denuncias y escraches a talleres textiles clandestinos, aunque luego amplió su alcance, orientándose a combatir todo tipo de trata de personas. Las investigaciones de La Alameda involucraron a lo largo de su gestión a distintas figuras públicas. Entre ellas, al juez de la Corte Suprema de Justicia Eugenio Zaffaroni, denunciando que en departamentos de su propiedad se ejercía la prostitución; a la esposa de Mauricio Macri, Juliana Awada por usar talleres clandestinos para la confección de indumentaria de su marca; o a “funcionarios cercanos al kirchnerismo” al dismantelar y clausurar 25 prostíbulos de una zona roja de Río Gallegos conocida como “Las Casitas”.

partir de una denuncia anónima que recibió, expresando que “en los departamentos del complejo [el BC] residen las mujeres traficadas de República Dominicana”. El operativo con cámaras ocultas de la RAN (Red Antimafia Nacional), de la cual La Alameda forma parte, denunció, además, la existencia de dos prostíbulos: “Caribe, que se ubica en el complejo Bariloche Center, a 50 metros de la sede municipal y de la comisaría y New Woman a tres cuadras del Centro Cívico”. La publicación en la página oficial de la organización, titulada “Trata, prostíbulos y drogas en Bariloche” señalaba la ubicación de la Whiskería Caribe en el subsuelo del edificio, relacionando el tema aún más al BC⁴. Las imágenes de la noticia también mostraban el edificio, destacando su localización geográfica y denunciando la actividad en el lugar:



Imagen n° 1: En nota “Trata, prostíbulos y drogas en Bariloche” de “La Alameda”.

En el video obtenido durante el operativo por clientes encubiertos que ingresaron a ambos cabarets, se puede observar cómo éstos interactúan con guardias de seguridad de los locales, preguntando principalmente sobre los costos de la entrada, trago y pase⁵. Por otra parte, hablan con dos migrantes dominicanas que trabajan en los dos lugares, revelan sus nombres, y el encuentro es sintetizado en la nota en unas líneas:

Loly, la mujer con quien se conversa comenta que es muy común que le ofrezcan cocaína [aunque no queda claro quién es el que ofrece] y Flor, de República Dominicana, queda grabada reconociendo que se enfiestan, que vale todo en el lugar y que llegan a pasar de a seis hombres con una mujer.

En este sentido, el vocero de la organización expresó al diario ANB que muchas mujeres migrantes estaban siendo explotadas sexualmente, tanto en los Cabarets denunciados como en prostíbulos privados, haciendo referencia a los “departamentos en donde se paga por sexo”; y contó que también pudieron comprobar la existencia de tráfico de drogas.⁶

Así, La Alameda sostuvo que “el lado oculto del marketing turístico en Bariloche es la trata de

⁴Disponible en <http://www.fundacionalameda.org/2013/09/trata-prostitutos-y-drogas-en-bariloche.html>

⁵Disponible en http://www.youtube.com/watch?feature=player_embedded&v=nnh78NpDfNE

⁶En “Investigación con cámaras ocultas revela supuesta trata de personas en Bariloche”, Diario ANB, 18 de septiembre de 2013.

mujeres de República Dominicana”. La investigación fue elevada como denuncia penal y trajo repercusiones en la ciudad: Prefectura Naval allanó los locales mencionados por “posible trata de personas y delitos conexos...”⁷ y el allanamiento “se extendió a varios departamentos del edificio contiguo al Centro Cívico”⁸, es decir, al BC.

Luego de las inspecciones, el diario provincial “Rio Negro”, en su sección local “DeBariloche” publicó un artículo titulado “Los cabarets allanados tienen problemas de habilitación” informando que “el municipio desconocía el posible ejercicio de la prostitución en las whiskerías allanadas por Prefectura”. Tanto Caribe como New Woman estarían enmarcados dentro de las categorías de “cabaret” y “whiskería” que, según el Código de Habilitaciones municipal, no contemplan la actividad de la prostitución. Esto explicaría su actividad pese a la existencia de la Ley Nacional de Profilaxis N° 12.331 y la Ley Provincial N° 4795 que prohíben el funcionamiento de este tipo de locales.

De esta manera, se generaron discusiones y tensiones políticas en torno a lo que estaba sucediendo y a las responsabilidades que le correspondían a los distintos órganos en el asunto. Por un lado, el Poder Ejecutivo provincial debía reglamentar la Ley N° 4795 para que el municipio pudiera adherir a la misma. Pero, por otro, no era necesaria la reglamentación para aplicar la ley. De hecho, ya lo habían hecho las localidades de Viedma y General Roca, que “avanzaron por sí mismas, basándose en la autonomía municipal”⁹. En este contexto, el debate también se extendió a las discusiones sobre las regulaciones legales de la prostitución, exhibiendo posturas contrapuestas sobre el tema, desde visiones abolicionistas hasta legalistas defensoras del trabajo sexual consentido y voluntario. Por ejemplo, Mercedes Pietranera, representante de la Dirección Provincial de la Mujer expresó a los medios que:

(...) se autodefine como abolicionista respecto a cualquier tipo de promoción de explotación sexual, más allá de que exista o no consentimiento, (...) aludiendo al decreto que prohíbe los avisos con oferta sexual en los diarios de todo el país.

Mientras que la legisladora provincial y coautora de la Ley N° 4795, Arabela Carreras, dijo:

No vamos contra las personas que se consideran trabajadoras sexuales, vamos contra los proxenetas y la trata de personas que se oculta en esos lugares. La prostitución no está prohibida por el Código Penal Nacional, por lo que se puede ejercer de manera independiente libremente, e incluso a través de cooperativas.¹⁰

Finalmente, después de una semana de la denuncia de La Alameda, los cabarets Caribe y New Woman fueron clausurados. Pero esta acción no se debió necesariamente a que formaran parte

⁷Además, se secuestraron computadoras y otros elementos que pudieran constituir pruebas para la investigación, pero no hubo detenidos. En noticia: “Allanan locales comerciales por posible trata de personas”. Diario ANB, 14 de septiembre de 2013.

⁸En Diario Rio Negro, DeBariloche, sección policiales, 16 de septiembre de 2013.

⁹Entrevista a la legisladora Arabela Carreras, coautora de la Ley n° 4795. En “Por qué no se prohíben los prostíbulos en Bariloche”, Diario ANB, 18 de septiembre de 2013.

¹⁰*Ibíd.*

de una red de trata de personas y de tráfico de migrantes o al desenvolvimiento de la prostitución, sino a inhabilitaciones comerciales por cuestiones edilicias. La whiskería del subsuelo del Bariloche Center tenía infracciones desde hacía 6 meses por incumplimiento de obras y planos, al igual que New Woman, que violaba normativas para la habilitación comercial. Entonces, como expresan los diarios Cordillerano y ANB “la difusa legislación local en torno al ejercicio de la prostitución, así como la dificultad de acreditar la actividad, obligó al municipio a poner el eje de las inspecciones en otros aspectos como la falta de planos o declaraciones de obras”.¹¹

En conclusión, a partir de estos sucesos, el problema de investigación y particularmente el caso de estudio adoptaron nuevos sentidos. No sólo aparecieron las percepciones sobre la prostitución, la trata de personas y las migrantes centroamericanas en la ciudad, sino que se hizo especial referencia a lo que sucedía – o se suponía que sucedía- respecto de estos temas en el BC. Para comprender mejor este panorama, en el próximo apartado quiero detenerme, en primer lugar, en el marco legal que rige sobre la prostitución a nivel local y nacional y, en segundo lugar, en las características generales sobre la migración centroamericana en el país y en la ciudad y su marco regulatorio.

1.2 A modo de contextualización

1.2.1 Legislaciones sobre la prostitución hoy

Desde el año 1936 rige la Ley Nacional de Profilaxis N° 12.331, que prohíbe en su artículo 15 “el establecimiento de casas o locales donde se ejerza la prostitución o se incite a ella”. La prostitución independiente no está catalogada como delito en el Código Penal de la Nación Argentina, aunque si la explotación de la prostitución, como indican los artículos 126 y 127. Las penalizaciones y disposiciones sobre la prostitución en la vía pública, por ejemplo, han quedado a cargo de las provincias en los códigos penales provinciales o en los códigos contravencionales comunales. En el caso de la provincia de Río Negro, de la cual Bariloche forma parte, en el mes de noviembre del 2012 se sancionó la Ley Provincial N° 4795, como mencioné anteriormente, que “prohíbe el funcionamiento de locales donde se facilite la prostitución u oferta sexual”, y que se suma a la vigencia y alcance nacional de la Ley 12.331. El artículo 1° dice:

Prohíbese en todo el territorio de la provincia de Río Negro la instalación, funcionamiento, regenteo, sostenimiento, promoción, publicidad, administración y/o explotación bajo cualquier forma, modalidad o denominación (de manera ostensible o encubierta) de whiskerías, cabarets, clubes nocturnos, boites, casas de

¹¹En “Clausuran dos prostíbulos de Bariloche”, Diario ANB, 20 de septiembre de 2013 y “Clausuran dos whiskerías que habían sido investigadas por trata de personas”, Diario Cordillerano, 21 de septiembre de 2013.

tolerancia, saunas, establecimientos y/o locales de alterne (Ley Provincial N° 4795).

Cabe decir que este procedimiento surge en el marco de la Ley Nacional N° 26.364 de “Prevención y sanción de la trata de personas y asistencia a sus víctimas” orientada a combatir la trata de personas con fines de explotación sexual, sancionada en el año 2008. La misma tiene como objetivo “implementar medidas destinadas a prevenir y sancionar la trata de personas, asistir y proteger a sus víctimas”. El artículo N° 10 de esta ley, establece el juzgamiento de toda persona que:

(...) captare, transportare o trasladare, dentro del país o desde o hacia el exterior, acogiere o recibiere personas mayores de dieciocho años de edad, cuando mediare engaño, fraude, violencia, amenaza o cualquier otro medio de intimidación o coerción, abuso de autoridad o de una situación de vulnerabilidad, concesión o recepción de pagos o beneficios para obtener el consentimiento de una persona que tenga autoridad sobre la víctima, con fines de explotación...

De esta manera, el trabajo sexual de las migrantes centroamericanas, ejercido tanto en departamentos privados del BC, como en cabarets de la ciudad (y del edificio), se encuentra en un contexto donde se prohíben estos espacios, a partir de la sospecha – que a veces se presenta como una certeza- de que forman parte de una red delictiva de tráfico y trata de personas. Ante esta situación, la penalización no recae sobre las prostitutas, a quienes “se les deberá resguardar de manera integral sus derechos”, según la ley provincial, sino sobre los lugares donde la prostitución se desenvuelve y sobre los proxenetas. Tampoco, en su condición de migrantes pueden ser, por ejemplo, expulsadas del país, como lo disponía el inciso *f* del artículo 21 del Decreto 1023/94 sancionado por el gobierno de Carlos Saúl Menem, donde quedaban inhabilitados para ser admitidos y/o permanecer en el país los extranjeros que ejercieran la prostitución. En este sentido, Justo Von Lurzer sostiene que:

(...) la mirada del Estado apuntaba a la estigmatización, defenestración y atribución de responsabilidad y junto con ellas, la discriminación a las mujeres que ejercieran la prostitución. En cambio, actualmente [en el año 2006] la norma [contra la trata, aún sin reglamentar] apunta a atacar a aquellos que ejercen la explotación de la actividad, lo que permite redireccionar la relación hacia el proxenetismo y la explotación de las mujeres (Justo Von Lurzer, 2006: 8).

Sin embargo, más allá de que la nueva legislación pareciera atender las particularidades de los diferentes casos, como la del trabajo sexual voluntario, la misma se yuxtapone con la complejidad propia de un comercio sexual en el que una diversidad de sujetos participan y donde se vuelve difícil identificar de qué forma lo hacen. Es decir, se pretende erradicar las redes que se benefician a partir de la explotación sexual de mujeres – compuestas por los que las “venden”, los que las “compran” y todos aquellos miembros periféricos que también obtienen algo de esa situación ilegal- prohibiendo y cerrando todo tipo de espacio donde se

practique la prostitución, como sucede a nivel provincial. De este modo, la consecuencia directa de esta acción es que las personas que se dedican al trabajo sexual de manera consentida para seguir ejerciendo la actividad deberán recurrir a formas aún más ilegales o clandestinas, acentuando su marginalidad y, en consecuencia, su vulnerabilidad.

Ésta es una discusión que atravesará mi trabajo porque, justamente, los marcos legales que regulan el trabajo sexual responden a estructuras jurídicas y penales que pretenden erradicar la trata de personas. Los límites se vuelven difusos cuando las leyes se formulan, se aplican o intentan ser aplicadas, ya que hay una multiplicidad de sentidos que las contradicen, no por el simple hecho de confrontarlas, sino porque aparecen otros valores o formas de ver, de participar y de practicar la prostitución que se alejan de los parámetros de la moralidad hegemónica. Vayamos ahora a la contextualización de la migración centroamericana para situar a nuestras interlocutoras en su calidad de migrantes.

1.2.2 La migración centroamericana en Argentina y Bariloche

Las estadísticas de la Dirección Nacional de Migraciones nos ofrecen un ranking de radicaciones permanentes en Argentina, resueltas por nacionalidad, en el período 2004-2012, donde se puede observar un aumento progresivo en las radicaciones de migrantes centroamericanos¹², principalmente de colombianos y venezolanos y, en menor dimensión, de dominicanos, a nivel nacional. Cabe decir que, según esta misma fuente, el porcentaje de incremento de radicaciones de la migración colombiana le sigue al incremento de radicaciones de paraguayos, bolivianos y peruanos, lo que da cuenta de la política migratoria que tiene Argentina con los países que forman parte del MERCOSUR (como Venezuela) o con los que son Estados Asociados al bloque regional (como Colombia). Los migrantes de estos países tienen beneficios por su origen nacional para obtener la residencia temporaria de dos años, prorrogable y con entradas y salidas múltiples. Sin embargo, la situación de los migrantes dominicanos es distinta al ser ciudadanos extra-MERCOSUR ya que, si bien se aprecia también un incremento en las radicaciones de esta población en Argentina, los requisitos son mayores. En la nueva ley de migraciones N° 25.871 hay una serie de categorías a partir de las cuales puede efectuarse la admisión de un migrante al país.¹³ No obstante, a los dominicanos se les presentan mayores exigencias, como el requerimiento de una visa para

¹²Utilizo el masculino como convención, pero refiere a hombres y mujeres.

¹³ Por ejemplo, para obtener la “residencia permanente”, la admisión se basa en una serie de criterios tales como: a) ser cónyuge, progenitor o hijo de argentino nativo, naturalizado o por opción; b) ser cónyuge, progenitor, hijo soltero menor de 18 años no emancipado o mayor con capacidad diferente, de un residente permanente; c) tener arraigo por haber gozado de residencia temporaria por 2 años continuos o más, si fuere nacional de los países MERCOSUR o Estados Asociados y 3 años continuos o más, en los demás casos; d) haberse desempeñado como funcionario diplomático, consular o de Organismos Internacionales o e) tener la condición de refugiado o asilado.

ingresar al país. Por su parte, tampoco tienen el beneficio de la “residencia temporaria”, como sí lo tienen los migrantes del MERCOSUR y de Estados Asociados, y que requiere como categoría más destacada ser “trabajador migrante”.¹⁴ Por último, la categoría más común a partir de la cual pueden ingresar es con la “residencia transitoria” en calidad de “turistas” y con un plazo de permanencia de hasta 3 meses (DNM 2010).

A nivel local también se refleja un crecimiento en las radicaciones de centroamericanos. El período intercenso 2001-2010 exhibe un aumento en el número de personas nacidas en países limítrofes (Chile, Paraguay, Bolivia y Brasil), pero también la presencia de peruanos, colombianos y venezolanos, destacando que la composición migratoria de la ciudad ha cambiado (Matossian, 2013).¹⁵ Por otro lado, los registros de la Delegación Bariloche de la DNM sobre radicaciones de los últimos 4 años en su área de jurisdicción¹⁶ señalan un total de 3269 radicaciones temporarias y permanentes de migrantes latinoamericano, de las cuales el 16 % pertenecen a centroamericanos.¹⁷

En cuanto a la distinción entre sexo de la población migrante centroamericana en la Argentina, el banco de datos de la CELADE (Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía) nos brinda cuadros de la población colombiana y venezolana en Argentina, a partir del censo realizado en el 2001, según “sexo” y “grupos de edad”. En ellos observamos que la cantidad de mujeres de ambos grupos supera la cantidad de hombres. Esta diferencia se acentúa a partir del rango de edad 20-24, dándose una mayor concentración de mujeres, respecto de hombres, entre los 20 y 55 años.¹⁸ Por su parte, el documento de la DNM “Estadística de radicaciones resueltas (permanentes y temporarias) por nacionalidad Período 2004-2011” destaca como dato relevante en las radicaciones de dominicanos que el 78% del total es de sexo femenino. Por su parte, a nivel regional, también observamos estadísticamente una feminización de la migración centroamericana.¹⁹

¹⁴ En este caso, el migrante debe acreditar que ingresa al país para ejercer alguna actividad lícita, remunerada, con autorización para permanecer en el país por un máximo de 3 años, prorrogables, con entradas y salidas múltiples y con un permiso para trabajar bajo relación de dependencia

¹⁵ Por su parte, el último censo poblacional muestra que la población de Bariloche nacida en el “Resto de América”, de “Países no limítrofes”, donde podríamos ubicar a las nacionalidades colombianas, venezolanas y dominicanas, pero no exclusivamente a éstas, es de 613 personas

¹⁶ El área de jurisdicción de la Delegación Bariloche comprende las ciudades de San Martín de los Andes, Junín de los Andes, Villa la Angostura, Bariloche, El Bolsón y Esquel.

¹⁷ Las radicaciones de colombianos representan un 7%, los dominicanos un 3% y los venezolanos un 2%. Mientras que un 4% refiere al conjunto representado por migrantes de Cuba, México, Ecuador, Guatemala, Costa Rica, Honduras, Nicaragua, Haití y Puerto Rico. (Elaboración personal sobre la base de datos de la Delegación Bariloche, DNM.)

¹⁸ Por ejemplo, el número de hombres colombianos de entre 25 y 29 años de edad es de 158, mientras que el de mujeres es de 227. En el caso de los migrantes venezolanos de entre 25 y 29 las diferencias no son grandes entre la cantidad de hombres y mujeres pero sí empiezan a visualizarse a partir de los 30 años de edad.

¹⁹ Por ejemplo, del total de radicaciones de personas nacidas en Colombia, el 69% está representado por mujeres, mientras que este porcentaje asciende al 86% en las radicaciones de migrantes dominicanos. En el caso de

Lejos de pretender generalizaciones sobre la migración centroamericana con estas cifras demográficas, intento mostrar que la presencia femenina caracteriza a estos flujos migratorios en la Argentina y a nivel local. Una información cuantitativa más acabada sería de suma utilidad para conocer con mayor exactitud su dimensión, tanto en Argentina como en la región. De todas maneras, en función de los intereses puntuales de este trabajo basta decir que esta migración se ha hecho visible en los últimos años en Bariloche, mostrando una predominancia de mujeres y acompañando claramente una mayor visibilidad en todo el país como consecuencia de un incremento poblacional real

2. Metodología

Presentado el problema de investigación y el marco contextual del caso, desarrollaré los aspectos metodológicos del trabajo.

La metodología que usé en esta investigación se basó en una perspectiva etnográfica, adoptando el método del trabajo de campo como instancia clave para el abordaje del problema y las técnicas de observación participante, entrevistas en profundidad, registros de interacciones, análisis de fuentes escritas y notas de campo (Guber 2011). Comencé la investigación durante el mes de septiembre del 2012 y finalicé el período de trabajo de campo en diciembre de 2013.

La observación participante fue fundamental a la hora de dar cuenta de la espacialidad del edificio y de las relaciones sociales en los lugares públicos del mismo. La planta baja del edificio no presentó dificultades a la hora de observar, ya que el acceso a la misma es libre, aunque sí se restringieron las posibilidades de observación tanto en los espacios privados de las migrantes, como en sus ambientes laborales, - cabarets o departamentos privados, por ejemplo. De todas maneras, no era relevante hacer observaciones en esos lugares según el propósito de la investigación, ya que el mismo apunta a conocer los discursos y percepciones sobre estas prácticas, tanto por parte de las trabajadoras sexuales como de otros actores. Entonces, esta técnica me permitió mirar cómo son las interacciones que se tejen en el edificio con respecto a las mujeres en su calidad de migrantes y con respecto al trabajo sexual en sí, para poder describir cómo son las relaciones sociales en el BC.

Por otra parte, las interacciones, tanto con las migrantes como con los distintos actores, fueron construyendo percepciones sobre el edificio, al mismo tiempo que me permitieron conocer cómo se configuraban las subjetividades en este espacio en torno al comercio sexual. Algunas

Venezuela, el porcentaje de mujeres respecto del de hombres parecen equipararse. (Elaboración personal sobre la base de datos de la Delegación Bariloche, DNM.)

veces estas instancias estuvieron enmarcadas en entrevistas cualitativas y abiertas que fueron grabadas o registradas y, otras veces, estuvieron representadas por encuentros espontáneos. Al momento de interactuar con las centroamericanas se trabajaron distintas dimensiones, que luego serán desarrolladas, pero que giraron en torno a su experiencia migratoria y a su experiencia en el trabajo sexual. Por otro lado, las conversaciones con personas del edificio, entre ellos, empleados, comerciantes y vecinos tuvieron como objetivo reunir las percepciones sobre el BC en tanto espacio para el comercio sexual y sobre las mujeres centroamericanas que ofrecen sus servicios en ese espacio.

3. Organización de la tesina

En el capítulo I presentaré el marco teórico en el cual me baso para abordar los capítulos etnográficos siguientes. En primer lugar, desarrollaré las discusiones vigentes en torno a la migración femenina, la prostitución y el vínculo entre ambas. En un segundo momento, me detendré en las conceptualizaciones sobre subjetividad y espacialidad.

En el capítulo II me centraré en la configuración del BC como espacio para el mercado sexual. Para eso, recurriré al análisis discursivo de fuentes escritas de distintos géneros, para dar cuenta de las representaciones y sentidos existentes sobre el edificio. Por otra parte, analizaré cómo experimentan la presencia del trabajo sexual en el edificio un conjunto de actores que viven o trabajan en él, incluidas las centroamericanas, a partir de reunir sus perspectivas sobre el mismo.

En el capítulo III caracterizaré al mercado sexual local haciendo hincapié en los oferentes y los consumidores. Partiré analizando una selección de avisos clasificados online con oferta sexual para después retomar las experiencias laborales de un grupo de mujeres migrantes. Luego, pasaré a describir a los consumidores de servicios sexuales y, de ese modo, abordaré las percepciones que las trabajadoras sexuales y otros actores tienen sobre ellos.

En el capítulo IV analizaré las subjetividades y producciones de sentido en torno a las experiencias y motivaciones de las migrantes centroamericanas que se dedican al trabajo sexual. Además de presentar los relatos de estas mujeres, presentaré las perspectivas de otros interlocutores sobre sus prácticas y también intentaré reflexionar acerca de mi propia percepción sobre ellas durante mi ingreso al campo.

Por último, presentaré las conclusiones sobre este trabajo, que incluyen reflexiones sobre la investigación y futuros abordajes sobre el tema.

CAPÍTULO I

Puntos de partida: marco teórico y conceptual

Como mencioné en la introducción, este estudio pretende dar cuenta de los sentidos que diferentes actores articulan en torno al trabajo sexual espacializado en el BC y practicado por mujeres centroamericanas. El interés principal consiste en ver el modo en que las percepciones sobre el mismo configuran subjetividades. De esta manera, el trabajo amerita, por un lado, la vinculación teórica entre los temas de migración, género y trabajo sexual y, por otro, el marco conceptual de la noción de *subjetividad* y de su relación con la *espacialidad*.

1. Migración femenina: ¿Vulnerabilidad o empoderamiento?

Cuando referimos a las “mujeres migrantes” se nos hace indispensable traer a la discusión la perspectiva de género, no tanto porque consideramos a las mujeres como uno de nuestros actores fundamentales sino, particularmente, porque los procesos migratorios en los cuales están inmersas están atravesados por relaciones de poder donde la variable de género se resignifica y, así, la subjetividad de la mujer migrante.

Landry (2012) señala que la carencia de estudios en Latinoamérica que incluyan en el análisis al género contribuye a la invisibilización de la migración femenina y, en este sentido, la autora aboga por un enfoque y un compromiso verdadero que visibilice y disminuya la vulnerabilidad y discriminación de la mujer migrante y contribuya al desarrollo de políticas públicas para la defensa de sus derechos. En este marco, nos encontramos con dos enfoques sobre la migración femenina. Si bien ambos se articulan con los estudios de género, poseen perspectivas distintas.

Una es la perspectiva victimista o de la vulnerabilidad que tiende “a ver a los hombres como viajeros y aventureros que se mueven por iniciativa propia y a las mujeres como estáticas y ligadas al hogar que sólo abandonan en condiciones extremas” (Juliano 2012:530). Juliano expresa que es necesario romper con el prejuicio que subraya sistemáticamente la explotación y el engaño más que las estrategias que las mujeres son capaces de desenvolver como gestoras de sus propios proyectos migratorios. Por ejemplo, desde el discurso de distintos organismos o espacios de encuentro tanto regionales como internacionales que tratan diversos aspectos de la temática de la migración, como la Organización Internacional para las Migraciones, la Organización de Naciones Unidas, la Conferencia Sudamericana de Migraciones o el Encuentro Iberoamericano sobre Migración y Desarrollo, entre otros, las mujeres migrantes son concebidas y tratadas como grupos vulnerables (Magliano y Romano, 2011). A su vez, las autoras observan cómo, a la par del discurso de la vulnerabilidad, se expresa un discurso del

desarrollo:

[que se basa] fundamentalmente en una lógica costo-beneficio [y] que enfatiza las ventajas que posee la migración femenina en términos de contribución al desarrollo para los países de origen y destino, asociado principalmente a la cuestión de las remesas (Magliano y Romano, op. cit.: 50).

Así, el discurso desarrollista también da lugar a una segunda perspectiva que difunde la posibilidad de empoderamiento de las migrantes, no sólo en un nivel económico, sino en términos de prácticas y roles de género, donde la experiencia migratoria de las mujeres permite disputar las desigualdades existentes. Pero Magliano y Romano analizan cómo esta concepción de la agencia que puede llegar a adquirir el grupo femenino, está impregnada de una visión etnocéntrica y colonialista que supone que los flujos migratorios hacia los países centrales -desde los periféricos- permitirían lograr autonomía e independencia respecto del lugar de origen tradicional, atrasado y patriarcal, legitimando y reproduciendo así una estructura de poder claramente demarcada entre el “centro” y la “periferia”, entre los “países desarrollados” y los “no desarrollados”, y entre el “Norte” y el “Sur”. En este sentido, opera y se reproduce una ideología que oculta procesos de explotación y de dominación de las migrantes en destino basados en diferencias étnicas, de clase, y también de género.

De todos modos, más allá de la crítica, Magliano (2012) sostiene que la influencia de los estudios de género en las investigaciones sobre procesos migratorios ha permitido resignificar el papel de la mujer, discutiendo su “pasividad” y “dependencia” -en tanto “acompañante del hombre/marido” o en su condición de “madre”. Le ha otorgado a la mujer migrante un peso fundamental, no meramente por la multiplicación de emigraciones de mujeres -solas o acompañadas por sus hijos- o por el aumento de la participación femenina en estos procesos, sino también por la importancia de su rol dentro del grupo familiar en el lugar de destino como, por ejemplo, en el desarrollo de la economía doméstica.

Así, observamos que se presentan visiones polarizadas respecto de la vulnerabilidad o del empoderamiento de las mujeres migrantes o de la mayor o menor autonomía de las mujeres que emprenden sus proyectos migratorios. La opción que propongo en este análisis es la de buscar los matices que permitan mediar entre extremos postulados como antagónicos para, de esta manera, comprender mejor las experiencias de las interlocutoras.

2. ¿Trabajo o explotación sexual?

Si bien este trabajo no se centra en el tema de la prostitución en sí mismo ni específicamente en las discusiones que predominan en este campo de estudios, sino en cómo los sentidos articulados en torno al trabajo sexual construyen subjetividades y espacialidades, se hace necesario aclarar la perspectiva desde la cual partiré para desarrollar el trabajo.

En primer lugar, sostengo que las trabajadoras sexuales migrantes del BC no se encuentran marginalizadas en el sentido espacial del término, es decir, están localizadas geográficamente en una zona céntrica, visible y moralmente aceptada. Pero, como desarrollé en la introducción de esta tesina, lo que distintos discursos o percepciones sociales sobre el caso me han mostrado es que sí se encuentran marginalizadas sus prácticas y motivaciones. Con esto me refiero a que la perspectiva predominante, y si se quiere hegemónica, sobre el tema de la prostitución en general, tanto desde el “sentido común” como desde la formulación de políticas públicas y de la producción académica, es la llamada *abolicionista* (Daich, 2012; Heim, 2006; Juliano, 2005; Sabsay, 2011; Villa Camarma, 2010). Este punto de vista no sólo se corresponde con una forma de legislar la prostitución, sino que también encarna una ideología determinada sobre la misma. El *abolicionismo* parte de la idea de que la prostituta es una víctima, ya sea por ocupar un lugar marginal dentro de una estructura social patriarcal, o porque, además, debe satisfacer el deseo masculino mediante una relación coercitiva y violenta. Esta perspectiva sostiene que la prostitución no puede ser entendida como una actividad económica libre o voluntaria y, de esta manera, le resulta inaceptable referir a la prostitución como *trabajo sexual*, como lo exigen los movimientos de defensa de los derechos de las/os trabajadoras/es sexuales (Heim, 2006). En este sentido, Mackinnon, una de las principales referentes internacionales del movimiento abolicionista y defensora del enfoque de la prostitución como *explotación sexual*, dice:

(...) algunas de las personas que defienden este punto de vista [el de la prostitución como *trabajo sexual*] consideran a la prostitución como un modelo de igualdad entre los sexos. Es decir, las y los trabajadores sexuales, en su gran mayoría mujeres, controlan la interacción sexual, reciben dinero por algo que en general se espera (de las mujeres) en forma gratuita y esto les permite tener una vida independiente y relaciones sexuales con muchos partenaires; (...) [pero] en estas transacciones el dinero sirve para coaccionar el sexo, no garantiza el consentimiento. Esto convierte a la prostitución en una forma de violación en serie (...) [y] la prostitución no puede convivir con ningún tipo de igualdad (Mackinnon, 2010: 16 y 17).

En este mismo capítulo, la autora también discute la noción de “sexo” diciendo que “sexo es el que es elegido y querido (...) [y que] el sexo es una de esas cosas que el dinero no puede comprar, al menos cuando se trata del verdadero sexo”(Mackinnon, op.cit: 20), dando cuenta así de una postura moral sobre el sexo o sobre las relaciones sexuales y presuponiendo que hay formas universales y/o buenas de manifestar o desenvolver la sexualidad, en contraposición con otras, como las que se expresan en la prostitución. En relación con esta idea, desde la *perspectiva abolicionista*, la prostitución “no puede ser considerada como trabajo ya que existe una diferencia fundamental entre vender la fuerza de trabajo y mercantilizar el propio cuerpo” (Miura 1991, en Villa Camarma 2010:171). Sin embargo, este

es un argumento discutible, ya que el hecho de que el cuerpo sea el objeto de consumo, no hace que se atente contra la integridad o dignidad de la persona que vende un servicio sexual. El estudio de Puglia, quien trabaja con la Asociación de Mujeres Meretrices Argentinas (AMMAR) en Buenos Aires, muestra cómo frente a la supuesta “venta” y “compra” del propio cuerpo de las mujeres que se prostituyen (denuncia de los movimientos feministas y abolicionistas²⁰ y de las políticas y proyectos de ley antitrata), las trabajadoras sexuales no están de acuerdo con esa difundida e imperante percepción. El artículo se titula “Si vendiera mi cuerpo no estaría acá...”, y expresa que las concepciones sobre el cuerpo que están operando en las trabajadoras no necesariamente se corresponden con la sexualidad moralmente aceptada y hegemónica. Además, ellas poseen un fuerte argumento que les permite discutir con esta idea, que es que el uso de su cuerpo consiste en una herramienta de trabajo que presta un servicio pero que no es plenamente entregado ya que, ante esta situación, perderían todo tipo de autonomía y control en y sobre su actividad (Puglia, 2013).

Por su parte, Mackinnon no distingue discursiva e ideológicamente “prostitución” de “trata de personas con fines de explotación”, poniendo al mismo nivel dos situaciones que para otra perspectiva, como la del trabajo sexual, son marcadamente distintas. Es decir, la prostitución es siempre forzada independientemente de la decisión de las mujeres u hombres que la ejercen y, de esta manera, desde el abolicionismo se la equipara al tráfico de mujeres con fines de explotación (Villa Camarma, 2010). Por otro lado, Mackinnon refiere a las prostitutas como “personas prostituidas” lo cual las ubica en un rol completamente pasivo y de vulnerabilidad social frente a sus condiciones de “...pobreza, casta, raza o nacionalidad a las que pertenecen, en combinación con su género” (Mackinnon, op.cit: 30), lo que para la autora resulta de suma influencia, si no determinante.

Por otro lado, Heim, activista del movimiento por los derechos de las/os trabajadoras/es sexuales en España, caracteriza el discurso abolicionista enumerando una serie de concepciones sobre las prostitutas que, si bien están en mayor o menor medida encubiertas, “resultan funcionales a los intereses que pretenden combatir” (Heim, 2006: 450), según la autora. Primero, sostiene, se excluye social y políticamente a la prostituta otorgándole un lugar de sumisión y de incapacidad de decisión. En segundo lugar, se la excluye jurídicamente al contemplarla meramente como objeto de intervención de políticas de asistencia y negándole su condición de sujeto de derecho y su capacidad de reclamo. En tercer lugar, esta perspectiva no puede concebir un intercambio de sexo por dinero en condiciones equitativas.

²⁰“Para otras teóricas feministas, como Pateman y Overall, la sexualidad está en la base de la desigualdad de género (...) Por ello, sostienen que con la prostitución no se compra un servicio sexual sino a la mujer misma...” (Daich, 2012:72).

Finalmente, ubica a la prostitución como un parámetro indiscutible y de máxima expresión de desigualdad y explotación. Heim expresa que:

(...) este feminismo [el *abolicionista*] convierte a las prostitutas en el paradigma por excelencia de tal opresión, lo cual impide (...) su inclusión como sujetos político-jurídicos y como agentes de cambio social (...) [y] también coarta cualquier intento de política de empoderamiento (Heim op.cit: 452).

Por lo tanto, la postura abolicionista sobre la prostitución invisibiliza las agencias de las trabajadoras sexuales sin preguntarse por las experiencias o por los sentidos de sus experiencias o cuando lo hacen, como dice la autora, toman testimonios de ex prostitutas que han atravesado situaciones de violencia y explotación, situaciones que se asemejan más a la problemática de la trata de personas que a la del trabajo sexual. Cabe decir que quienes abogan por el reconocimiento de la prostitución como trabajo, como las mujeres de AMMAR en nuestro país, “(...) reivindican la prostitución como un trabajo quizás no elegido pero si consentido, una opción dentro de un abanico restringido de oportunidades”, diferenciando el trabajo sexual adulto y autónomo del tráfico y explotación sexual de mujeres y niños (Daich, 2012:76).²¹

En este mismo sentido, la antropóloga señala:

(...) la prostitución no es un fenómeno unívoco, mucho menos uniforme y que su heterogeneidad se complejiza con las diversas formas que la prostitución asume no sólo en los distintos contextos y mercados, sino también en términos históricos y culturales [y que,] sin embargo, los matices y diferencias se diluyen en el discurso *abolicionista* (Daich, 2012: 78).

De esta manera, propone a la antropología feminista como una herramienta con gran potencialidad para producir conocimiento etnográfico sobre los diversos escenarios de la prostitución. La metodología del trabajo de campo o del *estar allí* permite conocer de primera mano y, en este sentido, tiene la capacidad de disputar las posiciones hegemónicas, poniendo en cuestión los discursos generalizados y generalizantes.

Así, es en esta dirección que pretendo encarar el estudio proponiendo un punto de partida que contribuya a conocer cuáles son los sentidos que las migrantes le otorgan a la realización del trabajo sexual. Esta aproximación estará en relación directa con el análisis de los significados que diversos actores tienen, tanto sobre el colectivo femenino centroamericano como sobre la práctica que éste desenvuelve.

3. Migrantes y trabajadoras sexuales

²¹El artículo 5 de la ley que propone AMMAR dice: “Queda prohibida la explotación del trabajo sexual ajeno. Se prohíbe en particular, en todo el territorio de la república Argentina, el establecimiento o habilitación de casas o locales donde una o más personas, físicas o jurídicas, en beneficio propio, regenteen, administren o exploten comercialmente el trabajo sexual ajeno” (Documento “Por una ley que reconozca el trabajo sexual autónomo”, de AMMAR; disponible en www.ammarg.org.ar)

Así como pensar el grado de autonomía de las mujeres, tanto para emprender sus proyectos migratorios como para realizar el trabajo sexual, genera grandes discusiones, esta complejidad se traslada a la vinculación entre la migración femenina y el trabajo sexual y a la reflexión sobre cómo son concebidas las trabajadoras sexuales migrantes.

Podemos reconocer dos posturas bien diferenciadas dentro de la producción teórica. Primero, la que ve a estos grupos de migrantes como víctimas de “redes de tráfico de personas”, definidas por la Organización Internacional para las Migraciones como aquellos mecanismos a través de los cuales terceras personas facilitan el ingreso irregular de un extranjero a territorio nacional. En general, este posicionamiento vincula al *tráfico* con la *trata de personas*, que para la OIM significa el “delito que no necesariamente exige el cruce de fronteras pero sí se configura como una situación de engaño, fraude, coacción, amenaza, violencia o abuso con fines de explotación” (OIM, 2003:9). Si intentamos historizar esta concepción o rastrear su origen, nos trasladamos a fines del siglo XIX. Como bien describe Guy (1994), a partir de este momento empiezan a surgir distintas organizaciones, reuniones o legislaciones internacionales para combatir la *trata de blancas* y el tráfico de mujeres europeas hacia “El nuevo mundo”, es decir, hacia América del Sur y específicamente hacia la Argentina.²² De esta manera, el problema se encuentra originalmente vinculado con la migración femenina, aunque ésta sea vista más como un acto involuntario y obligado por otros, que como una opción elegida por las mujeres. Como sostiene Guy, si bien se conocían hechos concretos de mujeres europeas engañadas, secuestradas y llevadas a distintas ciudades, como Buenos Aires, Río de Janeiro o México, también predominaban imaginarios no sólo respecto de la pasividad y vulnerabilidad de la mujer, sino también sobre la inmoralidad de los países de la periferia.²³ Además, la migración femenina independiente no estaba bien vista para la Europa del 1900 ya que resultaba una amenaza para el mantenimiento de la pureza blanco-europea:

Los hombres podían viajar tranquilamente al extranjero, pero las mujeres que no iban acompañadas corrían peligros sexuales. Las mujeres que no estaban bajo el control de la familia o la nación podían terminar casándose con extranjeros inaceptables de cualquier otra raza, perdiendo así su nacionalidad (Guy, op.cit: 19).

Así, la campaña internacional para combatir la prostitución se fundaba en el deber moral de salvar y rescatar a mujeres inocentes en tierras extranjeras, como si éstas no tuvieran control

²² Por ejemplo, en 1876, la feminista Joséphine Grey Butler fundó la Federación Abolicionista Internacional y en 1885 se creó en Londres la Asociación Judía para la Protección de Jóvenes y Mujeres (JAPGW). También se dieron los primeros encuentros convocados por Naciones Unidas, como el Congreso Internacional para la supresión de la trata de blancas en 1902, entre otros, dando lugar a convenciones internacionales contra el tráfico y la trata.

²³ “Buenos Aires era conocida internacionalmente como un tenebroso puerto de mujeres desaparecidas que se veían obligadas a vender su cuerpo (...), [como] una ciudad inmoral llena de hombres irresponsables” (Guy, op.cit: 17 y 18).

ni responsabilidad sobre sus acciones, como criticaba la feminista Billington-Grieg.²⁴

En la actualidad, los posicionamientos hegemónicos sobre la vinculación entre la migración y la prostitución no han diferido mucho respecto de lo que imperaba hace un siglo. Como sostiene Doezema (2002), los debates actuales giran en torno a dos posturas: los que argumentan que todo tipo de prostitución de mujeres migrantes, independientemente de ser o no consentida, es considerada *tráfico*, y los que sostienen que para que exista una situación de tráfico debe haber necesariamente coerción. Lo problemático de esto, como sostiene la autora, es que ni siquiera el “Protocolo de Palermo”²⁵ explicita una postura determinada, lo cual hace que se deje el camino libre a los gobiernos para la aplicación del mismo según su posicionamiento. De esta manera, los límites para distinguir a las víctimas de tráfico con fines de trata y explotación sexual de las trabajadoras sexuales migrantes son difusos y esto genera ambigüedades a la hora de la formulación de políticas de estado para combatir el tráfico. Al igual que Doezema, Kempadoo (2005) expresa que se adoptan medidas represivas de persecución, criminalización o deportación, según el caso, en el marco del paradigma de “rescate de víctimas”, sin tener en cuenta las heterogeneidades que pueden existir en el desarrollo de la prostitución de mujeres migrantes.

Una segunda perspectiva concibe a la migración y al trabajo sexual de mujeres migrantes como proyectos voluntarios y, de esta manera, intenta dar cuenta de los procesos de agencia de este grupo tanto frente al proceso migratorio como a la inserción en el trabajo sexual, pero sin perder de vista que el agenciamiento se conjuga con situaciones de conflicto y opresión. Para comprender mejor esta idea citaré algunos estudios de caso que particularmente trabajan con migrantes latinoamericanas trabajadoras sexuales de distintos orígenes y en distintos destinos. Todos tienen en común que son producciones etnográficas que parten del trabajo de campo y de una relación directa con los interlocutores. Es a partir de esta característica que se legitima su postura frente al tema. Es frecuente que los trabajos que comparten la perspectiva del trabajo sexual sean de carácter antropológico y creo que esto se debe a que el acceso al tema es empírico y está basado en el *estar allí* y en conocer de cerca situaciones tan

²⁴ Sin embargo, entre 1889 y 1901, de las 6413 mujeres registradas como prostitutas en los burdeles de Buenos Aires, donde la prostitución estaba legalizada desde 1875, alrededor del 75 % eran migrantes rusas, rumanas, austrohúngaras, alemanas, italianas, francesas e inglesas, mientras que sólo el 25 % restante eran nativas, reduciéndose aún más esta cifra durante las décadas siguientes. Este registro da más cuenta de un trabajo sexual consentido, que de situaciones generalizadas de trata, ya que a los proxenetas o “rufianes” les hubiera resultado una dificultad que la situación de sus “esclavas blancas” fuera sacada a la luz. Por otra parte, estas estadísticas habrían tenido más lógica para la concepción etnocéntrica europea si hubiesen estado invertidas, confirmando así la inmoralidad, salvajismo y pecado de mujeres y hombres latinos.

²⁵ El llamado “Protocolo de Palermo” es el “Protocolo de las Naciones Unidas para Prevenir, Reprimir y Sancionar la Trata de Personas, Especialmente Mujeres y Niños”. Fue creado por las Naciones Unidas en el 2002, en Palermo, Italia. El objetivo del mismo es prevenir y combatir la trata de personas, asistiendo a las víctimas a través de una cooperación entre estados. Los países que lo ratifican tienen la obligación de introducir legislaciones respecto del tema.

desconocidas por el común y, al mismo tiempo, tan exotizadas. Por el contrario, la bibliografía que tiende a generalizar a la prostitución como *explotación sexual* o *trata de personas* – y *tráfico*, si se trata de migrantes- realiza sus reflexiones desde un lugar que se aleja del terreno concreto, construyendo el problema con un enfoque metodológico diferente.

Una de las investigaciones etnográficas es la de Oso Casas, que presenta las estrategias migratorias de un grupo de migrantes ecuatorianas y colombianas en España que se dedican al servicio doméstico y a la prostitución, en las ciudades de Galicia, Madrid y Pamplona. La autora muestra cómo el insertarse en uno u otro ámbito laboral comprende dinámicas similares que responden a una migración autónoma que sigue pautas y pasos comunes. En primer lugar observa que las mujeres deben reunir el monto de dinero necesario para realizar el viaje, el cual obtienen tanto por su inversión individual como por préstamos de algún familiar, de amistades, o de prestamistas privados. El segundo procedimiento es el de encontrar formas para esquivar el control de fronteras y superar los impedimentos para ingresar al país. Por último, las migrantes requieren hacerse de contactos para su inserción laboral en la sociedad receptora. Si bien estos tres momentos se aprecian como comunes y compartidos entre las entrevistadas, como sostiene Oso Casas, expresan una multiplicidad de variantes y particularidades, pero lo principal es que posibilitan el establecimiento y desarrollo de redes sociales que favorecen el acceso (Oso Casas, 2003). Así, la autora otorga gran importancia a aquellos actores que interactúan con las migrantes tanto en la formulación de sus proyectos como durante el desenvolvimiento de éstos. Esos actores pueden estar representados por personas con intereses comunitarios que tienen el objetivo de ayudar genuinamente a las mujeres, o por sujetos o entidades con fines de lucro, como las agencias de viaje, que pueden participar en las fases de financiación, organización del viaje y en la socialización de la migrante en destino (consiguiéndoles una carta de invitación al país, por ejemplo). Por último, un aspecto a destacar del trabajo es que las redes migratorias y comunitarias que construyen las migrantes, si bien son el resultado de planes autónomos y voluntarios, no están exentas de conflictividad y de situaciones de fraude, engaño o explotación, dando cuenta así de que las mismas estrategias que habilitan a estas mujeres, también pueden restringirlas y afectarlas en otras situaciones.

Por otra parte, el trabajo de Fernández Casanueva constituye un análisis de las experiencias migratorias de mujeres de Guatemala, Honduras y El Salvador que trabajan en el comercio sexual en Soconusco, región fronteriza entre Chiapas y Guatemala. La autora indaga acerca de sus trayectorias migratorias y de las motivaciones de la inserción en el trabajo sexual, argumentando que:

[las mismas] van tomando forma por la manera en que los migrantes reaccionan a

las circunstancias que deben enfrentar (...). Estructuras en distintos niveles, desde un nivel global hasta las estructuras más inmediatas (entre ellas las redes sociales) establecen las condiciones que expulsan y atraen a migrantes, lo cual da forma a sus experiencias durante el proceso (Fernández Casanueva 2009: 176).²⁶

Fernández Casanueva, al igual que Oso Casas, refiere a las redes sociales que las migrantes tienden pero en este caso, ligadas específicamente al comercio sexual. Expresa que desde que las mujeres salen de sus países de origen, el trayecto les ofrece una estructura para insertarse en el sector. La autora sostiene que, si bien la capacidad de gestión de las migrantes centroamericanas puede ser limitada, estas redes pueden permitirles acumular formas de acción e influir sobre estructuras locales aunque a veces los cambios sean imperceptibles.

Por último, el artículo de Solana Ruiz (2012), también de abordaje etnográfico, pretende dar cuenta de los procesos migratorios y vías de inclusión de las trabajadoras sexuales centroamericanas en la provincia de Jaén, España, y específicamente en el mercado del sexo, a partir de la selección de seis historias de vida. El autor cuestiona al movimiento abolicionista y la idea difundida de que el noventa por ciento de las mujeres que ejercen la prostitución en España lo hacen en contra de su voluntad. Reconoce la existencia de redes de trata y de esclavitud sexual, pero sostiene que responden a un porcentaje menor en relación a la prostitución autónoma. Los relatos de las migrantes le permiten reconstruir sus trayectorias personales y migratorias, haciendo especial hincapié en la inserción laboral en la industria sexual. Muestra cómo si bien en la mayoría de los casos la opción del trabajo sexual es resistida, luego, frente a las dificultades encontradas en la sociedad receptora o ante el grado de urgencia de las necesidades personales y/o familiares, ésta termina siendo una respuesta posible.²⁷ Por lo tanto, al mismo tiempo que el trabajo sexual resulta una situación problemática y conflictiva en algunas ocasiones y, así, es proyectada a corto plazo y con un objetivo específico, también les permite ciertos alcances. Alcances que quizás no logran trascender o cambiar sus vidas, pero sí repercuten en el nivel de la cotidianidad.²⁸

De esta manera, más allá de las particularidades contextuales de estos estudios y de la diversidad de matices, podemos observar que todos de alguna forma disputan sentidos hegemónicos, tanto sobre la “mujer migrante” como sobre la “trabajadora sexual”. Adoptar posicionamientos fijos e inamovibles respecto de los temas que nos competen nos llevaría

²⁶La autora observa cómo el proyecto migratorio puede estar orientado inicialmente a viajar a Estados Unidos pero la dificultad de ingreso a este país puede derivar en que las mujeres residan temporalmente en Soconusco hasta conseguir la documentación necesaria y a que, durante este período en general proyectado a corto plazo, desarrollen el trabajo sexual en bares.

²⁷Las entrevistadas de Solana Ruiz expresan: “(...) viendo la situación, las ventajas y desventajas que tenía, y por la salud, que lo hice por mi salud”; “ya una ve que no sale nada y su situación cada vez peor, así que no ves ya más salida y aceptas...” (Solana Ruiz op.cit.: 9 y 10).

²⁸Por ejemplo, una de las entrevistadas, colombiana, de 38 años de edad, dice: “si me pongo a trabajar en una casa de familia por 600 euros, nunca le voy a poder hacer la primera comunión a mi hijo, porque yo también requiero gastos aquí. Entonces, pensé, me voy, me voy para un club” (Solana Ruiz, op.cit.: 17)

lejos de un punto de vista etnográfico que pretende generar un nuevo conocimiento desde lo local y/o re-pensar los sentidos predominantes.

4. Subjetividad y espacialidad

Como dije al inicio, esta investigación se centra en el modo en que los sentidos articulados en torno al trabajo sexual practicado por migrantes centroamericanas en el BC produce subjetividades en torno a múltiples niveles de espacialidad en los que la práctica del trabajo sexual opera o interviene. En este sentido, se nos hace necesario vincular teóricamente ambos conceptos.

Para Hall, la subjetividad implica un proceso de articulación y de sutura donde el discurso ocupa un lugar central en la conformación de la identidad: “(...) las identidades se construyen dentro del discurso y no fuera de él (...) y emergen en el juego de modalidades específicas de poder” (Hall, 2003: 18). Para el autor, a lo largo de la vida somos posicionados y situados de diferentes formas, no sólo en relación al campo de las ideologías. Las formaciones discursivas nos otorgan lugares de diferencia y de equivalencia, de ausencia y de presencia desde donde nos construimos –y desde donde somos contruidos por otros-, formando cadenas significantes, es decir, articulaciones de categorías que posicionan a los sujetos y que varían según momentos históricos específicos. Siguiendo este argumento, la interseccionalidad entre los distintos clivajes también opera en un nivel discursivo. Por ejemplo: en el modo en que son nombradas las migrantes desde la sociedad receptora y desde los espacios en los que ellas circulan. Pero también define las relaciones entre los grupos y las percepciones que se ponen en juego sobre éstos, configurando así un espacio social particular, como se aprecia en el caso del BC. Cuando hablamos de *clivajes* nos referimos a aquellas líneas que estructuran la organización social de identidades, subjetividades y agencias a través de un interjuego constante. Esto quiere decir que:

[la edad, la etnicidad, la raza, la clase o el género, entre otros] no tienen un peso invariable y universal (...) [y] hay que dar cuenta de factores subjetivos y objetivos en el reciclamiento de tales límites, (...) [ya que] no se corresponden [con] ideas absolutas (...), sino [con] complejos intercambios y resignificaciones emanados de procesos particulares de agregación y desagregación (Briones y Siffredi, 1989:11).

Los clivajes operan entramados o articulados a pesar de que situacionalmente uno pueda ejercer mayor influencia sobre otro y, de esta manera, tanto las identidades como las diferencias entre los grupos son relativas, relacionales y contextuales.

Por su parte, Rose (2003) nos aporta el concepto de *subjetificación* para pensar la subjetividad. Para el autor, la *subjetivación* y la *sujeción* conjugan los dos aspectos de esta noción. El primero refiere a la relación que el sujeto establece consigo mismo a partir de

trayectorias y sentidos personales o individuales, relación a su vez inscrita en un momento sociohistórico específico (esta definición se asemeja a la noción de subjetividad de Deleuze²⁹). La sujeción, por su parte, responde más a mecanismos de control y de poder externos que intentan moldear aquella relación que uno establece con un mismo, a través de la utilización de diferentes tecnologías (intelectuales, corporales) cuya finalidad es la de “sujetar a los sujetos”. Pero lejos de ser partes independientes, están íntimamente vinculadas e interactúan mutuamente derivando en el proceso de subjetificación. Así, es mejor concebir a las trabajadoras sexuales migrantes como envueltas en este proceso que las constituye como sujetos, y no solamente indagar por separado acerca de aquello que las “subjetiva” o aquello que las “sujeta”, en términos de Rose.

La propuesta de Rose sobre la *subjetificación* tiene una estrecha relación con la concepción que Lefebvre tiene sobre el espacio. En su obra “The production of space” el filósofo concibe al espacio como real y mental al mismo tiempo y como la producción social del cuerpo humano que se da en tres momentos o en tres formas: i- *la práctica espacial*, ii- *las representaciones del espacio* y iii- *los espacios de representación* (Lefebvre, 1991: 33). Y es este tercer momento el que tiende relaciones con la *subjetificación* ya que *los espacios de representación* son aquellos espacios directamente vividos donde se encarnan símbolos complejos que reflejan formas de opresión o de reproducción pero, al mismo tiempo, dan lugar a la resistencia y a la producción. Este espacio, además, incorpora las acciones de los sujetos, acciones tanto individuales como colectivas. De esta manera, veremos a partir de lo que las migrantes nos cuenten, cómo conviven con situaciones de opresión al practicar el trabajo sexual pero también cómo este trabajo les permite desarrollar formas de acción, convirtiendo así al espacio en un lugar donde se conjugan múltiples significados y representaciones. Este momento, a su vez, opera en simultáneo con las otras dos formas de producción espacial. La *práctica espacial* refiere a la producción del espacio a partir de una percepción espacial que permite la interacción de los cuerpos con la materialidad física de diversos elementos, sitios o locaciones. Por ejemplo, en nuestro caso de estudio percibiremos al BC como un espacio vivido y practicado por múltiples actores, aunque haremos foco en el entramado de relaciones sociales que produce diversos sentidos sobre el trabajo sexual. Por otra parte, *las representaciones del espacio* son la forma más dominante de producción del espacio para el autor ya que la concepción del espacio estará mediada por signos tanto

²⁹Deleuze refiere a la subjetividad como la relación que los sujetos establecen consigo mismo, definiendo esta relación como un proceso de plegamiento. Esto quiere decir que cuando las personas crean y re-crean su individualidad o su “adentro” lo hacen a partir de la relación con el “afuera”, al mismo tiempo que ese “adentro” configura un “afuera” específico. En este sentido, la característica fundamental de la subjetividad es su dinamicidad y carácter procesual: “(...) la relación con uno mismo no cesa de traducirse, pero metamorfoseándose...” (Deleuze, 1987: 136).

verbales como materiales que construirán un tipo particular de representación. Por lo tanto, aquí el discurso ocupa un lugar central en la producción del espacio social. Es decir, el BC podrá concebirse como una realidad física con existencia empírica, límites materiales y una ubicación determinada pero, a su vez, encarnará diversas representaciones sociales.

Por último, Grossberg complejiza la teoría de la subjetividad y sus aportes nos resultan fundamentales para pensar la relación entre *subjetividad* y *espacialidad*. El autor reflexiona sobre la subjetividad como un elemento específicamente espacial, además de reconocer su carácter temporal. Expresa que las personas experimentan el mundo desde una posición particular, que define espacialmente las relaciones con los otros y dice: “El yo, o la identidad entendida de manera más restringida, puede reconceptualizarse en términos espaciales con el carácter de diferentes modos o vectores de existencia espacial” (Grossberg 2003:171). De esta manera, las posiciones desde las cuales los sujetos viven y actúan sobre el mundo construyen mapas diferenciales de existencia espacial, cartografiados por las *maquinarias diferenciadoras* y *territorializadoras*. Estas maquinarias estructuran las movilidades de los sujetos, a lo que Grossberg llama *movilidad estructurada*. Ésta “(...) define espacios y lugares, estabildades y movilidades en las que la gente vive sus vidas (...) [y] es producida a través de un interjuego estratégico entre líneas de articulación (territorialización) y líneas de trayectoria (desterritorialización)” (Grossberg, 1992: 13). Esas líneas son las que organizan el espacio y los movimientos de las personas, poniendo en acto o habilitando formas específicas de movimiento, estabilidad y empoderamiento; son las que organizan qué lugares podrán ser ocupados, por quiénes y cómo, y cuál será el espacio para desplazarse y de qué forma. En este sentido, la movilidad estructurada “habilita” al mismo tiempo que “constriñe”, permite construir itinerarios que, a su vez, se encuentran subordinados a lo que esas maquinarias definan. Así, las *maquinarias diferenciadoras* son las responsables de la producción de sistemas de diferencia social e identidades que operan construyendo un “otro” como correlato necesario del “yo” (self), fijando límites y naturalizando las distancias entre lo que queda “adentro” y lo que queda “afuera”. Las *maquinarias territorializadoras*, por su parte, poseen la función de localizar, situar o emplazar los espacios de la vida cotidiana. Fijan límites tanto espaciales como temporales, que confluyen en una dinámica determinada de circulación que, al mismo tiempo, impone cierta organización del espacio estableciendo un modelo de recorrido específico.

Entonces, las formas de subjetividad también se expresan en la movilidad espacial de los sujetos o en los trayectos habilitantes o estructurantes por los cuales transitan. En este sentido, veremos cómo las vidas o realidades de las trabajadoras sexuales migrantes y sus prácticas son, de alguna forma, el resultado de un cruce de variables que fijan los límites para su

desenvolvimiento en el cotidiano. Las cartografías que actúan en la formación histórica de sus trayectorias individuales y colectivas y en la estructuración de sus espacios sociales están atravesadas por construcciones de clase, de género, de edad, de raza, y de nacionalidad. Sin embargo, la relevancia o predominio de alguno(s) de estos clivajes sobre otros varía según la situación en la que se manifieste(n), como intentaré mostrar.

Retomando esta vinculación entre *subjetividad* y *espacialidad*, Massey comparte la idea de que el espacio es parte integral y a la vez producto del proceso de subjetividad. Para argumentar esto, la autora desarrolla tres proposiciones acerca de cómo podría conceptualizarse el espacio. La primera proposición ve al espacio como el producto de interrelaciones: “se constituye a través de interacciones, desde lo inmenso de lo global hasta lo ínfimo de la intimidad” (Massey, 2005: 104). Hay una retroalimentación que da cuenta de que el espacio es, al mismo tiempo, producto social y productor de lo social, en sus sentidos individual y colectivo. En segundo lugar, postula al espacio como la esfera de la posibilidad de la existencia de la multiplicidad: “es la esfera en la que coexisten distintas trayectorias, lo que hace posible la existencia de más de una voz” (Massey, op. cit.: 105). Hasta aquí, si el espacio es producto de interrelaciones, entonces necesariamente será plural y, en este sentido, la multiplicidad, la diferencia y el espacio son co-constitutivos. Esta característica hace del espacio un punto de encuentro y de coexistencia de trayectorias relativamente independientes y el producto de imbricaciones, complejidades, entrecruzamientos y desconexiones. La tercera y última característica del espacio es que está siempre en proceso de formación. Es decir, si el espacio es producido por relaciones sociales que siempre están realizándose, no puede significar algo estático y sin cambios, sino que siempre se está produciendo. Se encuentra en un constante proceso de realización y nunca se halla concluido, lo cual le otorga un carácter inesperado e impredecible convirtiéndolo en fuente de producción de nuevas identidades, nuevas trayectorias, nuevas relaciones y nuevas diferencias.

Entonces, este marco conceptual me permite reflexionar sobre el problema de investigación ya que me pregunto por la espacialidad de las trabajadoras sexuales migrantes y, a su vez, por la subjetividad íntimamente vinculada con la producción de ese espacio. O sea, podría decir que las dos experiencias que elegí seleccionar de estas mujeres, la migratoria y la de la realización del trabajo sexual, confluyen en la configuración de subjetividades de acuerdo a la espacialidad en la que se desarrollan. La espacialidad de las trabajadoras sexuales migrantes - lejos de ser una sola- se produce a partir de las diversas prácticas y múltiples sentidos que operan en su cotidianidad. En este caso, analizaré en particular las espacialidades migratorias y laborales y su imbricación, con la finalidad de conocer, como dice Massey, las distintas interacciones que se manifiestan en cada plano, la pluralidad de trayectorias que convergen en

un mismo lugar, y las espacialidades –y subjetividades- que están en constante proceso de formulación y re-formulación.

Para finalizar, y al igual que Massey, la geógrafa Lindón (2009) expresa que las prácticas de los sujetos están contextualizadas en un espacio, en una escena específica, y que nunca son aisladas, sino que están de algún modo entrelazadas o vinculadas con las prácticas de otros, lo que produce convergencias espacio-temporales y construcciones socio-espaciales que, a su vez, varían permanentemente, según el lugar y el tiempo en el que se desarrollen. Por otra parte, un aspecto a destacar de la propuesta de Lindón es que el análisis de las prácticas espaciales y de los significados que a éstas le atribuyen los actores resulta incompleto si no se considera el rol que ocupan las emociones y la afectividad en la construcción del espacio. Éstas deben ser objeto de estudio a la hora de conceptualizar o representar los espacios y de construir un tipo de espacialidad. Claramente esta cuestión está estrechamente relacionada con la subjetividad o con la forma de subjetividad que opera en la producción del espacio y es en este sentido que me pregunto por los significados que están interviniendo en dichas construcciones en torno al trabajo sexual de migrantes centroamericanas en el BC. Al analizar la relación entre subjetividad y espacialidad en las trabajadoras sexuales, se puede pensar sus cuerpos como un primer nivel de espacialidad donde se manifiesta una forma específica de habitar, como sostiene la autora. Es decir, podríamos interpretar que la práctica del trabajo sexual conlleva una forma de “estar” en el mundo, más que de “ser”, pero esto no quiere decir que las mismas trabajadoras conciben la espacialidad corporal como la primera, sino que podrían ser otras las espacialidades realmente relevantes para ellas. Por otro lado, nos encontraremos con una espacialidad migratoria que, por un lado, liga a estas mujeres con el lugar de origen y, por otro, que reconfigura su relación con el contexto local. Por último, considero que el trabajo sexual o la industria del sexo es un nivel de espacialidad en sí mismo, donde las migrantes están inmersas, pero donde también participan otros actores como: las trabajadoras sexuales argentinas, los clientes que consumen los servicios sexuales, los empleados de los locales (guardias de seguridad, encargados, limpieza, contadores, etc.), los dueños, y todos aquellos que podrían considerarse como periféricos (las agencias o los hoteles que “guían” a los turistas hacia el edificio, los comercios con los que interactúan, etc.) pero con gran peso en esta industria. Todos estos actores articulan trayectorias, prácticas o roles sociales/laborales distintos, pero su interacción da lugar a un tipo específico de espacialidad, el de la industria o mercado sexual. Así, sus maneras de habitar este espacio no serán las mismas que las de las trabajadoras sexuales pero, de alguna forma, se intersectarán para crear y definir una espacialidad particular que producirá sentidos y percepciones distintas sobre el trabajo sexual, sobre las migrantes centroamericanas que lo ejercen y sobre el BC.

CAPÍTULO II

El Bariloche Center, un edificio particular: la espacialización del trabajo sexual

El Bariloche Center (en adelante BC) es un edificio reconocido en la ciudad de Bariloche. Se ubica en el centro, a pocos metros de la Plaza del Centro Cívico donde se encuentra la Municipalidad y donde confluyen los turistas. Por otra parte, el edificio está sobre una calle importante de la ciudad, la Avenida San Martín, y ocupa un espacio considerable, el de una manzana barrial, lo cual le da suma visibilidad. Pero, sobre todo, la visibilidad está dada por su tamaño ya que el BC es el edificio más grande de la ciudad: tiene 16 mil metros cuadrados, 10 pisos de altura y alrededor de 400 unidades que se dividen en departamentos habitacionales y locales comerciales.



Imagen n° 2: Plaza del Centro Cívico



Imagen n° 3: edificio BC. A la Izquierda: vista desde calle Pagano. A la Derecha: vista desde Av. San Martín.

El proyecto del BC (originalmente de 34 mil metros cuadrados) data desde 1969, cuando la firma Cantegril Internacional S.A compró los terrenos que antes solían usarse para eventos deportivos, para la instalación temporaria de circos ambulantes o para demostraciones hípias de Gendarmería Nacional. El edificio fue inaugurado como un hotel casino de cinco estrellas el 1 de Julio de 1972.

Como señala Lolich (1995), la aparición del edificio se corresponde con la llegada de arquitectos formados en los grandes centros urbanos que se vio reflejada en una serie de cambios en la arquitectura de la ciudad a partir de los años '50 y '60. Además, hechos como

la provincialización de Río Negro (en 1958), la construcción del aeropuerto (en 1963) y la pavimentación de la ruta que une a Bariloche con Buenos Aires (en 1969), tuvieron mucho que ver en esa transformación. Por su parte, Méndez e Iwanow (2001) expresan que los efectos de las políticas sociales peronistas³⁰ se reflejaron en la llegada de más de 100 mil turistas entre 1950 y 1960 al centro turístico en el que Bariloche se había convertido y, de esta manera, el *boom* de la actividad turística dio lugar a cambios desenfrenados, en un sentido económico, demográfico y también arquitectónico.

En la actualidad, el edificio cuenta con distintos espacios comerciales y habitacionales. Los primeros están representados por las galerías de acceso público que se encuentran en dos sectores de la planta baja (sobre la calle Libertad y sobre la Av. San Martín), en el subsuelo y en el primer piso y contienen locales tales como: negocios de artículos varios con grabados de “Bariloche”, agencias de turismo, alquileres de ropa para nieve (algunos exclusivos para estudiantes y otros para turistas en general); un pelotero para chicos, chocolaterías, un sex shop, una imprenta y fotocopidora, una confitería, local de tatuajes, peluquerías, consultorios médicos y oficinas administrativas y contables. De esta manera, el edificio se caracteriza por contener una gran diversidad de rubros comerciales.³¹ En otro de los subsuelos que limita con la calle Pagano, están montados dos boliches bailables³² y también el local donde funcionaba el cabaret “Caribe”, lo que le da una circulación nocturna al edificio. Además de “Caribe”, a la vuelta de la manzana sobre la calle Libertad, estaba el cabaret “Pedro V” que también cerró unos meses antes de que empezara el trabajo de campo. Por otra parte, el área habitacional del edificio comprende del piso 2° al 10° (con la excepción de un hostel que se encuentra en el último piso). Si bien originalmente el edificio estaba organizado en cuartos de hotel, a través de los años fueron vendiéndose a particulares que se instalaron de forma permanente y, de esta manera, se transformó el diseño original ya que hubo casos en los que se unieron dos unidades o más para conformar un departamento. Es en esta área habitacional donde viven y brindan sus servicios las trabajadoras sexuales, tanto argentinas como extranjeras. Los departamentos que alquilan individualmente o compartidos no superan los 15 y se encuentran dispersos en los

³⁰ Los trabajadores obtuvieron beneficios tales como: vacaciones pagas, aguinaldo y planes de turismo social ofrecidos por las obras sociales estatales o por los sindicatos. Estos últimos construyeron varios hoteles en la ciudad, como por ejemplo, el del sindicato Luz y Fuerza, en Bahía López, o el Vuriloche, del gremio de los docentes (...) esta modalidad de turismo amplía fuertemente los sectores sociales que pueden visitar la región de los lagos, ofreciendo la posibilidad de viajar gastando poco...”(Méndez e Iwanow, 2001:181).

³¹También funcionaron en el BC la sala de Juego de la Lotería de Beneficencia Nacional y Casinos, la oficina de Ferrocarriles del Estado, la Empresa Nacional de Telecomunicaciones, la Cámara de Comercio e Industria de San Carlos de Bariloche y la Asociación de Hoteles.

³²Estos boliches suelen ser, con frecuencia, noticia en los medios locales por problemas de violencia, ingreso de menores, habilitación comercial, entre otros: “Otra vez, problemas en Le Lac por falta de controles”, Diario El ciudadano, 21 de Agosto de 2013 y “Agresión en Lelac: lo que registraron las cámaras”, Diario Digital Bariloche, 17 de Julio de 2013.

distintos pisos del BC y en el área habitacional en la que, según el reglamento, no pueden destinarse unidades a actividades comerciales.

A partir de este contexto, lo que compete a este trabajo es analizar cómo se ha ido configurando el BC como un espacio para el comercio sexual, siendo que el sentido común imperante ubica la práctica de la prostitución en los márgenes de la ciudad, o sea, fuera del alcance de la vista, en las “espaldas” de la postal de Bariloche.³³ Es decir, la marginalización de la prostitución no está solamente en el discurso moral, sino también en una geografización que regula qué tipo de comportamientos son aceptables o no en determinados lugares. Es decir, las fronteras que delimitan áreas específicas traen consigo expectativas sobre las conductas que se espera que sucedan. En este sentido, el orden espacial naturaliza distinciones entre normalidad y desviación y opera de tal modo que convierte esas relaciones en el sentido común (Hubbard y Sanders 2003).³⁴ Por ejemplo, Sabsay analiza el proceso de la creación de la zona roja en Buenos Aires en el año 2004, luego de la despenalización del trabajo sexual -(que sólo duró 4 meses hasta la posterior recriminalización). La finalidad no fue tan sólo regular la prostitución, observa la autora, sino principalmente reducir el “pánico moral” que el trabajo sexual sin restricciones espaciales suscitaba. Así, para Sabsay, una problemática que se presentó como una cuestión de seguridad urbana en realidad encubría un problema de moralidad pública:

(...) esta ley [que creó oficialmente la zona roja] simbolizó y continúa simbolizando el exilio de las trabajadoras sexuales trans de las calles de la ciudad, y su reclusión imaginaria en un espacio legalmente cercado parecería funcionar como un gesto simbólico mediante el cual se garantiza la “pureza” de lo público (Sabsay, 2011: 71, comillas en el original).

En este sentido, al mismo tiempo que esas fronteras espacializaron la distribución diferencial de la legitimidad de la diversidad sexual, sexualizaron diferencialmente la trama urbana y su imaginario espacial y, de acuerdo a parámetros hegemónicos, se marcaron los lugares permitidos y no permitidos para el trabajo sexual.³⁵

³³ En los escritos de Ernesto Serigós, en los que relata sus experiencias en Bariloche como médico a mediados del siglo XX, el autor cuenta que “el consultorio era frecuentado por personas que en las casas non sanctas del alto habían contraído la enfermedad que en la Edad Media había asolado al mundo y seguía siendo el más deprimente de los males” (Serigós 2007 [1964]: 100). La enfermedad a la que se refiere es la sífilis, una enfermedad de transmisión sexual, y lo particular es que la vincula con las “casas non sanctas” del “alto”, caracterizando y estigmatizando a la población de esta zona de la ciudad. Si bien recién a partir de los años 80 el tropo de “las dos caras” de Bariloche se volvió hegemónico en los discursos mediáticos y políticos locales convirtiendo “al alto” en la cara oscura y olvidada de la “suiza argentina” -y, por lo tanto, visible en tanto tal- (Kropff 2005), Serigós ya introduce una fuerte valoración que delimita espacialmente las prácticas marginales atribuyéndolas a este sector.

³⁴ Estos autores analizan cómo se ha ido constituyendo el barrio de “Balsall Heath” en Birmingham –Gran Bretaña- como una *red-light* (zona roja) y cómo este proceso ha implicado una negociación política entre las trabajadoras sexuales y los ciudadanos por el espacio (Hubbars y Sanders, op. cit.).

³⁵ En el libro “Fronteras sexuales. Espacio urbano, cuerpos y ciudadanía”, Sabsay observa cómo se ha ido delimitando el trabajo sexual a un área específica de la capital porteña, luego de los conflictos que trajo aparejada la descriminalización de la prostitución en el año 1998 en Buenos Aires, como consecuencia de la creación de un nuevo código contravencional encargado de regir las conductas en el espacio público urbano. Por

Sin embargo, nuestro caso se sitúa en el BC, un edificio que está en pleno centro de la ciudad, -lo cual lo vuelve sumamente visible y accesible- donde trabajadoras sexuales ofrecen sus servicios en departamentos privados y/o cabarets y no en el espacio público. De este modo, la práctica no tiene una ubicación marginal en la composición hegemónica del espacio de la ciudad, como sucede con las “zonas rojas”, sino que está entramada con la actividad cotidiana del edificio y, además, es de conocimiento público que pueden obtenerse allí servicios sexuales. Es decir, esto da cuenta de que no se ha espacializado el comercio sexual únicamente en la periferia de la ciudad, sino que se ha espacializado en el BC.

Tomando esta interpretación como punto de partida, en primer lugar analizaré una serie de fuentes tales como artículos periodísticos de diarios locales, libros de historia regional y de arquitectura, con el objetivo de observar el modo en que refieren al BC y las representaciones que surgen en torno a él. Luego, retomaré las perspectivas de distintos actores del edificio sobre el comercio sexual que se desenvuelve allí para conocer la forma en que convive la realidad propia de un edificio habitacional con la del mercado sexual.

1. Situando al Bariloche Center: representaciones y discursos sociales

Antes de ir al análisis de las fuentes, quiero anticipar de modo sintético la perspectiva de la cual parto para analizar los discursos que se presentan en ellas. En primer lugar, retomo las ideas de Halliday (1982), que sostiene que el texto es un proceso sociosemántico a través del cual se intercambian los significados que crean la realidad social. De esta manera, analizar el discurso implica articularlo con lo social, es decir, estudiar las prácticas discursivas en los distintos contextos de la vida social en las que el uso de la palabra oral y escrita tiene lugar. Por su parte, Fairclough y Wodak expresan que lo social moldea el discurso pero que éste, a su vez, constituye lo social, dando cuenta así de una relación dialéctica entre lo discursivo y lo social (citado en Narvaja de Arnoux, 2006). Fairclough, además, sostiene que el análisis crítico del discurso es el que estudia la semiosis ya que “(...) las variedades discursivas son diversas maneras de actuar, de producir la vida social en modo semiótico” (Fairclough, 2001: 182), es decir, de atribuirle significados. Para el autor, los discursos son representaciones que las personas realizan sobre la vida social según la posición que ocupan y esos discursos están estructurados por la hegemonía que los convierte en sentido común. Sin embargo, dado que la

otra parte, la autora analiza cómo los medios de comunicación, durante el período de descriminalización del trabajo sexual, tomaron parte activa en la lucha por la delimitación moral del espacio público construyendo antagonismos entre “vecinos y travestis” y entre “buenos y malos valores”. Difundieron discursos tales como: “Los vecinos comunes (...) ponen el acento en esa extemporánea invasión callejera que ha venido a perturbar su calidad de vida” o “Parece mentira que los diputados pongan por encima de la familia a la prostitución y el travestismo” (La Nación, 24/3/98 y Clarín 12/6/1998, en Sabsay op. cit.: 151). De este modo, construyeron en la figura del vecino al representante de los valores de la comunidad y del bien común, delimitando una imagen de ciudadanía heterocéntrica y al trabajo sexual como una otredad abyecta y amenazante.

hegemonía puede ser disputada, el “(...) orden del discurso no es un sistema cerrado y rígido, sino más bien un sistema abierto que queda expuesto al peligro como consecuencia de lo que sucede en las interacciones efectivas” (Fairclough, op. cit.: 183). Por último, parto de la definición de Angenot que sostiene que los discursos sociales “(...) son los sistemas genéricos, los repertorios tópicos, las reglas de encadenamiento de enunciados que, en una sociedad dada, organizan lo decible –lo narrable y opinable” (Angenot, 2010:21). A su vez, los límites de “lo decible” están regulados por la hegemonía discursiva, un conjunto de reglas prescriptivas que hacen que una sociedad dada se objective en géneros escritos y orales. Para el autor, “no hay movimientos sociales, ni práctica social, ni institución sin un discurso de acompañamiento que les confiera sentido, que los legitime y que disimule parcialmente, en caso de que sea necesario, su función efectiva” (Angenot, op. cit.:17).

La primera fuente a analizar es un libro sobre patrimonio arquitectónico y urbano de la ciudad de Bariloche donde Lolich (1995) realiza un recorrido sobre los estilos de arquitectura que identificaron a la ciudad de Bariloche en distintos períodos históricos. La arquitecta señala el primer cambio que tuvo la ciudad en términos arquitectónicos a partir de la creación de la Dirección de Parques Nacionales y de la llegada del ferrocarril, en la década del 30, contrastándola con la arquitectura que predominaba hasta el momento: la construcción en madera, desarrollada por inmigrantes del sur de Chile que trasladaron a Bariloche sus técnicas y morfologías edilicias.³⁶ La autora vincula desarrollo económico y arquitectónico en esta etapa, ya que señala cómo uno de los objetivos principales de la ciudad fue el fomentar el desarrollo turístico y que, para esto, se la debió proveer de la infraestructura necesaria para dar esos nuevos servicios, destinándose grandes fondos a la obra pública.³⁷ La autora señala que la transformación fue total y que “el pequeño poblado agro-pastoril se convirtió en poco menos de una década en un centro turístico de nivel internacional” (Lolich, op.cit.: 8) ya que no sólo se transformó la economía sino también la arquitectura a partir de las innovaciones tecnológicas y morfológicas que se produjeron, centradas sobre todo en la incorporación de nuevos materiales como los troncos enteros o piedra en bruto. Finalmente, identifica un tercer momento, hacia los años ´60, representado por la introducción de nuevas técnicas y morfologías arquitectónicas propias de los grandes centros urbanos. Es durante este período

³⁶ “Se usaron estructuras del tipo balloom y combinaciones de paredes y pisos de tablas de ciprés de tejuela de alerce, paredes y techo de tejuelas y, excepcionalmente, techo de chapa metálica acanalada. Siempre el material exclusivo fue la madera, expuesta muchas veces al natural y sin ningún tipo de barniz o pintura de protección. Escasamente apareció la piedra como basamento (...) Las cubiertas a una, dos o más aguas con fuertes pendientes se enriquecieron con lucarnas, quiebres o torres con miradores. Galerías y balcones contribuían a dar movimiento a las fachadas y brindaban el campo propicio para el lucimiento artesanal de estos constructores de texturas, líneas, juegos de luces y sombras” (Lolich, op.cit.: 6).

³⁷ Se construyó el edificio de la Intendencia del Parque Nacional Nahuel Huapi, la Municipalidad, el Correo, la Policía, el Museo y la Biblioteca Sarmiento, Movilidad de Parques, el Templo mayor (La Catedral), el Hospital Regional y las escuelas N° 71 y 16, entre otros.

que se construye el edificio del “Cantegril”, hoy conocido como el “Bariloche Center”. Lolich refiere al mismo de la siguiente manera:

(...) no sólo **afecta la imagen urbana**, sino que también **ofende al entorno del Centro** (...) [Es una] placa laminar expuesta a barlovento y **aledaña al Centro Cívico** [que muestra] este proceso [de transformación arquitectónica] y su **escaso compromiso ambiental y contextual** (Lolich op. cit.: 10) (resaltado propio).

En este discurso, la autora vincula al BC con una etapa de grandes cambios arquitectónicos, aunque no posiciona al edificio como un avance positivo en la urbanización de la ciudad sino que le asigna un lugar completamente negativo en esa transformación histórica. En su relato, la construcción del BC significa un antes y un después en la estética de Bariloche, siendo las etapas arquitectónicas previas las valoradas positivamente. Por otra parte, en el fragmento citado refiere al Centro Cívico para ubicar geográficamente al edificio, aunque al ser esta plaza el ícono de la gestión de los hermanos Bustillo³⁸ y la postal de la ciudad, su mención produce una oposición entre el BC y el estereotipo hegemónico de la arquitectura, acentuando aún más su incompatibilidad con el entorno. En el artículo, la autora destaca que una de las características de los ´60 fue que los controles sobre la edificación quedaron a cargo del municipio y de la provincia pero que, sin embargo, no mostraron acciones de planificación y, de hecho, permitieron la construcción del BC. El código de edificación³⁹ se sancionó 8 años después, en el año 1980, por lo que la obra del edificio antecedió a la normativa que no hubiera permitido por ley su dimensión actual.⁴⁰ Esto le asigna al BC, además, un carácter de ilegalidad, pese a que en el momento de su creación su magnitud no haya tenido restricciones. Por otro lado, al ser un texto académico, Lolich presenta la información como objetiva y desde una posición que la autoriza. Sin embargo, aún en el marco de un género académico como el que estamos analizando, la autora utiliza un léxico que exhibe una valoración moral sobre el BC. Es decir, a pesar de que sus parámetros de análisis son estéticos y

³⁸ Ezequiel Bustillo Madero (1893-1973) fue un abogado argentino que presidió la primera presidencia de la Administración de Parques Nacionales y junto a su hermano, el arquitecto Alejandro Bustillo Madero (1889-1982) planificaron y dirigieron un conjunto de obras locales como: La Plaza del Centro Cívico, La Catedral y el Hotel Llao Llao, entre las más destacadas. Durante la gestión de Ezequiel Bustillo, entre 1934 y 1944, se produjeron grandes avances en cuanto a la edificación y urbanización de la ciudad: se tendieron redes cloacales, se pavimentaron las primeras 12 cuadras del ejido urbano y se urbanizó la costa del lago Nahuel Huapi hasta La Villa Llao Llao.

³⁹ Con el Código de Edificación que buscó una mayor adecuación entre la arquitectura y el ambiente: “Determinación de fachadas con alturas escalonadas en el microcentro como medio de asegurar el mínimo asoleamiento de las de las aceras y la regulación del impacto eólico; la exigencia de recovas como protección del peatón ante los agentes climatológicos; la imposición del corazón de manzana materializado en la obligatoriedad de dejar el tercio de fondo en cada predio, buscó asegurar el pulmón verde interior y la supresión de obstáculos para una adecuada penetración solar” (Lolich op.cit.: 10).

⁴⁰ El Código de Edificación establece que las edificaciones a realizarse en el área del Microcentro de ciudad (Area A1) deben tener como altura máxima del basamento: a) Sobre fachada 11,00 metros y b) Sobre cumbrera 13,70 metros. Dado que el Bariloche Center tiene 10 pisos, y la altura promedio de un piso es de 2,5 mts, su altura total duplica la máxima reglamentada (En Código de Edificación, Municipalidad de San Carlos de Bariloche, Provincia de Rio Negro. Pág. 59).

arquitectónicos, convierte al edificio en una “ofensa”. La misma está dirigida al entorno del centro, pero ¿en qué sentido lo “ofende”? O ¿cómo un edificio tiene la capacidad de “ofender”? Podemos pensar que en esta operación está implícito el proceso que hace de un modelo estético una máxima moral. Balbi (2007) sostiene que los valores morales son conceptos dotados de contenido moral de acuerdo a cierto contexto social y, en este sentido, los valores morales pueden ser entendidos como medios a través de los cuales las personas experimentan la realidad, la aprehenden y la construyen. De este modo, cierto canon estético se ha instituido como válido en un determinado tiempo y espacio pero su idealización ha logrado perdurar y se ha vuelto parámetro para medir lo bueno y lo malo y lo que entra o no entra en ese estereotipo. Ese proceso también se ha reproducido en el discurso social ya que, como sostiene Angenot, “(...) las ideas que predominan en un momento dado son, a la vez, producto de una larga historia y (...) deben estar inscriptas en “contextos” sucesivos, en medios e instituciones que las adoptan, las adaptan y hacen algo con ellas” (Angenot, 2010:17).

La misma vinculación entre estética y moral se puede identificar en el libro de historia regional de Méndez e Iwanow, quienes sitúan el surgimiento del BC en el período de surgimiento del turismo social:

El quiebre definitivo del perfil urbanístico de la ciudad viene con la construcción del edificio denominado “Bariloche Center” **ubicado a metros del Cívico y de la oficina de Administración de Parques Nacionales**, en la que alguna vez se pensó estudiar los proyectos que no se correspondían con el estilo definido por los hermanos Bustillo. En lo que debía ser un espacio verde se elevó una **mole de cemento enorme y mal construida que nada tiene que ver con las características edilicias de Bariloche**, cada vez más eclécticas... (Méndez e Iwanow, 2001: 189) (resaltado propio)

Al igual que Lolich, en el discurso de Méndez e Iwanow el BC aparece representado en torno a valores estéticos y edilicios que lo conciben como inadecuado. Para reforzar aún más esta idea traen al texto la referencia a la oficina de Administración de Parques Nacionales y a los Bustillo, no de manera ingenua sino más bien irónica, para resaltar el contraste del BC respecto del estilo arquitectónico fomentado por los referentes de los avances urbanísticos producidos en la ciudad a mediados del siglo XX. En este sentido, la historiadora y el sociólogo dejan claro cuál es el parámetro que mide las edificaciones de la ciudad, “cada vez más eclécticas” tomando como regla la estética iniciada en los años 30. Es decir, si uno observa al BC, éste utiliza los materiales rústicos característicos que se introdujeron en esa época, como la piedra y la madera como revestimiento exterior (ver imagen n°3). Sin embargo, esto no alcanza para ser aceptado ya que es principalmente su estructura, “la mole de cemento”, la que genera los conflictos al asemejarse más a un edificio de una metrópoli o

de una gran urbe que a la arquitectura de montaña. La crítica se concentra en su contraste con el modelo arquitectónico hegemónico, sintetizado en una imagen estereotipada compuesta por construcciones con techos bajos e inclinados y con una altura máxima determinada y reglamentada para evitar interrumpir la vista del paisaje o para impedir complicaciones ante movimientos sísmicos, por ejemplo.

Por otro lado, Méndez e Iwanow destacan que en el momento de la construcción del BC el proyecto significó un símbolo de progreso y de reconversión del turismo en la ciudad. Sin embargo, con sus expresiones demuestran que hoy aquel espíritu inicial ha quedado atrás. Así, anteponen un pasado exitoso con un presente que lo rechaza, no sólo estética sino moralmente, porque no se corresponde ni refleja el origen prístino y exitoso del BC que se pretendió para Bariloche.

En un sentido similar, el periodista Claudio Andrade en una nota titulada “Del glamour a la decadencia. Bariloche Center: El ocaso del edificio más polémico”, describe al BC como la consecuencia de un proyecto de lujo fallido que en la actualidad se muestra deteriorado y se aleja de aquella imagen que se bosquejaba inicialmente:

El decorado **fastuoso** de una época que no alcanzamos a comprender. Las puertas de acceso construidas en madera, en un esfuerzo por categorizar el sólo hecho de atravesarlas, los amplios ascensores capaces de albergar un piano, son detalles que hoy no significan nada pero que una vez reflejaron la búsqueda de cierto grado de excelencia. Las marcas de identidad del **proyecto inconcluso**. Los ventanales se abren hacia un paisaje fantástico. Y aquí surge otra de las tantas ironías subyacentes. **El edificio más odiado de Bariloche** es también el que **posee la vista más exquisita**. (resaltado propio)

En este fragmento, Andrade describe inicialmente al edificio como “fastuoso”, o sea, ostentoso o cargado de lujos en el momento de su creación. Sin embargo, al final del párrafo posiciona al BC en la actualidad como “el edificio más odiado de Bariloche” y, a su vez, como “el que posee la vista más exquisita”, destacando una de sus virtudes. Como lo señala el título de su artículo, el BC significa “glamour” en sus orígenes y, al mismo tiempo, “decadencia” en el presente, lo cual lo ha convertido en “el edificio más polémico”.

Como evidencian y relatan distintas noticias, el edificio siempre ha tenido lugar en los medios locales de comunicación por su relación problemática con la concepción arquitectónica imperante de la ciudad. Por ejemplo, uno de los primeros conflictos se dio en el año 1976, cuando el BC funcionaba como el hotel casino del Cantegril. Éste fue clausurado por parte del municipio por falencias edilicias y alrededor de 200 propietarios y más de un centenar de trabajadores se agolparon en las puertas, mientras al menos cincuenta pasajeros tuvieron que reubicarse en otros hoteles, aunque la medida fue levantada luego de uno o dos días. Por otro lado, en el año 1996 el BC volvió a ser tema de conversación cuando el concejal Manuel

Vázquez presentó un proyecto para expropiar y demoler al edificio dinamitándolo, propuesta que fue rechazada de forma unánime por el resto de los ediles por los altos costos de la demolición, que rondaban los 60 millones de pesos.⁴¹ Luego, en el año 2004, un empresario de Bariloche, Diego Fenoglio, “(...) planteó una idea un poco más condescendiente: volar los seis pisos superiores para recuperar la vista hacia el paisaje. El proyecto pronosticaba un costo total de 9,86 millones de pesos”.⁴² Después de dos años, en el 2006, el municipio analizó la posibilidad de demoler el edificio para construir un centro de convenciones y según Raúl Ferrari, secretario de Planeamiento Municipal en ese momento, el propio Néstor Kirchner se había comprometido a aportar 10 millones de dólares para la causa.⁴³ Sin embargo, pese a las distintas ocasiones en que se propuso demoler el BC, en el 2006 se difundió en los medios de comunicación la posibilidad de construirle dos pisos más. El Diario Cordillerano opinó sobre el suceso de la siguiente manera:

El Bariloche Center ha recibido numerosas críticas a lo largo de su historia y con esta "novedad", se generó, como se suponía, una polémica más grande aún. Pero lo cierto es que el **gigante inmueble es consecuencia de los fracasos urbanos y arquitectónicos** que aún hoy padece la ciudad, más la **falta de planeamiento a futuro**. Aquella pieza que fue construida como un **fastuoso hotel** con cocheras, con entrada y una vista de lujo, hoy se erige como una **vergüenza de la arquitectura regional**, que nada coincide con la infraestructura local y que -como dice el saber popular- fue **construido de espaldas al Centro Cívico**. Tanto residentes como turistas reciclan periódicamente las quejas por el **sinsentido de haber insertado en una de las postales clásicas de Bariloche esa enorme mole** que nada tiene que ver con la arquitectura de montaña.⁴⁴(resaltado propio)

En este fragmento observamos nuevamente las críticas que se lanzaron hacia el BC. También se fundamentan en los valores estéticos hegemónicos representados por la “arquitectura regional”, la “arquitectura de montaña” y “la postal de Bariloche” que, a pesar de ser nombrados de distinta forma, responden a un mismo estereotipo. Que el edificio haya sido “construido de espaldas al Centro Cívico” no sólo hace referencia a que está ubicado detrás de la plaza principal, sino que, en un sentido metafórico, el BC desafió los principios edilicios que el Centro Cívico impuso y se colocó como su telón de fondo casi a modo de burla.

Por otro lado, este discurso también contraponen el pasado fastuoso del BC con un presente vergonzoso y de fracaso. Lo particular de estas caracterizaciones es que expresan reacciones emocionales sobre un edificio y nos permite ver, otra vez, cómo un principio estético puede

⁴¹ Nota disponible en:

http://huapi.bariloche.com.ar/vhosts/recreo.com.ar/Actividades/Historia/Historia/html/bche_center.htm

⁴² En “Del glamour a la decadencia. Bariloche Center: El ocaso del edificio más polémico”, Diario Río Negro, De Bariloche, 22 de Julio de 2013.

⁴³ *Ibíd.*

⁴⁴ En “Polémica en el Bariloche Center por el proyecto de construir dos pisos más” en Diario El Cordillerano, 27 de Abril de 2006.

estructurar moralidades y emociones sobre un determinado espacio. Es aquí donde podemos apreciar otra de las características que señala Balbi sobre los valores morales, que es la de su aspecto emotivo. Para el autor son, en gran medida, las emociones las que imponen los modos de ver, comportarse e interpretar el mundo y las que se movilizan como factor clave para producir sanciones sociales tanto positivas como negativas. En la misma dirección, Le Breton señala que la emoción es “una emanación social relacionada con circunstancias morales precisas y con la sensibilidad particular de lo individual” (Le Breton 2012: 68) otorgándole a la emoción una doble dimensión: social e individual, pero siempre enmarcada en una situación interpersonal específica y en una moralidad determinada. Es decir, el individuo interpretará esas situaciones a través de un sistema de conocimiento pero también mediante valores. Y es la interrelación entre esos dos planos la que desplegará emociones, a su vez, culturalmente situadas y siempre en el marco de una relación social.

De esta manera, los valores estéticos imperantes de la ciudad se constituyeron como los socialmente hegemónicos y pretendidos y convirtieron en exigencias morales las reglas arquitectónicas que dieron lugar a imaginarios estereotipados. A su vez, esos valores estéticos vueltos valores morales emanan día a día emociones que evalúan y juzgan materialidades – como la del BC- que en sí mismas son objetivas. Es decir, son los sentidos que se le atribuyen al edificio los que lo hacen subjetivo. Para ejemplificar esta idea cito a continuación un fragmento de una carta de lectores del Diario ANB escrita por un ciudadano barilocheño:

Cuando uno se proyecta para vivir en un parque nacional, lo hace tomando en cuenta que el Bariloche Center es un **error** que nunca más volverá a cometerse (...), aunque estos "errores" le trajeron mucho dinero a unos pocos, y a quienes les interesaba casi nada lo que esa **mole de cemento** representaría para el **pueblo de montaña llamado Bariloche**, y que hoy incomprensiblemente sigue en pie.⁴⁵(resaltado propio)

En este discurso podemos notar el tono emocional de disgusto y enojo con el que el autor escribe sobre el edificio. Opone al BC, al que define como una “mole de cemento”, con el “pueblo de montaña” como dos figuras irreconciliables y, a diferencia de los otros fragmentos citados, introduce la denuncia hacia quienes se beneficiaron económicamente con el “error” que para él significa el edificio. Además, convierte al edificio en un asunto casi personal ya que le asigna la responsabilidad de que haya desilusionado su proyección idealizada de vivir en un parque nacional, dando por supuesto que éste debe responder a un determinado patrón estético y natural y que, de este modo, el BC es una aberración. En este sentido, es como si el edificio representara la suciedad en la obra de Douglas, “Pureza y Peligro...”, ya que la misma consiste esencialmente en el desorden. “La suciedad ofende al orden (y) su eliminación no es

⁴⁵ En “Carta de lectores”, Diario ANB, 15 de noviembre de 2012.

un movimiento negativo, sino un esfuerzo positivo por organizar el entorno” (Douglas, 2007[1966]:14) y lo que cierto orden sociocultural señale como anómalo variará según su concepción sobre la pureza y la suciedad. Así, el ciudadano no puede comprender que el edificio siga en pie exhibiendo su anormalidad y contaminando al pueblo de montaña.

Por último, quiero retomar la nota periodística de Andrade ya que en la misma caracteriza al BC de hoy en día del siguiente modo:

(...) es, como alguna vez se dijo, **un barrio en sí mismo**. Su interior se observa vacío. Sin gente. Los típicos ruidos, los aromas de las cocinas de las familias que hoy lo habitan atraviesan las delgadas puertas de madera (...) Sólo la galería, la pizzería y el subsuelo con sus locales mantienen un ritmo propio. La gente pulula, almuerza, pasea con la mirada perdida sobre productos diversos: gorras de lana, guantes chinos, remeras de estampados predecibles. Junto al local de los tatuajes y los piercing, las tribus urbanas de Bariloche se fuman las horas. Indiferentes.⁴⁶ (resaltado propio)

Con un estilo literario similar a una descripción etnográfica, el periodista intenta transmitir los sentidos que le genera el interior del edificio. Su gran tamaño lo hace parecerse a un barrio, aunque su percepción lo convierte en un lugar vacío y a la planta baja en un espacio híbrido en cuanto a la gente que circula y a la diversidad de locales comerciales que hay. De esta manera, parece contraponer dos espacialidades del BC: por un lado, una cotidianeidad típica con prácticas y rutinas propias a las de un barrio y, por otro, la galería comercial como un no-lugar (Augé, 1992), es decir, como un lugar de paso y movimiento constante que no posee identidad. Sin embargo, como veremos a lo largo de este trabajo, ese espacio que en sí mismo parecería no expresar sentidos sociales se configura como un lugar que reúne sujetos con trayectorias disímiles que en determinadas instancias se pondrán a dialogar.

Por otra parte, en el artículo, Andrade hace referencia a que en el edificio vive un gran número de personas de tercera edad y no deja de hacer mención a las “chicas del center”. Es significativo que haga referencia a estos dos grupos: ¿qué es lo que tienen de particular para ser nombrados e incorporados al imaginario del BC? ¿Acaso, está construyendo alteridades dentro del edificio? Andrade no describe a las personas mayores, pero en un párrafo menciona a las trabajadoras sexuales:

Las leyendas que corren por la ciudad acerca del uso indiscriminado de los "deptos" por parte de prostitutas es algo exagerada aunque no falsa. No es excepcional que algunos "servicios personales" se brinden en el Center. Una llamada lo corrobora. La visión de algunas jóvenes, en calzas, carterita, **cara de pocos amigos, como marca el oficio**, lo vuelve real.

Además de referir a las mujeres que practican la prostitución en el BC e incluirlas en el relato sobre el edificio, el periodista expresa un conjunto de valoraciones sobre ellas que, por un

⁴⁶ En “Del glamour a la decadencia. Bariloche Center: El ocaso del edificio más polémico”, Diario Rio Negro, De Bariloche, 22 de Julio de 2013.

lado, dan cuenta de su prejuicio y, por otro, objetivan esas representaciones como verdaderas y del sentido común. Por otro lado, esta cita denota que el BC es un espacio que ofrece servicios sexuales en los departamentos privados, aunque también en los cabarets del subsuelo antes de que estos fueran clausurados. En este sentido, la narrativa de Andrade presenta los aspectos positivos y negativos del BC y, de este modo, la práctica de la prostitución parecería formar parte de los segundos tendiendo lazos con la abyección que el edificio sugiere socialmente. En términos de Butler (2002 [1993]), lo abyecto es el *exterior constitutivo* que actúa señalando y reforzando la norma, es decir, opera como una restricción que demarca los límites de lo que puede y no puede constituirse dentro del orden. De esta manera, las representaciones que giran en torno al BC se configuran como mecanismos que señalan lo aceptable y, al mismo tiempo, lo repulsivo, en base a un determinado parámetro de lo estético. En el mismo sentido, las personas que venden servicios sexuales son concebidas como cuerpos que no materializan la norma sexual y, de esta forma, se constituyen como una abyección ordenadora.⁴⁷

A modo de cierre de este acápite, podemos decir que todos estos discursos convierten al BC en un símbolo debido a que éste representa un conjunto de significados. En este sentido, cumple con la propiedad de la condensación, como propone Turner (1980 [1964]), ya que una sola formación representa al mismo tiempo muchos elementos o acciones. Es decir, el edificio significa socialmente tanto el éxito enmarcado en un contexto de grandes cambios en la ciudad a partir del crecimiento de la economía turística como el quiebre del perfil urbanístico. Significa un proyecto de origen lujoso y, a la vez, un proyecto inconcluso. Significa el edificio más odiado y, al mismo tiempo, el que tiene la mejor vista hacia el paisaje. Significa pretensión de fastuosidad y, asimismo, vergüenza. Significa una mole de cemento que debe ser derrumbada y también un barrio en sí mismo. Significa el error del pueblo de montaña y el lugar que contiene una infinidad de rubros comerciales. Significa un edificio donde viven ancianos y también prostitutas.

Otra de las propiedades del símbolo es el *significata* ideológico, que es el polo en el que “(...) se encuentra una ordenación de normas y valores que guían y controlan a las personas como miembros de los grupos y las categorías sociales” (Turner op.cit: 31). De esta manera, el símbolo adopta un carácter performativo y eficaz porque no sólo significa y representa, sino

⁴⁷ Juliano, expresa que “(...) la estigmatización de diferentes colectivos de mujeres es un eficaz mecanismo para controlar a las mujeres no estigmatizadas y disuadirlas de infringir los modelos vigentes” (Juliano, 2005: 82). De esta manera, el temor a la sanción social, como consecuencia de infringir las normas morales y de rozar los límites de lo contaminado (Douglas op. cit.) -y de lo estigmatizante- comprende un parámetro viable para el control de las conductas sexuales.

que también guía las conductas y prácticas de quienes responden a él.⁴⁸ En este sentido, podemos ver al BC como performativo en cuanto estructura moralidades y refleja valores que fueron constituyéndose -e instituyéndose- históricamente. Además, en ciertas ocasiones, como vimos, esos significados han derivado en acciones de restitución del orden tales como pretender dinamitar el edificio.

Continuando con las representaciones existentes sobre el BC, en el próximo acápite desarrollaré los significados que se le atribuyen al edificio en relación al comercio sexual que allí se desenvuelve.

2. En el BC ¿hay trata de personas?

Durante la primera charla que tuve con Marta, la dueña del kiosco/locutorio de la galería de la planta baja, de ella misma surgió decirme que “no era trata de blancas, que ahí en el edificio no había nada de eso”, que quizás en otros lados haya, pero ahí no, como si yo tratara de develar esa situación con mi investigación. Entonces, yo le conté cuál era mi interés y que, a partir del acercamiento que había tenido con las chicas y de las observaciones que estaba haciendo en el edificio podía intuir que no había un problema de esa índole. Pero comprendí por qué Marta me aclaraba ese punto. La referencia al BC como un lugar donde se sospecha la existencia de trata de personas es recurrente, tanto en los medios de comunicación como en el sentido común. Aunque esta acusación sea más o menos explícita según el caso, o se tengan más o menos pruebas para demostrarlo, el edificio queda vinculado como cómplice de que allí algo sucede.

Por ejemplo, una nota del Diario Río Negro del año 2010 enuncia que:

(...) el Juzgado Federal local recepcionó un oficio por el cual se instruyó detener a una persona extranjera, de sexo femenino y nacionalidad colombiana, que estaría acusada de inducir a jóvenes de su misma nacionalidad a ejercer la prostitución en esta región [y de lucrar con ello].⁴⁹

Según la nota, la mujer les habría prometido la inserción en el trabajo doméstico, les habría pagado el viaje hasta Bariloche y, finalmente, habría dirigido el trabajo sexual de las migrantes en el lugar de destino. Por otro lado, el artículo señala que:

(...) algunas de ellas [las posibles víctimas] residirían en un edificio céntrico de la ciudad, donde también trabajaban [en el BC. Además,] no solo residirían en forma temporaria e ilegal ciudadanas de Colombia (...) También se puede encontrar a jóvenes de Brasil, Venezuela y República Dominicana.

⁴⁸ Turner analiza esta función del símbolo en el ritual ndembu, donde el “árbol de la leche” condensa una disparidad de significados pero también conduce a la acción y a la organización social del poblado.

⁴⁹ En “Extranjera detenida por trata de personas en Bariloche”, Diario Río Negro, 16 de enero de 2010.

De esta manera, a través del modo condicional, en la nota se realizan afirmaciones sobre: a) la trata y explotación sexual de personas, b) el BC como lugar de delito y c) la ilegalidad de las migrantes. Con esta modalización narrativa se presenta la posibilidad de que esas condiciones se cumplan, es decir, que podrían efectivamente suceder. Sin embargo, el discurso no expresa estados definitivos o reales, sino sospechas o presuposiciones.

Por otro lado, el 3 de julio del 2013 participé de una jornada realizada por la campaña nacional “Sellemos la trata” y organizada por el Consejo Provincial de la Mujer junto a la Red Nacional Alto al Tráfico, la Trata y a la Explotación Sexual Comercial de Niños, Niñas y Adolescentes (RATT), en la Sala de Prensa de la Municipalidad en el Centro Cívico. La directora de la campaña, Viviana Caminos, hizo una descripción sobre los modos de reclutamiento que tienen las redes de trata de personas y luego enfatizó en “visibilizar al personaje menos cuestionado”, al cliente, denunciando que “también es proxeneta”. Finalmente, al término de la reunión, se sellaron billetes y se vendieron remeras con el lema “sin clientes no hay trata”. Pero lo que me resultó significativo de este encuentro fue que cuando Caminos nombró los indicadores de la trata: la edad, la nacionalidad, la vulnerabilidad y el espacio, orientó su mano en dirección al BC, sugiriendo que en el edificio había trata de personas, aunque su denuncia quedó en ese gesto y no hizo referencia a ninguna información concreta sobre el lugar. No obstante, cabe decir que la coordinadora de la jornada se autodefinió como abolicionista por lo que existe la posibilidad de que su denuncia haya sido hacia el trabajo sexual que se practica en el BC, remarcándolo como “trata” y “explotación sexual” tal como la posición en general lo concibe y nombra. Sin embargo, de un modo u otro, nuevamente, el Center fue (pre)juizado como un sitio de delito.

En el mismo sentido, la organización “La Alameda”, a partir de la investigación que realizó en Bariloche, y que se comentó en la introducción, expresó que “en los departamentos del complejo [el BC] residen las mujeres traficadas de República Dominicana”. En su discurso hay un alto grado de asertividad que lo vuelve prácticamente incuestionable y, de hecho, su denuncia fue lo que suscitó los allanamientos en el BC y cabarets –del subsuelo y otro- y el posterior cierre de estos últimos, aunque por cuestiones de inhabilitación comercial y no delictivas. Respecto de esos acontecimientos, en otra de las interacciones que tuve con Marta, después de las repercusiones mediáticas hablamos sobre lo que había pasado, para conocer su opinión y conocimiento sobre el tema, en tanto comerciante del edificio. Me contó, con mucha certeza, que las inspecciones se dieron a partir de lo que pasó con una de las chicas del center, una dominicana. El problema surgió cuando ella atendía a un cliente en su departamento mientras sus dos hermanas estaban en el cabaret de la planta baja trabajando. Y cuando éstas regresaron, se encontraron con que el hombre la estaba ahorcando. Marta no me

contó más detalles, pero estaba segura de que todo lo que pasó después surgió por esto y porque la chica “dejó entrar a cualquiera”.

A principios del 2013, previamente a los sucesos que se desencadenaron en septiembre, entrevisté al encargado de un cabaret del subsuelo del BC y le pregunté si tenía conocimiento sobre la ordenanza provincial que prohibía el funcionamiento de estos locales y que regía desde hacía varios meses pero que todavía no había sido aplicada a nivel municipal. Su respuesta fue que cerrando no se solucionaba ningún problema y que, al contrario:

(...) el tema va a seguir existiendo, va a haber más ilegalidad, va a haber más mercado negro. Hay muchas chicas que no van a trabajar y a dónde van, ¿a la calle? No tienen ni la mínima seguridad, nadie va a controlar una libreta sanitaria (...) De última, están en un lugar [el cabaret], donde nadie la obliga a estar con nadie. Si quiere estar, está. Si no quiere, no está. Yo no las voy a obligar a estar con nadie...

De esta manera, para él, “cerrar” significaba “meter la basura debajo de la alfombra y olvidarse de un montón de chicas”. Y, decía, todo por causa de una “moral barata, que vos te casás, estás con tu mujer y no salís, ¿entendés? No es así, tan rígido, hay muchos factores...”. De modo que él mismo trajo a nuestra conversación el tema de la moral y de cómo, ante el posible cierre de este tipo de locales se estaba perjudicando a las chicas, que estaban más seguras trabajando en un espacio habilitado y regulado por la ley. Él estaba a favor de que el comercio sexual existiera porque ese era su trabajo, pero de ninguna forma estaba de acuerdo con la trata y la explotación sexual de personas:

(...) acá hay una cuestión, creo que existe la trata, que hay que erradicarla, meterlos presos el resto de la vida. Hacé lo que quieras, un hueco, que no salgan nunca más al sol, estoy de acuerdo. Pero hay una realidad, estas chicas caen acá, sean extranjeras, de acá, lo que sea, porque tienen necesidad, les falta el trabajo, y ese problema, no tiene la culpa el dueño de ningún cabaret, eso la tiene el Estado, el sistema. No estoy defendiendo a nadie...

Por último, sólo en una de todas las interacciones que tuve con la gente del edificio, apareció la referencia a una posibilidad de trata de personas. Fue cuando conversé con Graciela, la vendedora del almacén, que recordó que hacía un tiempo, unos años atrás, había venido de afuera una chica a trabajar pero que era una nena que no tenía más de 15 años. Ella se alarmó con la situación porque no era lo mismo que las otras que eran adultas. Entonces le dijo al de seguridad, que en ese tiempo era un policía, que averiguara si estaba todo bien con esa joven. Pero después, al poco tiempo, la chica se fue y Graciela nunca supo si volvió a su país en Centroamérica o si se fue para otro lugar y, entonces, sembró la duda de si se trataba o no de una situación de tráfico y explotación sexual de menores.

De este modo, la sospecha de que en el edificio hay trata y explotación sexual de personas le confiere al BC nuevos sentidos negativos, además de los que vimos relacionados con su

estética. Sin embargo, las referencias a la trata de personas por parte de los actores del edificio no se hicieron para decir que esa era la situación de las chicas, sino para expresar que las centroamericanas que trabajan en el BC y en el cabaret del subsuelo no son víctimas de una red delictiva, sino que se dedican al comercio sexual por su cuenta. Que los distintos actores vincularan, de un modo u otro, a las chicas con la trata, significa que el tema del trabajo sexual no puede ser pensado sin hacer mención a la trata y explotación sexual. Es decir, ya sea con la finalidad de negar o de denunciar que se da una situación así, subyace a esta operación el sentido común de que el trabajo sexual, en apariencia voluntario, puede estar escondiendo una realidad distinta de la que muestra. De esta manera, se aprecia cierta polifonía en los discursos ya que los hablantes, para referir al trabajo sexual, remiten a una serie de enunciados anteriores, suyos o ajenos, apoyándose en ellos, problematizándolos, o suponiéndolos como conocidos para la audiencia (Bajtin, 1982). Por ejemplo, las personas que se relacionan con las chicas en sus espacios laborales y cotidianos dentro del edificio no señalaron que ellas sufrieran algún tipo de engaño o que un proxeneta las obligara a vender servicios sexuales. Sin embargo, recurrieron al tópico de la trata, aunque lo hicieron para refutar ese supuesto.

Por otra parte, los sentidos que produce el trabajo sexual varían de acuerdo al lugar que ocupan los actores en esa trama de relaciones con las chicas y a partir de las subjetividades que se ponen en juego a la hora de percibir y representar al comercio sexual. Por ejemplo, vimos que el encargado defiende el comercio sexual pero no la trata. Considera que las legislaciones que prohíben el funcionamiento de los cabarets, además de basarse en cuestiones morales, hacen más vulnerable la situación de las trabajadoras sexuales ya que no dejarán de trabajar, sino que lo harán en condiciones más precarias e inseguras. Por el contrario, “La Alameda” a partir del video que filmó con una cámara oculta en dos cabarets de la ciudad –y que no ofrece pruebas para denunciar la trata- también implicó al BC denunciando que allí se encontraban –solamente- mujeres dominicanas víctimas de explotación sexual, sin preguntarse siquiera si la situación de las migrantes podía ser otra.

Por lo tanto, en el siguiente apartado me detendré en el espacio que tantas controversias suscita para describir cómo se presenta la cotidianeidad del BC en tanto su realidad habitacional y comercial está entramada con el comercio sexual, retomando las perspectivas que los distintos actores tienen sobre este mercado en el edificio.

3. Entramando intereses y moralidades: El BC como espacio para el mercado sexual

Hay una gran diversidad de grupos y, a simple vista, puedo interpretar cuál es el abanico de identidades o, por lo menos, quiénes son los que viven y/o trabajan en el Bariloche

Center. Comerciantes, jóvenes, familias, adultos mayores, niños acompañados de sus madres, estos son los perfiles de los transeúntes. En los frecuentados pasillos, los trayectos y recorridos de las migrantes se cruzan y entretajan con la cotidianidad del resto de la gente. Mientras ellas ingresan al locutorio, una mujer mayor compra una revista y, luego, se dirige de vuelta hacia su departamento. Al mismo tiempo, un hombre vestido de traje, quizás oficinista de alguno de los rubros que contiene el edificio, compra un café y saluda a una vecina que pasea a su bebé en un cochecito...

(Nota de campo, septiembre de 2012)

A partir de observar el espacio público del BC, esa cotidianidad no presenta conflictos explícitos respecto de los servicios sexuales que allí se ofrecen. Es decir, a simple vista, a la gente no le llama la atención la presencia de las chicas o el trabajo que ellas realizan. No noto que se expresen actitudes de confusión o desconcierto, sino que más bien se observa cierto aire de naturalización y costumbre. Las interacciones que tienen, y que la mayoría de los entrevistados dicen tener con ellas, se limitan al cruce en público, al simple saludo y a la rutina diaria donde se comparten recorridos habituales en el edificio.

En este sentido, mi observación registró que la realidad propia del edificio habitacional se entrama sin conflicto con la del mercado sexual caracterizando, de algún modo, la vida cotidiana del BC. Schutz y Luckman (2002 [1973]) definen al mundo de la vida cotidiana como aquella realidad que se presenta y se experimenta como evidente y natural y, a su vez, esas percepciones responden a los esquemas de referencia que los sujetos tienen “a mano”, es decir, surgen de acuerdo a sus ontologías⁵⁰, sus biografías personales y al acervo de conocimientos que manejan. Por otra parte, el mundo cotidiano no refiere únicamente al ámbito privado, sino que la estructura fundamental de su realidad consiste en que es compartido e intersubjetivo. Esto también implica la presuposición de que la significación sobre el “mundo natural” es la misma para todos, o sea, que cada individuo sostiene implícitamente que el otro experimenta las relaciones sociales de igual manera y desde los mismos marcos interpretativos. De este modo, lo que impera en la experiencia de la vida cotidiana es el sentido común ya que es éste el que presupone que esa realidad está dada y que es incuestionable. Geertz (1994 [1983]) también aborda la idea de sentido común, desde la antropología sociocultural, y sostiene que es una dimensión de la cultura que se basa precisamente en la afirmación de que en realidad no dispone de otra teoría que de la vida misma debido a que el mundo es su autoridad. Para el autor, el sentido común es una interpretación de las immediateces de la experiencia, se construye históricamente y está sujeto

⁵⁰ Lo ontológico comprende los aspectos cognitivos y existenciales que dan lugar a la cosmovisión o visión del mundo. Ésta es el “(...) retrato de la manera en que las cosas son en su pura efectividad; es su concepción de la naturaleza, de la persona, de la sociedad. La cosmovisión contiene las ideas más generales de [un] orden de [un] pueblo...” (Geertz, 2003[1973]: 118)

a pautas de juicio definidas. Es un sistema cultural que descansa en la convicción social de que su posesión se relaciona con su valor y validez, y que éstos son incuestionables.

Así, durante el trabajo de campo me resultó difícil registrar situaciones de la vida cotidiana porque las percibía como tan evidentes que me parecía que estaba escribiendo cosas carentes de significado que no me permitirían realizar un posterior análisis. No obstante, encontré discursos que contradecían esa aparente armonía en torno al desarrollo cotidiano del comercio sexual y la aprobación de éste ya que, a partir de lo que interpreté, para algunas personas era una relación basada en la tolerancia o indiferencia más que una interacción genuinamente aceptada.⁵¹ Vayamos a esos discursos, entonces.

Sobre los tiempos en los que las migrantes llegaron al edificio, Graciela me contó que hace trece años que tiene el almacén en el BC y que cuando lo abrió ya había centroamericanas y que cada vez hay más.⁵² Por su parte, el encargado del cabaret que funcionaba en el subsuelo del BC hacía catorce años que trabajaba en este tipo de locales y me dijo que las centroamericanas habían empezado a llegar hacía aproximadamente ocho años de manera más masiva. Si bien antes se veía a alguna extranjera, no era común. No sólo Bariloche se había convertido en el destino de estas mujeres, sino que él sabía, por comentarios, que en toda Argentina y también en Chile había muchas. Yo le pregunté cómo es que ellas dan con estos lugares y me contestó que llegan a la ciudad y preguntan, quizás a algún taxista.

En cuanto a cómo se percibía la relación con ellas, Francisco, el encargado de la recepción, y Raúl, el guardia de seguridad, durante nuestras primeras conversaciones, me decían que la relación con ellas era mínima o que prácticamente no tenían ningún tipo de interacción más que el saludo. Además, para ellos *quedaba mal* que los inquilinos o propietarios los vieran hablando con ellas porque podían pensar cualquier cosa y esto podía comprometerlos en sus trabajos.

En mi entrada al campo, compartí la sensación de Francisco y Raúl de sentirse observados y quizás juzgados por conversar con las chicas. Dado que algunas de las interacciones que tuve con ellas fueron en espacios públicos, como los pasillos de la galería comercial, afuera del

⁵¹ Para Goffman (1981), las interacciones interpersonales encarnan definiciones de las situaciones por parte de los participantes, y están reguladas por un carácter moral. El autor refiere a este carácter como el derecho y, al mismo tiempo, deber social de ser tratado y tratar al otro de manera apropiada. De este modo, los actos comunicativos son en sí mismos actos morales y se desarrollan de acuerdo a marcos de interpretación de cómo debe ser la interacción. A su vez, esos marcos responden a elementos tales como la cultura, el sistema social, la clase, los roles individuales y, podemos agregar, los valores morales: “Las reglas de conducta interfieren con el individuo de dos modos fundamentales: directamente como obligaciones, estableciendo el modo en que él está moralmente forzado a comportarse; e indirectamente, como expectativas, estableciendo el modo en que los demás están moralmente forzados a actuar respecto a él” (Goffman, 1976: 53 en Wolf, 1979:83).

⁵² Graciela me contó que antes había más travestis que se prostituían pero que ahora hay muy pocos. Lo que le llamaba la atención era que de día eran hombres y de noche aparecían vestidos de mujer. Durante el trabajo de campo, solía ver a una travesti entrando o saliendo del edificio y el conserje me decía que en ese momento sólo vivía ella ahí.

locutorio o en la recepción del edificio, nuestras conversaciones siempre estuvieron rodeadas del movimiento habitual del lugar, de entradas y salidas y de subidas y bajadas por el ascensor por lo que había personas que nos observaban. En esos momentos yo presentía que podrían estar preguntándose: ¿qué hacía yo hablando con una prostituta? o ¿qué hacían ellas hablando conmigo? o hasta quizás: ¿qué era lo que yo pretendía con ellas o de ellas? ¿sus servicios?

Algunos hombres que nos veían juntas parecían envolvernos en una mirada pseudoacosadora que hasta me hacía sentir una de ellas, una trabajadora sexual. Era una sensación rara que, si bien por momentos me incomodaba, me hacía experimentar un rol disponible en ese espacio. Además, yo era una extraña para ese lugar, es decir, no pertenecía a él y percibía que mi presencia llamaba la atención y, más aún, si estaba con las chicas ya que quizás esto no era lo esperado. Noté esto cuando durante una de las interacciones que tuve en el kiosco, constantemente transitado, hablé con Pedro, un cerrajero que tiene su local en la galería. Me preguntó si vivía o trabajaba en el edificio y le contesté que no. Mi respuesta lo sorprendió. Y supuse que fue porque la mayor parte de la gente que circula en el BC – además de los que realizan compras o toman algún tipo de servicio - vive o trabaja allí.

Minutos antes de que Pedro llegara al kiosco, Rosa había bajado a comprar una revista. Es una vecina que tiene alrededor de 80 años de edad y que hace 30 años que vive en el edificio. Cuando le dije lo que estaba haciendo y mi interés por conocer la percepción que los vecinos tienen sobre las chicas, me contestó que el edificio se había convertido en un *prostíbulo*. Me decía que ella ya se había quejado en la administración pero que no había tenido respuesta, a pesar de que forma parte del consejo del edificio, de ser vecina y antigua propietaria.⁵³ Ella quería que las echaran, que se fueran todas. También me señalaba que en el estatuto del edificio está escrito que hay que respetar *la moral y las buenas costumbres*, dándome a entender que la práctica de las chicas contradice esa norma pero que nadie hace nada porque hay muchos intereses. Efectivamente, en el “Reglamento de Copropiedad y Administración” del BC, una de las obligaciones de los propietarios es no “destinar unidades [departamentos] o locales a cualquier actividad contraria a la tranquilidad, decencia, decoro, moralidad y buen gusto y nombre del Edificio”.⁵⁴ Además, el reglamento expresa que se rige de acuerdo a la Ley Nacional N° 13.512 de Propiedad Horizontal, que señala en el artículo 6°, inciso “a”, que “Queda prohibido a cada propietario y ocupante de los departamentos o pisos destinarlos a usos contrarios a la moral o buenas costumbres o a fines distintos a los previstos en el

⁵³ Según el reglamento del BC, integran el Consejo de Administración representantes de cada uno de los sectores del edificio y sólo aquellos que ocupen sus respectivas unidades. Los cargos son de un año, y en caso de no ser sustituidos son prorrogables. Este consejo es el órgano consultivo del administrador y debe actuar en forma conjunta con todos los sectores para tratar cuestiones de interés general.

⁵⁴ En el “Reglamento de Copropiedad y Administración-Consorcio de propietarios del Edificio Bariloche Center”. Versión con modificación del año 1981.

reglamento de copropiedad y administración”. Sin embargo, a pesar de que la vecina estaba convencida de que las chicas practicaban el trabajo sexual y que, en ese sentido, el edificio era un prostíbulo, cuando conversé con la administradora del BC se mostró desentendida del tema y dijo que sus funciones se limitaban a lo administrativo. Que, si había algo, ella no estaba enterada y que tampoco quería saber porque no era asunto suyo, sino de los propietarios que estaban alquilando los departamentos. Sólo si había quejas de los propietarios, le correspondía a ella atender el asunto organizando una asamblea extraordinaria o tratando el problema en la Asamblea Ordinaria anual, incluyéndolo en el orden del día. Pero que la responsabilidad recaía sobre el propietario que, pese a ser libre de alquilar su departamento y al precio que desee, no puede desenvolver en él ninguna actividad comercial.

El capítulo tercero del reglamento del edificio refiere cuáles son los usos que se le debe dar a cada parte del edificio, y define que sólo la planta baja, el primer subsuelo y el primer piso pueden ser destinados a oficinas, actividades comerciales, civiles o profesionales. Mientras que el resto de los pisos:

(...) serán destinados a casa habitación de los copropietarios, familiares, inquilinos o a quienes su titular ceda el uso, no pudiendo darles otro destino, ya sea comercial, industrial o profesional, pensión, depósito, venta de mercaderías, alquiler de habitaciones con o sin mobiliario y cualquier otra actividad o realizar actos contrarios a la (...) moralidad y buen nombre del edificio... (Reglamento de Copropiedad y Administración, 1972: foja 230344).

No obstante, a pesar de la existencia de reglas para preservar la moral del edificio, Rosa expresó que a las chicas les cobran el alquiler más caro y, entonces, “les conviene a varios” que continúen estando en el BC. Francisco, por su parte, me contaba que a las centroamericanas les cuesta conseguir departamentos en otros lugares de la ciudad porque nadie quiere alquilarles “por ser ellas”, es decir, porque saben para qué los usarán. Entonces él, a veces, les hace el *favor* de buscarles alquiler en el edificio o les pasa el dato si se libera alguno. O sea que, si bien, en el BC los propietarios les cobran más caro, como dice Rosa, por lo menos ahí sí les alquilan a pesar de saber que lo utilizaran para los servicios sexuales, como sostiene Francisco. Esto está –aunque sea implícitamente- “permitido” o “habilitado”, además de responder a intereses económicos.

El curso de nuestra conversación llevó a que Rosa dijera que había que juntar firmas para que las sacaran y no les alquilaran más. Inmediatamente, Marta, la dueña del kiosco dijo: “ah, yo no voy a firmar nada, a mí me convienen”. Y Rosa le contestó: “vos porque no vivís acá”. Marta le repitió que a ella le compran y que, entonces, le convienen. En ese mismo momento, se sumó a la charla el cerrajero y también dijo que nadie iba a hacer nada porque a todos les convenían las chicas: al locutorio, a la peluquería, al almacén, al restaurant, a todos. Porque ellas, “a donde van, dejan plata” y no tienen problema cuando tienen que pagar el precio que

sea. Un punto de vista similar compartía Raúl. Él había expresado, en alguna de nuestras interacciones, que las chicas tenían una importancia económica en el edificio y refirió que muchos locales comerciales del BC “viven de ellas”. Nombró principalmente al locutorio y al almacén, pero también a los que les alquilan los departamentos a las chicas, como decía Rosa. De esta manera, se hicieron visibles los beneficios económicos que algunos sujetos obtienen con el comercio sexual. En términos de Marx (2005 [1867]), la mercancía representada por el servicio sexual de las trabajadoras posee valor de uso y valor, esto último entendido como el tiempo de trabajo necesario, tanto directo como indirecto para producir dicha mercancía.⁵⁵ Pero para que ese servicio sexual sea una mercancía, debe poseer valor de uso para otros y, de este modo, poder intercambiarse y realizarse como mercancía. Este intercambio supone la existencia de dos partes privadas e independientes entre sí que enajenan sus mercancías recíprocamente. Es decir, la trabajadora sexual vende su mercancía, un servicio sexual, y obtiene de la contraparte (el cliente) dinero, produciéndose la primera metamorfosis de la mercancía: el servicio sexual se transforma en dinero. Luego, ese dinero obtenido ingresa en un proceso de circulación, produciéndose la segunda metamorfosis, y es gastado –en parte- en el alquiler de los departamentos y en los locales comerciales del BC: en el kiosco/locutorio cuando realizan llamadas a larga distancia o compran tarjetas de celular, entre otros productos; en el almacén, al comprar alimentos; en el sex shop, donde obtienen los elementos que usan para trabajar o en la peluquería, donde adquieren servicios de estética. Cabe decir que el gasto de dinero que se realiza en estos dos últimos, el sex shop y la peluquería, y en el alquiler del departamento obedece a las necesidades de reproducción del servicio sexual, mientras que los gastos que se realizan en los otros comercios no tiene relación con la reproducción del servicio que las trabajadoras sexuales prestan.⁵⁶

Estos lugares son los que destacaron tanto Pedro como Raúl y su percepción es que las chicas ocupan un estatus de “buenas consumidoras”, aunque no son las únicas clientas de estos negocios, ni los locales del edificio los únicos a los que les compran. Pero si nos detenemos en el mercado interno del BC, la venta de un servicio sexual da lugar a que se realicen diversas compras de diferentes mercancías en el edificio y estas dos fases (venta: mercancía-dinero y compra: dinero-mercancía) constituyen un ciclo donde el dinero que circula fue obtenido originalmente del trabajo sexual. Es en este sentido que podemos analizar la importancia económica de las chicas en el BC, a pesar de que estas representen sólo un

⁵⁵ Elijo decir que lo que se está comercializando es un servicio sexual ya que esta ocasión no amerita detenerse en qué es lo que se vende estrictamente con el trabajo sexual. Aunque, como veíamos en el marco teórico no se puede decir que es el cuerpo en sí mismo el que se vende, como sostiene la perspectiva abolicionista, sino que al tratarse de una actividad independiente y consentida como lo exhibe nuestro caso, las trabajadoras sexuales hacen uso de su cuerpo como una herramienta de trabajo.

⁵⁶ Quiero agradecerle a Mariano Lanza su tiempo y colaboración con esta reflexión.

porcentaje de los que consumen distintos servicios o productos en el lugar y ver cómo el comercio sexual está entramado con el comercio del edificio.

Finalmente, Rosa se fue a su departamento sin decir nada más y sin mucho éxito con su propuesta. Se la veía enojada. Marta decía que Rosa era una *señora mayor* y que por eso pensaba así. Ella misma no iba a interferir en el asunto de sacarlas porque, además de que las chicas son unas de sus principales clientas, tiene una buena relación con ellas, de mucha confianza. Pedro, el cerrajero, agregó que era verdad que a los *viejos* les molestaban las *chicas*, pero que también era cierto que a la *gente del edificio* le molestaban los *viejos*, porque estaba lleno de personas mayores.⁵⁷ Así, Pedro no sólo resaltó la presencia de dos grupos diferentes y antagónicos, “las chicas” y “los viejos” de acuerdo a sus edades –y, probablemente, a sus prácticas–, al igual que Andrade en la nota periodística, sino que también tensionó la relación entre ellos, generalizando la intolerancia de las personas mayores hacia las trabajadoras sexuales como si esta fuera una cuestión de edad. Además, los distinguió a ambos de un tercer grupo, el de “la gente del edificio”, un actor social que, en su discurso, se presentó como ajeno al conflicto, es decir que apareció desmarcado. De alguna manera, con “gente del edificio” estaba refiriendo a todos aquellos que no son ni “los viejos” ni “las chicas”, en tanto no superan cierta edad, no practican el trabajo sexual y no son migrantes. Se convierten, entonces, en el parámetro que define las alteridades.

Por último, según los relatos de las propias trabajadoras sexuales, ellas eligen al BC como su lugar de trabajo porque allí se sienten más seguras, a pesar de que el alquiler es caro. La entrada al edificio está controlada por el conserje y el guardia de seguridad las 24 horas del día. Hay cámaras en todos los pisos y sectores del edificio y esto parece ser percibido para las chicas como una forma de garantizar su protección y no como un acto persecutorio hacia ellas. Francisco y Raúl están observando permanentemente lo que sucede, todos los movimientos del lugar. Cada tanto, durante nuestras charlas, me mostraban los monitores y yo observaba cómo los hombres se dirigían hacia los departamentos de las chicas, golpeaban la puerta y esperaban para entrar. Francisco, el conserje, me decía que cuando llegan hombres preguntando por las chicas - en qué pisos y departamentos viven, por ejemplo – no les pasan ninguna información ya que ellos se tienen que contactar previamente por teléfono con las trabajadoras. Expresan que si permiten que entre cualquiera, pueden traerles problemas a las chicas porque no saben quién está subiendo o quién les tocará la puerta.

⁵⁷ Respecto de esto, Francisco me contaba que durante un mes habían fallecido como 4 o 5 ancianos y que, además, a algunos de ellos los habían encontrado en sus departamentos ya que eran personas que vivían solas, o que no tenían familiares que los visitaran.

Lucía, una migrante colombiana, me decía que en el BC están más protegidas. Por un lado, porque *los de abajo* controlan quién entra y, por otro, porque si uno grita hay alguien que va a salir a ver qué pasa, principalmente las chicas que también trabajan ahí. En este sentido, me contaba que entre el mismo grupo de las trabajadoras sexuales del edificio se cuidan:

(...) tenemos que cuidarnos entre todas, porque (...) si pasa algo tenemos que estar nosotras ahí, no va a venir una argentina, no va a venir un argentino a ver qué paso, solamente si vos tenés algo con esa persona va a venir. Entonces, no, entre nosotras mismas nos cuidamos, que van a agarran a una y van a agarrar a todas porque, o sea, si alguien le va a dar a una le va a dar a todas, porque todas vamos a salir con lo que sea a la defensa de esa persona, porque no la vamos a dejar morir, entre nosotras mismas nos tenemos que cuidar...

En este sentido, dio cuenta de que otro punto que hace a la elección del edificio es que allí viven compañeras no sólo de trabajo sino también nacionales con las que se comparten lazos de solidaridad. Lucía hizo referencia al grupo de las migrantes o centroamericanas específicamente: “(...) si le pasa algo a una, todas vamos a estar ahí, colombianas, dominicanas, todas estamos ahí, ¿qué pasó? (...) ¿qué hay que hacer?”. Sin embargo, dejó claro que el vínculo entre las migrantes no se extiende hacia las trabajadoras sexuales argentinas del BC. De este modo, exhibió que el colectivo de trabajadoras sexuales del edificio no era un grupo homogéneo como parecía connotar la condición compartida. Para Lucía, la relación con las argentinas se limita al saludo: “(...) cada quien hace lo suyo, no está pendiente de la vida de los demás, se manejan...” En este caso, con “los demás” podía estar refiriendo a todos/as aquellos/as con los que no comparte, por ejemplo, la experiencia migratoria o el origen nacional. No obstante, esa distancia también podía estar reflejando otro tipo de problema. Cuando conversé con Eugenia, la dueña del sex shop que se encuentra en la galería comercial del edificio, me decía que hay problemas entre *las extranjeras* y *las argentinas* porque “no se bancan”. Su opinión era que hay mucha competencia entre los dos grupos porque hay hombres que las piden de distintos estilos, “rubias” o “morochas” y eso trae consecuencias directas en los ingresos de las chicas y, por lo tanto, en sus relaciones personales y laborales. Esto dio lugar a la pregunta que estructura el siguiente capítulo de esta tesina, donde analizaré cómo se configura la oferta del mercado sexual local en base a la racialización e hipersexualización de identidades.

4. Palabras finales

Entonces, ante la pregunta de cómo se configura en el BC un espacio disponible para el comercio sexual, recorrí las representaciones que circulan en torno al edificio y los relatos de diferentes actores. Estos discursos dieron cuenta de los diversos sentidos que este espacio en

particular -y el trabajo sexual espacializado en él- produce y cuáles son las moralidades y, también, los intereses que se manifiestan y estructuran las relaciones con ese comercio. Es decir, algunos de los discursos señalaron que las relaciones con las trabajadoras –que, a su vez, no son un grupo homogéneo- se limitan al saludo pero que, al mismo tiempo, en determinadas oportunidades se les hacen favores y se exhiben relaciones de reciprocidad. Por otro lado, se aprecian conveniencias e intereses económicos que, a su vez, contradicen “la moral y las buenas costumbres” del edificio. Las interacciones cotidianas parecen ser cordiales, aunque algunos relatos expresan altos grados de intolerancia hacia las trabajadoras sexuales centroamericanas en particular y no hacia las argentinas. Así, podemos ver cómo los valores morales son factores que intervienen efectivamente en la organización y producción subjetiva de comportamientos y regulan las relaciones sociales en el BC de acuerdo a las percepciones que esos valores construyen. Aunque, también es posible observar cómo esos valores operan en conjunto con los intereses ya que ambos están encarnados en la acción y “lo que nos parece correcto” se confunde, en ciertas ocasiones, con “lo que nos conviene” (Balbi 2007).

Detrás de la aparente armonía que exhibe el espacio público del edificio, la convivencia de la realidad cotidiana del BC habitacional y comercial con la del BC en tanto mercado sexual genera conflictos y lejos está de ser aceptada moralmente por algunos a pesar de que, de una u otra forma, se haya espacializado allí el comercio sexual. Ahora, si intentamos esbozar cómo el comercio sexual tiene lugar en el BC debemos hacer referencia a una serie de aspectos. Se aprecian cuestiones prácticas tales como: la ubicación del BC en una zona céntrica (que facilita el acceso a los servicios sexuales y promueve su venta), el tamaño del edificio (que posibilita una gran circulación de gente a diario y disimular las prácticas de compra y venta de servicios sexuales) o la seguridad que le ofrece a las trabajadoras sexuales, como ellas mismas lo perciben. Por otro lado, se ponen en juego intereses económicos de quienes alquilan los departamentos a las chicas para el trabajo sexual a precios más elevados que los habituales y, como cuentan distintos actores, el dinero que obtienen las trabajadoras sexuales circula en los comercios del BC. Por último, también considero que las valoraciones sociales sobre el edificio han dado lugar a que se espacialice allí el mercado sexual. Es decir, como veíamos en el primer apartado, el BC siempre ha tenido una connotación negativa debido a la incomodidad social que produce su presencia de acuerdo a los valores estéticos hegemónicos de la ciudad y que, en muchas ocasiones, se convierten en morales. De esta manera, sentidos atribuidos al BC como la “vergüenza de Bariloche” o “el edificio más odiado” han ido construyendo un imaginario social a-moral sobre él, dándole un lugar al trabajo sexual y volviéndolo “aceptable” y hasta “coherente” con ese espacio.

CAPÍTULO III

El mercado sexual

En el capítulo anterior introduje la cuestión de que el trabajo sexual implica la mercantilización del servicio sexual en tanto las trabajadoras sexuales lo intercambian por dinero que luego ingresa en un proceso de circulación económica dentro del mismo edificio. Ahora, quiero analizar el mercado sexual en su dimensión local, que incluye al espacio del BC pero que no se limita a él. Para esto, me centraré en el análisis de dos elementos de ese mercado: la oferta y la demanda. No es mi interés estudiarlos en términos económicos formales, sino entender cómo se configuran para la venta los productos sexuales y quiénes son los consumidores.

Como sostiene Polanyi (1976), la concepción de que la oferta y la demanda son fuerzas elementales combinadas es falsa, ya que cada una de ellas consta de dos componentes muy distintos: por un lado, de una cantidad de bienes y, por otro, de cierto número de compradores o vendedores. A su vez, los demandantes y oferentes dan cuenta de la existencia de distintos grupos de personas que se encuentran en la instancia del intercambio con necesidades distintas. No me centraré en los motivos que conducen al intercambio entre trabajadoras sexuales y clientes, sino en cuáles son las características de la oferta y de los consumidores.

Cabe decir que es durante el intercambio del servicio sexual por dinero que se concreta la venta del producto que se ofertó previamente. En este sentido, el comprador le otorga cierto valor a ese servicio que, como señala Simmel, no es una propiedad inherente al objeto –al servicio sexual- sino al juicio emitido por el sujeto y que se manifiesta en el intercambio (Appadurai, 1991[1986]). Sin embargo, es posible estudiar las cosas que se intercambian porque, al igual que las personas, tienen una vida social:

(...) debemos seguir a las cosas mismas, ya que sus significados están inscritos en sus formas, usos y trayectorias. Es sólo mediante el análisis de estas trayectorias que podemos interpretar las transacciones y cálculos humanos que animan a las cosas. Así, aunque desde un punto de vista *teórico* los actores codifican la significación de las cosas, desde una perspectiva *metodológica* son las cosas-en-movimiento las que iluminan su contexto social y humano (Appadurai, op cit.: 19).

De este modo, son tres los momentos que pueden ser analizados: a) la fase mercantil, en la cual una cosa se convierte en mercancía; b) la candidatura mercantil, que refiere a los estándares y criterios simbólicos, clasificatorios y morales que la vuelven mercancía; y c) el contexto mercantil que refiere a la variedad de arenas sociales que ayudan a vincular la candidatura mercantil de la cosa con la fase mercantil. Estos tres momentos están plenamente vinculados ya que el contexto social le proporciona el estado simbólico a la mercancía

mientras que la fase mercantil es la que le otorga valor a las cosas, siempre y cuando éstas cumplan con los requisitos de la candidatura mercantil.⁵⁸ En este sentido, quiero indagar acerca de la “candidatura mercantil” de la oferta, es decir, cuáles son las categorías que los oferentes ponen en juego para promocionar sus productos en el mercado sexual, sin perder de vista el contexto en el que ese mercado tiene lugar.

Por otra parte, Appadurai plantea que la mercancía no sólo está dominada por la producción sino también por el intercambio, la distribución y el consumo. En este sentido, desde un punto de vista económico, el consumo es la última fase del proceso de circulación. Ahora, desde un punto de vista sociocultural:

(...) el consumo es la etapa durante la cual los bienes se vinculan a referentes personales, cuando dejan de ser "bienes" neutrales (los cuales pueden ser poseídos por quienquiera o identificados con cualquiera), para convertirse en atributos de seres individuales, en insignias de identidades, y en signos de relaciones y obligaciones interpersonales específicas (Gell, 1991[1986]:146)

Así, la antropología estudia los signos que expresan las relaciones sociales que emergen en torno a los procesos de consumo y, de este modo, el consumo no es un acto individual y descontextualizado, sino que es un proceso social e históricamente situado (Narotzky, 2003).

Por lo tanto, partiendo de esta perspectiva, en primer lugar me centraré en cómo se configura la oferta sexual en la ciudad a partir de analizar una serie de avisos clasificados *online* para observar, en particular, la oferta de las migrantes. Luego, retomaré las experiencias laborales de un grupo de mujeres centroamericanas en Bariloche, para indagar acerca de los procesos que intervienen en la configuración de sus trabajos. En un tercer momento, abordaré cómo son caracterizados los clientes que consumen los servicios sexuales que se ofrecen en particular en el BC, según la percepción de un conjunto de actores que incluye a las mismas trabajadoras, para finalizar con una reflexión sobre la relación cliente-trabajadora sexual.

1. La oferta local

A lo largo de 5 meses registré los avisos clasificados de la subsección “servicios personales” de la sección “contactos” de una página web local.⁵⁹ La característica principal de los “servicios personales” es que reúne avisos con ofertas sexuales con o sin fines comerciales, aunque me limitaré a analizar los avisos que se proyectan a la venta ya que son los que

⁵⁸ En otras palabras, Kopytoff expresa que “(...) de la gama total de cosas disponibles en una sociedad, sólo algunas de ellas se consideran apropiadas para ser clasificadas como mercancías. Además, la misma cosa puede concebirse como mercancía en cierto momento, pero no en otro [y] la misma cosa puede ser vista simultáneamente como una mercancía por una persona y como algo distinto por otra. Estos cambios y diferencias en materia de cuándo y cómo una cosa se convierte en mercancía revelan la economía moral que está detrás de la economía objetiva de las transacciones visibles” (Kopytoff, 1991[1986]: 89)

⁵⁹ <http://bariloche.locanto.com.ar/>

forman parte del mercado sexual local.⁶⁰ El corpus seleccionado es de 59 avisos, de los cuales 43 pertenecen a mujeres, 13 a hombres y 3 a personas trans.

Cabe destacar que el género discursivo de avisos clasificados se caracteriza por su función publicitaria y de competitividad y, en este sentido, se puede identificar cómo el oferente configura su producto y cuáles son los elementos a los que recurre para hacerlo. En este proceso, como sostiene Goffman, se ritualizan e hiperritualizan ciertos estereotipos normalizándolos, exagerándolos o simplificándolos. No obstante:

(...) los [géneros] publicitarios no crean las expresiones ritualizadas que emplean: [sino que] explotan el mismo cuerpo de exhibiciones, el mismo idioma ritual, que todos nosotros los que participamos en situaciones sociales, y con la misma finalidad, la de hacer interpretable un acto previsto. A lo sumo, no hacen sino convencionalizar nuestras convenciones, estilizar lo que ya está estilizado... (Goffman 1991:168)

De esta manera, lo que tienen en común los avisos seleccionados es que todos contienen una propuesta sexual donde los anunciantes exponen los servicios que realizan y los atributos o capacidades sexuales que poseen. Y como veíamos, esas capacidades se ofertan en relación a una diversidad de marcas que en sí mismas no son sexuales: el género, la edad, los rasgos físicos, la migración y la nacionalidad, entre otros. El primero parece estructurar y diferenciar de modo más evidente el corpus general. Como dije, los anunciantes son en su mayoría mujeres, aunque también encontramos hombres y transgéneros. En los avisos de hombres, éstos se presentan en algunos casos como bisexuales y, en otros, como hetero u homosexuales, delimitando la búsqueda de los/as consumidores/as, mientras que la orientación sexual no es explicitada en los clasificados de las mujeres, por lo que interpreto que esa desmarcación remite a la heterosexualidad hegemónica. Por último, 2 de 3 de los avisos de trans señalan que los servicios son para hombres exclusivamente. Respecto de las marcas de edad, 4 avisos de mujeres de un total de 43 refieren a descripciones etarias, mientras que en el caso de los anunciantes hombres, este uso se manifiesta en 2 avisos, de 13. Los rasgos físicos están presentes en la mayoría de los clasificados, aunque algunos expresan más que otros ciertos estereotipos que luego analizaré, más presentes en los clasificados de las mujeres que en los de los hombres. Por otro lado, el carácter migratorio se manifiesta en algunas ocasiones más explícitamente y en otras menos, tanto en el caso de mujeres, hombres o trans y en todas ellas aparece exhibiendo la llegada de un nuevo producto al mercado local, lo cual parece distinguirlos del resto de los clasificados ya que se constituyen como la

⁶⁰ Pese a la prohibición de avisos con oferta sexual en todos los medios de comunicación, este sitio web contiene clasificados de este tipo. El Decreto N° 936/11 promueve la erradicación de la difusión de mensajes e imágenes que estimulen o fomenten la explotación sexual y se basa en la Ley N° 26.364 de “Prevención y sanción de la trata de personas y asistencia a sus víctimas” y en la Ley N° 26.485 de “Protección integral para prevenir, sancionar y erradicar la violencia contra las mujeres en los ámbitos en los que desarrollen sus relaciones interpersonales”

novedad. Por último, el clivaje nacional opera cuando se remite al país de procedencia, en general latinoamericanos, tanto en el caso de las mujeres como en el de los hombres.

Mi interés particular está en destacar los clasificados que refieren al origen centroamericano y en analizar su directa articulación con el clivaje racial. Entonces, primero veamos cómo se presentan los clivajes mencionados a partir de algunos ejemplos del corpus, para luego ir a ellos:⁶¹

Tamara Escort vip ! - **21: Soy la bebota** que va cumplir todas tus fantasías... **Toda natural sin retoques!!!** Veni a disfrutar del mejor sexo de tu vida... Me voy a convertir en tu mayor vicio. No estoy en el center. Estoy en pleno centro no atiendo llamadas en num privado ni msj!! solo nivel vip.400 la media hora 800 la hora llamame (...) (resaltado propio)

Lo que quiero destacar de este clasificado es que la trabajadora sexual, además de presentarse como “escort”⁶², utiliza la referencia a su edad y luego se define como “bebota”, lo cual le da una particularidad a su servicio y una diferenciación respecto del resto de los avisos. Además, parece connotar que su juventud le permite ser “natural sin retoques” y elige este atributo como estrategia de venta.⁶³

Los siguientes clasificados, por el contrario, son de hombres aunque también utilizan la edad para ofertar sus servicios:

joven de 18 años se ofrece para señoras mayores sin compromiso: Mi nombre es sergio ,bien dotado!, **tengo 18 años** y me ofresco a ser tu fiel amante, prometo cumplir todas tus fantacias ,tratarte como a una reina, y hacerte gozar como a vos te gusta, me ofresco para trio con mujeres solo dejame un mensaje en mi celu (...) y con gusto te lo respondo..espero tu mensaje (SOLO MUJERES) (resaltado propio)

Cincuentón muy bien dotado: **Tengo 50 años** y estoy dotado con 18 cm. Exclusivo para mujeres de todas las edades (solamente mujeres) Te hago mucho mimos, caricias, besos y todo lo que te guste para llegar al climax con tu mejor orgasmo. Comunícate al (...) las 24 horas. Te haré muy feliz... (resaltado propio)

Si bien en el primer aviso el trabajador sexual destaca su corta edad (18 años) como un valor positivo para luego promocionar los servicios que ofrece, en el segundo aviso, el vendedor, de 50 años, refiere a sí mismo como “cincuentón” poniendo en valor su cantidad de años.

⁶¹ Voy a transcribir los avisos clasificados respetando la escritura original con errores ortográficos y/o de tipeo en algunos casos.

⁶² “Escort” refiere a la/el acompañante que vende su compañía a clientes que las/los eligen por su nivel de instrucción y atractivo físico, entre otros, para acudir a eventos importantes, viajes, etc., y que puede incluir o no servicios sexuales. Sin embargo, este aviso y otros de la página donde las trabajadoras sexuales se autodenominan de ese modo, no dan cuenta de servicios de compañía, sino únicamente de sexo.

⁶³ Cabe destacar que en este aviso aparece mencionado el “center”, es decir, el BC, y más allá de que Tamara lo nombre para decir que está fuera de él, la mención al edificio exhibe que el mismo es efectivamente una referencia al mercado sexual en la ciudad. En el resto del corpus es frecuente la referencia al BC, aunque en la mayoría de los casos los anunciantes lo mencionan para decir que ya no están más allá o que no atienden en ese espacio. Por otro lado, en la página web “Bariloche Sensual”, los clientes comentan, califican y completan un cuestionario evaluando las experiencias sexuales que tuvieron con las trabajadoras sexuales que ofertan sus servicios en el sitio. Entre las preguntas que contestan (duración del encuentro, arancel, tipo de servicio, etc.), una es la “zona de reunión” y se puede observar que el común de las respuestas refieren al “center”.

Aunque destacan como valor positivo lo opuesto en términos etarios, ambos vinculan su edad con el estar “bien dotados” para la actividad sexual y con la satisfacción garantizada para la cliente. Sin embargo, parecería que en el primer caso, el joven propone en primera instancia “cumplir fantasías” y “hacer gozar”, mientras que el “cincuentón” ofrece “mimos”, “caricias” y “besos”, como si cada una de las propuestas y actitudes se correspondieran con una determinada edad. Por otra parte, mientras que el anunciante hombre destaca el atributo de “cincuentón”, tanto el aviso de Tamara como los de las mujeres en general exhiben que sus edades no superan los 35 años. En este sentido, el clivaje etario se pone en juego en los discursos publicitarios de distinta forma según el género.

Así como la edad aparece como una información relevante a la hora de ofertar los servicios sexuales, también puede observarse en los clasificados la presencia de ciertos estereotipos que se reproducen para competir en el mercado:

Pao escort vip de primer nivel – 24: Soy Pao, una escort de primer nivel con **cuerpo y cara de modelo**. tengo depto propio y estare en bariloche solo por unos dias , no dudes en llamarme (...) (resaltado propio)

Azul-**Princesa encantada**.. - 30: Hola soy Azul!!! de vuelta por bariloche!!! ya me conoces.. soy tu **perfecta dama de compañía..elegante, sensual inteligente, simpática**.. capaz de compartir tus cenas empresariales.. hablo tres idiomas...,y lo mejor puede venir.. en el momento mas íntimo...tengo la capacidad de dejarte completamente extasiado, enloquecido, descerebrado.. lo mas lindo de la vida lo alcanzas conmigo llamandome..me podrás reservar el turno desde las 12 del mediodia h las 20hs... solo domicilios, hoteles o albergue transitorio..Cel: (...) (resaltado propio)

sofia **morocha argentina** dulce,y sensual – 32: CONOCEME!Sin compromiso tengo 32 años,soy morocha argentina,mido 1.70 mts 105-de lolas 68cm de cintura ,110 de colita soy una excelente dama de compañía y buena acompañante en tus viajes.te ofrezco un servicio convencional o completa lo que mas te guste .voy a tu domicilio o te atiendo en tu hotel si nos estas visitando .espero tu llamado corazon a mi cel (...) Atencion a parejas personalizada. (resaltado propio)

En esta selección, Pao, Azul y Sofía hacen referencia a ciertos modelos de mujer, aunque estos refieren a diferentes tipos de cuerpo y a la atribución de distintas cualidades. En el primer aviso, la escort vip se presenta como “con cuerpo y cara de modelo”, lo cual da cuenta de que la intención es remitir a cierto estereotipo valorado positivamente a nivel social y que se configura como el parámetro hegemónico de belleza.⁶⁴ En el segundo clasificado, Azul se autodefine como una “princesa encantada” y vincula esta etiqueta con un conjunto de

⁶⁴ Soley Beltrán expresa que “(...) la belleza hegemónica [es un] un mecanismo que define y regula los estándares normativos para una identidad aceptable (...) La construcción de la persona pública de la modelo [es un] contenedor simbólico de una serie de valores propios de un sistema capitalista que rigen de forma interseccional la clase social, el género y la raza, entre otros vectores (...) Sus personas públicas simbolizan un yo ideal que supuestamente demuestra la posibilidad y la deseabilidad de su consecución. Se han convertido en iconos de belleza y de perfección social...” (Soley Beltrán, 2010: 128)

cualidades: “elegante” + “sensual” + “inteligente” + “simpática” que la convierten en una “perfecta dama de compañía”. De esta forma, la inteligencia y la simpatía, dos atributos que no poseen en sí mismos un carácter sexual, acompañan las aptitudes de elegancia y sensualidad, que sí podrían hacer referencia a cuestiones físicas u eróticas. Por otro lado, tanto la figura de la “princesa encantada” como la de la “modelo” funcionan como tipificaciones de “mujer” que encarnan las actitudes y corporalidades idealizadas culturalmente.

Por último, el aviso de Sofía maneja otro tipo de estrategia ya que el modelo que difunde para la venta es el de la “morocha argentina”. Ofrece el detalle de sus medidas corporales que no son exactamente las que se corresponden con las de la modelo actual de pasarela o revista extremadamente delgada, sino a un cuerpo de mayor tamaño que también se constituye como un estereotipo de mujer segura e imponente. Por otro lado, la “morocha argentina” no está haciendo referencia a un color de piel moreno o negro, como sí veremos en los siguientes ejemplos, porque al estar vinculada con la nacionalidad “argentina” subyace a ésta una construcción etno-blanco-céntrica que no da lugar en su imaginario social a la valoración de un cuerpo así. Trabajaré este punto más adelante.

A continuación, voy a citar avisos clasificados en los que aparece la referencia a la condición migratoria de los oferentes, ya sea porque se observa la presencia de migrantes internos -es decir, de otras ciudades de la Argentina- o de otros países, que parece funcionar como otra estrategia de venta:

BRASILERA HOT – 30: Soy **Brasilera**, muy fogosa, caliente, cariñosa y simpática. Para vos que estas solo y buscas compañía y atención cordial, no dudes en llamarme, que no te vas arrepentir. Solo hago salidas a hoteles y zona céntrica...Horarios: full time... Tel:(...) (resaltado propio)

Ahora la **uruguayita** sigue aqui ! - 26: Hola si quieres una experiencia novia novio llamame. Soy muy cariñosa.Te voy a hacer sentir especial.Soy simpatica y alegre. Salidas a hotel y zona centrica.Promocion 280 la media hora 560 la hora.I Speak english and português.(...) (resaltado propio)

Mariana y Sol Escorts vip ! – 25: Cuando quieras un servicio de placer , zona centrica.Dpto vip !! Mariana rubia **de Rosario** !!! Sol **de Buenos Aires** !!! Vos elegis !!! hacemos el duo perfecto !! llamanos con anticipacion de turnos TEL (...) (resaltado propio)

Trans bellisima Luana – 22: Trans de alto nivel..por pocos dias en bariloche. Rubia **hermosa Porteña de Exportación**!! Dulce y fogosa, espero conocerte y juntos pasar el mejor momento no te lo pierdas!! Solo para ejecutivos y hombres de buen gusto (resaltado propio)

Marla la **venezolana**- 28: Marla Venezoana **color café muy caliente**. Tomame cuando quieras. Celu.(...) Atención a maduritos la morocha fgoza. Marla morocha fgoza completita y zarpada. Llama (resaltado propio)

La particularidad de estos avisos es que ponen en juego marcas tanto nacionales como de pertenencia a otras ciudades de la Argentina. Si bien solo 3 anunciantes de un corpus de 59

clasificados explicitan que provienen de países tales como: Brasil, Uruguay y Venezuela, y 2 de la provincia/capital de Buenos Aires y de la ciudad de Rosario, Santa Fé, en otros 14 avisos aparecen indicadores que dan cuenta de que los/as que ofrecen los servicios sexuales son recientes en la ciudad. Por ejemplo, encuentro señales tales como: “recién llegada a Bariloche”, “nueva en la ciudad”, “llego a Bariloche [a] dar placer”, “llego a Bariloche 100 [por ciento] caliente”, “llega a Bariloche 100 [por ciento] importada”, “recién llegada a Bariloche para complacer todas tus fantasías”. Estas referencias parecerían constituirse como novedad y a partir de este mecanismo estarían particularizando el producto sexual.

Por otra parte, también se realiza otro tipo de menciones que hacen referencia al carácter migratorio de las trabajadoras sexuales ya que utilizan la autodenominación “caribeña”. Sin embargo, más allá de que esto de cuenta de la extranjería, quiero analizar cómo la presencia de “lo caribeño” en los clasificados tiene un uso particular y expresa diferentes sentidos:

Tiffany **ardiente** – 29: **caribeña alto placer. . . morena**, perrita sumisa o tu ama dominante, vos elegís. te recibo sola en mi sitio discreto, tambien hago a domicilios y hoteles; claro siempre con cita previa. te espero para hacer realidad tus sueños ...tel. (...) (resaltado propio)

Chocolate dulce – 33: chocolate dulce, soy **caribeña muy sensual y divertida** te invito a que pacemos un lindo momento en mi dpt llamame no te arrepentiras, me gusta la discrecion y la higiene te espero bb tel. (...) (resaltado propio)

Dulce morena- 28: Soy **morena dulce como el azúcar y rica como el café**. En un ratito de tu tiempo llamame para que pacemos un rato agradable que no olvidarás. Tel (...) **Estoy de regreso** sola en DPT. Llamame te espero. (resaltado propio)

Tiffany y Chocolate Dulce expresan en sus avisos que son “ardientes”, de “alto placer” y “sensuales/sexuales”, que son cualidades que en sí mismas no las distinguen del resto de trabajadoras/es ya que parecen constituirse como la regla para la actividad. Del mismo modo, dulzura y diversión aparecen como otros atributos que están en relación con las cualidades sexuales. Sin embargo, la especificidad reside en que todas esas características son presentadas en vinculación con la identidad caribeña y la piel morena. El azúcar, el café o el chocolate son productos propios de la región del Caribe y Centroamérica y, además en su carácter alimenticio parece reforzar el imaginario de esa zona geográfica a partir de la apelación a lo sensorial. Por otro lado, y fundamentalmente, el uso del estereotipo de lo caribeño parece constituirse como una estrategia que cotiza en el mercado sexual ya que opera particularizando la oferta de servicios sexuales de las mujeres centroamericanas. Así, podemos observar cómo el discurso publicitario de los avisos clasificados actualiza ciertos estereotipos para valorizar positivamente la oferta, mientras que en otros contextos, atributos tales como la negritud y/o la extranjería pueden ser objeto de discriminación, como

analizaremos en el próximo acápite.

Por su parte, también encontré en uno de los avisos masculinos la referencia al caribe:

CALIENTE DOTADO TODO PARA TI.. – 28: tengo el **calor del caribe**; el **placer** que buscas y las **fantasias** que ratonea tu cabeza. llámame con discreción y lo charlamos mami.... vivi el momento de placer con algo distintos que tenes!!! mi tel. es (...) (resaltado propio)

De esta manera, vemos que la utilización del término no es únicamente femenina, sino que se extiende a los hombres. Es decir, lo que tienen en común los avisos de esta última selección es que todos apelan al caribe como símbolo de negritud, fogosidad, diversión y fantasía y esta operación constituye una estrategia de venta para competir en el comercio sexual que ofrece una diversidad de tipificaciones. Sin embargo, los 4 comparten la sexualización de los diferentes atributos que se ponen en juego en todo el corpus de clasificados.

Por lo tanto, la edad, los modelos estereotipados de mujer, la nacionalidad y la raza, entre otros, operan en la configuración de la oferta local de servicios sexuales. Y aunque, en sí mismas, esas marcas no son sexuales, al formar parte de este universo adquieren significaciones sexualizadas respondiendo, por un lado, a los atributos que demandan los consumidores y, por otro, a un conjunto de representaciones socialmente valoradas.

Me interesa poner el foco particularmente en los clivajes de raza y nacionalidad ya que considero que ambos organizan los productos de las migrantes centroamericanas para competir en el mercado local. Es decir, como vimos en los avisos clasificados, el uso de las marcas raciales y nacionales se constituyen como estrategias para la venta que podrían estar dando lugar a formas de agenciamiento de las trabajadoras sexuales centroamericanas.⁶⁵ Sin embargo, hay que decir que la articulación de estos clivajes también opera estructurando las trayectorias laborales de estas mujeres ya que el estigma de la hipersexualización de la mujer centroamericana, caribeña y/o negra se presenta como una limitación a la hora de insertarse en el mercado laboral. Veamos, entonces, cómo se expresa esta situación en el relato de las interlocutoras.

2. La racialización e hipersexualización del mercado sexual de centroamericanas

Luz es una mujer colombiana, oriunda de Buenaventura, que vive con su pareja barilocheño

⁶⁵ Piscitelli también aborda las formas de agenciamiento de las trabajadoras sexuales brasileñas en España, pese a que son convertidas en objeto sexual por parte de la sociedad receptora. Esta operación es resignificada por las migrantes y reutilizada a su favor, tanto para obtener ventajas dentro del mercado del sexo como para el casamiento. Piscitelli señala que las mismas migrantes se definen como “calientes”, pero esto aparece como secundario a la hora de destacar sus cualidades principales, refiriendo a la “alegría”, al “cariño” y al “cuidado”. Esta acción les permite reposicionarse en un contexto de marcada competencia entre mujeres de distintas nacionalidades y, en este sentido, “(...) los estilos de femineidad vinculados a esas nociones [originalmente hipersexualizadas] lejos de constituir aspectos exclusivamente limitantes, posibilitan márgenes de agencia para esas mujeres” (Piscitelli, 2011:3).

con el que tiene un hijo pequeño. Cuando la entrevisté tenía 34 años, estaba estudiando para el examen final de un curso que le daría el título de auxiliar de farmacia. Me contó que decidió irse de Colombia porque había mucha violencia, vinculada, más que nada, a los conflictos políticos de las guerrillas y grupos armados. Reside hace siete años en Bariloche y cuando llegó a la ciudad comenzó a trabajar en una peluquería que en ese entonces tenía su prima. Me dijo que allá, en su país y alrededores, los conocimientos en peluquería son comunes, que ellas nacen en ese ambiente, aprenden a peinarse y a peinar, a hacerse extensiones, trenzas, etc. De hecho, ella traía un peinado con trencitas muy pequeñas teñidas de color cobre que combinaban con su piel morena. Sus experiencias laborales siempre habían estado relacionadas con la estética, inicialmente trabajando en el negocio de su prima y luego en servicios a domicilio, que dejó de hacer cuando nació su hijo.

En el momento en que hablábamos de las centroamericanas que viven y trabajan en el BC, y de lo que pensaba sobre ellas, me decía:

Yo conozco a algunas chicas que viven ahí, que trabajan viste, pero bueno, esas son cosas que yo respeto. Y las veo, viste, y me saludan, yo las saludo. Eso yo lo respeto. Las saludo cuando nos encontramos, porque viste que cuando uno se encuentra entre piel negra una no anda preguntando qué haces, qué no haces. “Hola cómo andas”, ya me entendés? Sí, conozco muchas que viven ahí en el Center...

Así, si bien Luz no era trabajadora sexual, expresó que respetaba la actividad laboral que desarrollaban sus compañeras nacionales del BC, aunque no hizo referencia al país de procedencia sino a la característica que comparten: la piel negra. Ésta parece remitir a una pertenencia que, en algún nivel, implica solidaridades y pautas de respeto mutuo sin importar las diferencias laborales y dejando de lado las sanciones morales al oficio. En este caso, el color de la piel se constituye como aquella marca de la naturaleza que, al mismo tiempo que opera racializando al grupo, lo etniciza haciendo de esa negritud un diacrítico de identidad.⁶⁶

Como sostiene Briones, la racialización es:

[un] metatérmino útil para circunscribir analíticamente aquellas formas sociales de marcación de alteridad que niegan conceptualmente la posibilidad de ósmosis a través de las fronteras sociales, y censuran en la práctica todo intento por borrar y traspasar tales fronteras (Briones, 2002: 4).

Por su parte, la etnicización circunscribe analíticamente marcaciones basándose en “divisiones en la cultura” en vez de “en la naturaleza” y, de este modo, se contempla la

⁶⁶ Restrepo (2013), a partir de un estudio etnográfico sobre las “comunidades negras” en Colombia, señala que la negritud ingresa en un proceso de etnicización donde los grupos afro son constituidos y, al mismo tiempo, se constituyen como “grupos étnicos” a través de un proceso que no involucra meramente al Estado, a las organizaciones o a la academia, sino que son las apropiaciones locales, con sus múltiples interpretaciones, interpelaciones y rechazos, las que también hacen a la etnicización de la negritud. Ésta refiere a discursos y prácticas de lo negro, y en este sentido, el autor lo utiliza como un concepto análogo al de indianidad.

desmarcación/invisibilización y se promueve la posibilidad general de pase u ósmosis. Sin embargo, como sostiene Briones, ambos procesos actúan imbricados. De esta manera, estas categorías no deben ser abordadas como cualidades tipológicas de grupos concretos que materializan a éstos en razas y/o etnias, sino que deben servir al análisis de procesos de alterización que van desagregando otros internos dentro de formaciones sociales específicas (Briones 2002). En este sentido, la piel negra de estas mujeres, al mismo tiempo que funciona como una marca racializadora opera como un diacrítico que genera identificación y, a la vez, diferenciación. Por su parte, esos procesos se expresan según las particularidades de cada contexto. Es decir, la racialización y la etnicización operan de acuerdo a la matriz de alteridad que esté interviniendo, y que funciona a partir de la economía política de la diversidad. Como sucede en el caso argentino, esa matriz ha estado basada en una triangulación que contempla la presencia de indios, inmigrantes -europeos- y criollos, otorgándole un lugar específico a cada uno, y dándole mayor o menor visibilidad y pertenencia en la conformación del estado-nación (Briones 2004). Por lo tanto, la presencia de negros/as no puede más que remitir a la extranjería de este grupo, pese a que los afrodescendientes forman parte de la diversidad existente del país aunque hayan sido invisibilizados en la narrativa de la construcción de la nación (Bidaseca *et.al.* 2011, Monkevicius 2012).⁶⁷ Lo que quiero decir con esto es que en el relato de Luz la marca racial se presenta como un índice de extranjería y de no pertenencia que, al mismo tiempo que actúa como comunalizador (Brow, 2002 [1990]), expresa un proceso de alterización que convierte al colectivo negro en un *otro*.

Sin embargo, la marca racializadora y etnicizadora no sólo opera como un rasgo identitario, sino que asume otros significados en las expresiones de las interlocutoras. Veamos cómo. Cuando conversaba con Lucía, una migrante colombiana de la ciudad de Cali que se dedica al trabajo sexual, le pregunté si no tenía otras opciones laborales además de ese trabajo y me contestó:

No, no había otra posibilidad, porque si uno, un ejemplo, quiere trabajar en una casa de familia, trabajar en, cuidando a alguien, un viejito, en algo así, no le van a dar bola a uno por ser morocha viste, y así no más lo discriminan a uno. Imagínate.

De esta manera, expresó que la inserción laboral en la sociedad receptora en otros ámbitos distintos al mercado sexual no era un problema menor para ella, vinculó el “ser morocha” con

⁶⁷ Las justificaciones que contribuyen a la omisión de los grupos afro en la Argentina se observan en los relatos tales como “los negros iban al frente de las batallas por la independencia del país para ganar su libertad” o “el brote de fiebre amarilla en los años 20’ los diezmó”. Esta narrativa fue funcional al proyecto de blanqueamiento y “civilización” iniciado en el siglo XIX. Sin embargo, el Censo Nacional de Población realizado en el 2010 en Argentina, en el que se incorporó la pregunta por el reconocimiento afrodescendiente, y el accionar de organizaciones de afrodescendientes permitió que se visibilice este grupo, conformado tanto por migrantes africanos como por afrodescendientes sudamericanos (Bidaseca *et.al.* 2011, Monkevicius 2012).

la dificultad de conseguir fácilmente otro tipo de empleo y entendió esto como una discriminación. Y, por otro lado, a pesar de que señaló la dificultad de trabajar en el servicio doméstico, éste se constituyó como dentro de su imaginario de opciones o posibilidades laborales.

Por su parte, María⁶⁸, una mujer dominicana de 30 años de edad que vivía en “el alto” de Bariloche y que había migrado desde Santo Domingo con una amiga y arribado a la ciudad dos años antes de nuestra entrevista, me contó que fue una buena opción venirse a trabajar a Bariloche. Realizaba tareas domésticas por “los kilómetros”, un área específica de la ciudad.⁶⁹ También trabajaba de estilista a domicilio, principalmente cuando una peluquera brasilera le pedía ayuda. Contaba que, además de eso, esporádicamente cuidaba a ancianos o a enfermos. Cuando yo indagué acerca de sus tareas laborales, ella misma sacó el tema del trabajo sexual. Me dijo que, en general, ella en la noche no trabajaba, que lo hizo durante el primer año que llegó pero que no era algo que le gustara y que, además, ese no era su único ingreso. Sin embargo, refirió que cuando surgía la posibilidad, lo hacía, no se negaba, ya que este tipo de trabajo le daba un ingreso más, un dinero extra para sus hijos. Lo que me llamó la atención respecto de esto fue que María expresó que tanto para ella como para las dominicanas en general, era una dificultad conseguir un “trabajo decente”. Es decir, el trabajo sexual era algo que María realizaba. No obstante, no representaba una opción que ella valorara positivamente. En este sentido, insinuó que el *trabajo de noche* no era un “trabajo decente”, pero que para las dominicanas se configuraba como un trabajo disponible.

Por lo tanto, de algún modo, tanto Lucía como María justificaron trabajar en el mercado sexual por dos razones: por “ser morocha” y por “ser dominicana”. Estas autoadscripciones responden a dos clivajes distintos: el de raza y el de nacionalidad. Sin embargo, en el caso de Lucía, el clivaje racial se entrama con el nacional dado que es colombiana y, en el caso de María, su nacionalidad dominicana también se entrama con el clivaje racial al ser una mujer negra. De esta manera, ambas marcas parecen operar juntas aunque ellas enfatizan en una u otra según la percepción sobre sus recorridos. Cabe decir que otros elementos podrían estar interviniendo en las trayectorias laborales de estas mujeres, del mismo modo que el género, el nivel educativo, la clase o la edad. No obstante, ninguno de ellos fue referido, sino que

⁶⁸ María tiene tres hijos, dos varones de 15 y 10 años y una nena de 7 que quedaron al cuidado de su madre en su país de origen. Dice ser “mamá y papá” de ellos y su trayectoria como madre ha sido la de una “madre soltera”. Expresa que todos los días habla con sus hijos, que “si no es hoy es mañana”. Y más aún con la más pequeña, que le cuenta todo lo que hizo en la escuela durante la semana. María tenía el deseo de viajar a ver a sus hijos, ya que desde que migró no ha regresado. Pero su idea no era volver a vivir en República Dominicana, sino estar allá unos meses y luego retornar a Bariloche para trabajar.

⁶⁹ El área conocida como “los kilómetros” está compuesta por barrios que se extienden a lo largo de dos avenidas de la ciudad: Ezequiel Bustillo y Los pioneros. Desde el sentido común, esta zona está compuesta por familias con un nivel socioeconómico medio y medio/alto.

hicieron hincapié en el origen racial y nacional cuando reflexionaron acerca de sus trabajos. Así, la inserción laboral de Lucía, de María y de otras migrantes centroamericanas en el trabajo sexual me lleva a preguntarme cómo estas mujeres se configuran como mano de obra para el mercado sexual. Es decir, ¿es solamente la marca racial y nacional la que opera en la segmentación del mercado laboral volviendo disponible el trabajo sexual para las centroamericanas o intervienen otros procesos?

A modo de esbozo, considero que una de las causas que hace que el comercio sexual interpele a las migrantes centroamericanas negras es la alterización e hipersexualización que se produce sobre este colectivo. Es decir, además de marcar a estas mujeres como “otras”, en su calidad migrantes, mujeres y negras, respecto de un “nosotros” argentino/a y blanco/a, simultáneamente se pone el acento en el carácter sexual de esa otredad. De esta manera, al mismo tiempo que se exotiza la identidad caribeña negra, se la erotiza.⁷⁰ En este sentido, desde su lugar de puertorriqueña negra, Rodríguez Velázquez expresa sentirse hipersexualizada al transitar por las calles de la capital porteña. Sostiene que “(...) el cuerpo de una mujer negra carga con la accesibilidad y la explotación sexual atribuida y fijada a su cuerpo (...) [y esta cosificación y opresión] debe encontrar su génesis en la institución de la esclavitud africana y en el colonialismo...” (Rodríguez Velázquez 2011: 154 y 155). De esta manera, señala que en el caso de las mujeres negras, la sexualización naturalizada que experimentan está en directa vinculación con el racismo.⁷¹ Por su parte, Díaz Barrero, a partir del estudio de caso de latinoamericanas que migran a Canadá en calidad de “bailarinas” o “stripers” para obtener visa y contrato de trabajo temporal, analiza cómo el mismo gobierno habilita esa figura basándose en su exotización a partir de un conjunto de representaciones. Una de ellas es la que liga a la mujer al Caribe y a la “Isla de la fantasía” retomando su pasado colonial y esclavista. El Estado construye a la migrante como una mujer servil, exótica y salvaje para el consumo: “mujer de piel sedosa y canela con apetito insaciable para el sexo, mujer de piel oscura pero sonrisa amplia...” (Díaz Barrero, 2005: 141).⁷²

De este modo, al proceso de racialización al que son sometidas las identidades de este grupo de mujeres centroamericanas, se le suma el de (hiper)sexualización que las vuelve aptas para el trabajo sexual. Por un lado, se las representa como dispuestas a dar estos servicios y, por el

⁷⁰ Como veíamos en el acápite anterior, estos mecanismos no son realizados solamente por quienes perciben a este grupo, sino que los mismos migrantes las utilizan reapropiándose de ellas y resignificándolas a su favor para competir en el mercado sexual.

⁷¹ Esta vinculación entre el racismo y la hipersexualidad me remite al argumento de Brah (op.cit.), donde sostiene que una forma de racismo puede articularse con otra o con otros modos de diferenciación según el contexto y las relaciones de poder.

⁷² La autora analiza el programa de bailarinas exóticas extranjeras lanzado por el gobierno canadiense - y su impacto- que forma parte del Programa Autorización de Empleo para el No-inmigrante, es decir, para trabajadores temporales.

otro, se las define como capaces de cumplir las fantasías de los clientes de manera satisfactoria, poniendo en juego sus aptitudes sexuales “naturales” – o naturalizadas. Esto las convierte en la mano de obra ideal en un contexto etno-blanco-céntrico que, al mismo tiempo que las alteriza volviéndolas “otras” - raciales, nacionales, sexuales – hace uso de esa exotización para satisfacer un placer sexual que, a su vez, encarna relaciones de género patriarcales, nacionalistas, clasistas y racistas.

Así, es posible observar cómo estos procesos se reproducen e intervienen en la configuración del mercado sexual de migrantes centroamericanas. Como sostiene Narotzky (2003), es importante prestarle atención a la producción y distribución del trabajo y conocer los modos a través de los cuales se le asignan distintas actividades a individuos o grupos. Elementos tales como el género, la edad, la casta o el grupo étnico contribuyen a configurar el proceso de trabajo. Sin embargo, hay que considerar las construcciones generizadas, racializadas, etnicizadas, clasistas o etarias de los mercados laborales, entre otras, (Brah (2011[1996]) ya que la distribución del mercado de trabajo no opera ingenuamente asignándole determinadas tareas a determinados grupos sin ningún criterio, sino que se basa en procesos más complejos a partir de los cuales se delimita qué grupos serán la mano de obra apropiada para cada sector y cuál será el/los clivaje/s que ponderará/n en esa constitución.

Es por esto que no podemos pensar el mercado sexual de migrantes centroamericanas meramente como un “mercado étnico” en tanto éste comprende a un grupo determinado, sino que más bien debemos comprenderlo como un “mercado racializado e hipersexualizado”. Es decir, el proceso consiste en que a un diacrítico físico, como el color de la piel, se le atribuyen rasgos hipersexualizados como propios – y naturales- y, luego, esas características son convertidas en elementos culturales. A su vez, esa culturalización o etnicización se refleja en la segmentación del mercado donde se le asigna a las migrantes centroamericanas el trabajo sexual ya que están calificadas cultural y étnicamente para este rubro. De este modo, se invisibiliza el proceso que efectivamente las convierte en mano de obra. No niego que estén interviniendo otras construcciones en la configuración del mercado sexual de estas mujeres: es probable que la clase también esté operando en la división del trabajo, al igual que el género y las relaciones de poder que éste manifiesta. De hecho, si pensamos en la totalidad de la mano de obra del mercado sexual, que incluye a las mujeres argentinas, es posible que otros clivajes, distintos a los de nacionalidad y raza, estén actuando con más peso. Sin embargo, continúo sosteniendo que en el caso de las centroamericanas, esas desigualdades se reducen a distinciones étnicas o a simples diferencias culturales y, de esta manera, terminan naturalizando esa fragmentación laboral que les asigna a estas mujeres el trabajo sexual.

Quizás la confusión se deba a la sustitución de “raza” por el concepto de “etnicidad” que tuvo

por finalidad discutir que las discriminaciones racistas son en realidad políticas e ideológicas más que fundamentaciones de la diferencia biológica. Como dice Stolcke, este procedimiento tendió a minimizar o esquivar el racismo realmente existente encubriéndolo con eufemismos políticamente ambiguos. Y en este sentido, el desafío está en “desentrañar las diferencias que son inevitables de aquellas que son elegidas y de aquellas otras que son simplemente impuestas” (Stolcke, 2000: 55).

3. Los “demandantes”: los clientes

En este acápite quiero centrarme en la otra parte del comercio sexual, la demanda, haciendo hincapié en los clientes en tanto éstos son los consumidores de los servicios que ofrecen las trabajadoras sexuales. Durante las conversaciones que tuve con distintos actores la referencia a ellos fue constante. Veamos cuáles son las percepciones que circulan sobre los clientes y qué representaciones se construyen en torno a su imagen.

Francisco, el conserje del BC, y Raúl, el encargado de seguridad, me contaban lo difícil y complicada que se torna la situación cuando los clientes llegan al edificio buscando a las chicas. Esto los compromete en sus trabajos porque “no queda bien” que ellos pasen ese tipo de información o hagan de intermediarios. Si bien están en la recepción y son la cara visible, no tienen ninguna obligación en ese mercado sexual. Pero, a veces, esos clientes - siempre hombres - se ponen muy insistentes y hasta violentos, principalmente durante la madrugada.

Me decían que los clientes son distintos según el momento del día. Los que van *de día* son los que están *de trampa*. Son los que más disimulan a la hora de subir a los departamentos. Este tipo de cliente no le pregunta a ellos por las chicas porque va al edificio con frecuencia y toma los servicios sexuales con mayor regularidad. Para Raúl, los clientes “son tipos que no pueden levantarse a una mina en otros lugares y por eso tienen que pagarle a alguien”. Por eso buscan a las chicas del BC y compran los servicios que ellas ofrecen. Por otro lado, están aquellos que quizás aparecen solamente una vez porque están de paso en la ciudad. Respecto de esto, me contaban que los mismos hoteles les pasan el dato a los turistas porque ésta es una información conocida: “el Center tiene la fama, ya son muchos años, 20 o más...”, dando cuenta, así, de que los servicios sexuales del BC podrían formar parte de la oferta turística.⁷³

Otros clientes son los que vienen de los boliches que están en el subsuelo del edificio. Para Francisco, éstos suelen ser más agresivos ya que por lo general están borrachos y pretenden

⁷³ Considero que los mecanismos que articulan al comercio turístico con el comercio sexual ameritan una investigación en sí misma. Si bien creo que este vínculo está presente a nivel local, su dinámica está invisibilizada y opera en la clandestinidad, a diferencia de otras regiones, como el Caribe, por ejemplo, donde el turismo sexual posee un marco político y económico que lo promueve, configurándolo como una opción más para los visitantes (Ver Agustín 2007, Rojas Moreno 2013).

que el portero de turno les da la información de las chicas y, como decía antes, eso les puede generar problemas.

Durante las conversaciones que tuve con las dueñas del almacén y del kiosco de la galería comercial, me contaban que a veces ven a las chicas con cada uno, que “¡ay mamita!”, que son “un desastre”. Y que las mismas chicas les dicen que algunos clientes ni se bañan, que están sucios. Para Marta, la mujer del kiosco, “hay que tener estómago”. Que la gente dice que la prostitución es la vía fácil, pero que ella no lo ve así porque ve a los hombres que consumen los servicios y son “¡terribles!”. Me contaba que antes de que prohibieran los avisos clasificados, donde aparecían los teléfonos de las chicas, los tipos compraban un diario, pedían una cabina, compraban un forro y subían a algún departamento. Ese era el circuito que ellos hacían.

Por otra parte, la dueña del sex shop me contó que su local es un punto clave para acceder a los servicios sexuales porque siempre llegan hombres buscando eso y ella les permite a las chicas que dejen sus tarjetas personales. Me decía que unos días atrás había pintado el negocio y había tirado todos los papeles que tenía, entre ellos, las tarjetas de las chicas. Entonces, los potenciales clientes le reclamaban ¡cómo no iba a tener! Pero ella sólo les hace el favor a las chicas. No tiene ninguna obligación ya que no vive de eso, sino de la venta de sus propios productos. En relación al tipo de hombre que llega buscando información sobre las chicas, me contaba que quizás aparece algún brasilero a comprar algo y pide una tarjeta, pero que, en general, son residentes los que más pasan. Por lo que, para ella, la temporada turística no modifica mucho ni incrementa la demanda de servicios sexuales por parte de nuevos clientes.

El promotor de una chocolatería de la galería comercial también me decía que suele tener tarjetas de las chicas *de onda*, es decir, que es un favor que él les hace. Pero que en el último tiempo no lo estaba haciendo porque no daba repartir tarjetas con fotos eróticas, de colas y tetas. Cuenta que siempre alguno lo encara para preguntarle por las chicas porque él siempre está dando vueltas por el BC o por la manzana y que se da cuenta rápidamente si están buscando servicios sexuales porque se les nota la intención que tienen. Entonces, les pasa el dato de las chicas con las que tiene más relación.

Por otro lado, hablé sobre los clientes con el encargado del cabaret del subsuelo del edificio:

Yo: y en cuanto a los clientes, los destinatarios de estos servicios, ¿hay alguna característica que los defina, en cuanto a si son residentes o turistas, cuál es el nivel socioeconómico, o si siempre son los mismos o varían?

Él: *hay de todo...*

Yo: ¿y qué sería “de todo”?

Él: *lo que abarca la palabra “todo”. Menos curas, que yo sepa, y no sé tampoco. Todas las edades que quieras, todas las clases sociales que quieras, y todas las*

profesiones que quieras.

Para él, tener relaciones sexuales con prostitutas “(...) es un fenómeno muy particular (...) es como una fantasía, un juego...” para los clientes que consumen estos servicios. Le pregunté si las chicas tenían la posibilidad de elegir a los clientes, es decir, si podían optar por brindarles o no sus servicios y me contestó que ahí nadie obliga a nadie, que si a ellas “no les gustó la cara” del tipo, pueden elegir no estar con él. Y que tampoco se lo obliga al cliente a estar con una determinada mujer si no le gusta. Que el cabaret funciona de esa manera.

Durante las conversaciones que tuve con las centroamericanas charlábamos sobre quiénes eran los que las llamaban para acordar un encuentro. Ana me contaba que “(...) de todo un poco. Locales, turismo, de todo, jóvenes, grandes, menos menores de edad. Hay menores de edad pero yo no trabajo con menores, no me gusta meterme en problemas...” Me decía que si algún cliente no le había gustado la primera vez que lo atendió, si la volvía a llamar no le contestaba el teléfono o se excusaba con que estaba ocupada en ese momento. Que si habían sido agresivos, aunque le pagaran bien, ella no iba a dejarse tratar así. Y creía que ninguna de sus compañeras se bancaba eso, que no permitían el maltrato. También me contaba una anécdota en la que había rechazado a una persona porque era discapacitada:

(...) [tenía] las manitos así [haciéndome un gesto como acortando los brazos]. Yo, cuando abrí la puerta me sorprendí, de mi departamento. Y no, me daba una pena, no es que le tenga asco ni nada, es que me daba lástima ver una persona así, con capacidades diferentes. Pero no sé, me dio así, un sentimiento, que nunca más lo atendí. Y me llamaba y me decía “me estas discriminando” y yo: “no, yo no te discrimino, lo que pasa es que no te puedo atender ahora”. Hasta que se cansó. Sí, pero cosas así que yo sé que no me voy a sentir cómoda, a gusto, no las hago...

De esta manera, Ana seleccionaba a sus clientes y expresaba tener la libertad de elegir a quién atender y a quién no. Los menores de edad, los agresivos y los discapacitados quedaban afuera de su lista de clientes. Según ella, su misma experiencia la había llevado a estar más atenta para decidir con quién sí y con quién no ya que sabía qué tipo de problemas le traería cada tipo de hombre. Otros de sus clientes frecuentes eran hombres mayores, y opinaba que ellos eran los que más le gustaban como “clientes”. Me contaba que tenía sus técnicas con ellos dada su edad, y que en algunas ocasiones intentaba darles placer aunque fuera de un modo donde no fuera ella la pasiva en la relación sexual. La pregunta que a mí me surgió respecto de los clientes mayores fue: ¿no te da[n] cosita, no te da[n]... [impresión o rechazo]? Y ella me contestó:

(...) no, si están viejos me da miedo que se vayan a morir en la cama [risas de las dos] (...) sí, encima no puedo tirarlo en el pasillo porque hay cámaras por todos lados [risas]. No, no, porque, aparte, son re piolas, divinos, son re dulces, sí, sí. Es más, es preferible tener ese tipo de personas que tener un pendejo de 20 años.

Yo, hay gente [otras trabajadoras sexuales] que no, gente que no tiene paciencia, y los trata mal y los apura. No, si todos vinieran así de 70, 80 años, yo sería feliz. Sí, son re lindos. Sí, aparte son tranquilos, no rompen las pelotas. Yo sé lo que a ellos le gusta, y sé cómo manejarlo...

Por su parte, le pregunté a Lucía cómo era el trabajo sexual y me contestó:

(...) sí, difícil, porque vos te encontrás con personas, que dios mío!, algunos que querés, mejor dicho, ¡matar! Sí. Hay personas muy pesadas. Hay personas que también son todo bien. O sea, lo tratan bien a uno, hay personas muy pesadas. Por eso yo no soy de traer a todo el mundo a mi apartamento, porque se ponen muy pesados y no me gusta la gente tan pesada, porque yo también tengo un temperamento muy fuerte, viste. No, y para salir haciendo cagadas, no. Por lo menos cuando yo siento, o que están tomados, o que están en pedo tampoco los atiende, porque para tener problema no. Porque es horrible así. Porque si me van a hacer algo, me van a tocar, duro, o alguna cosa, me va a dar rabia, viste. Entonces, no, es para problema...

Lucía contaba que tenía un carácter fuerte y que no permitía cualquier cosa. Entonces, trataba de predecir si una situación podía ser complicada y, así, evitar atender a un cliente que no le gustaba.

En el curso de la conversación salió el tema de si sentía placer cuando trabajaba y me dijo:

no, no, no, uno va. Cuando uno está con una persona uno ve que hay hombres que están listos, que aguantan, viste que, llaman la atención. Porque están limpiecitos, hay algunos que están limpiecitos, que no andan feos. Bueno, uno le hace las cosas con gusto, o sea, le hace el trabajo bien, viste. Pero ya esa gente, porque hay de todo, llega de todo, y a uno, noo, uno ya no ve la hora que bueno, pa que termine para ya uno salir de ahí. Y viene uno, se echa, igual hace bien, y se echa loción por todas partes, pa no quedar con el olor de esa persona...

En este sentido, el disfrute no era un estado común. Que un cliente le gustara no era habitual, sino que la regla general parecía más bien lidiar con personas que no la atraían. Ana compartía esta sensación ya que expresaba “(...) es muy raro [poco frecuente] te digo, después de los 365 días del año, un día. Es más, ni me acuerdo de la última vez, así, de un orgasmo, ni me acuerdo la última vez...” Mi reacción a esto fue decir “¡qué malo!”, pero ella me contestó que ese era su trabajo y que “si tratara de buscar placer no cobraría, así de sencillo”. Decía que ella estaba trabajando, ganándose su dinero y que no estaba buscando placer para ella misma, sino que su función era darle placer a otro. Mi curiosidad estaba en si ellos, los clientes, también intentaban complacerla y me decía:

(...) y me dicen, pero yo estoy tan pendiente del signo peso, que es muy difícil. Aparte es muy difícil que todos los hombres con los que estés te sientas bien, cómoda y puedas lograr un orgasmo. Ya llega un momento en que tienes en la mente escrito: esto, esto, esto, esto, y después de esto hacés esto, y ya. Tal vez hay uno, una vez al año, que te da vuelta las cosas. Y no, él viene a hacerte a ti, y no tú a él. Hací lo que tenés que hacer y listo [se decía a ella misma]. “Pero esta mujer, ¿qué va?, me sacó cagando” [diría el cliente]. A ver si no vuelve, y a mí me interesa que vuelva...

Ella tenía sistematizado qué era lo que debía hacer cuando atendía a los hombres. Y tenía bien claro que dar un servicio sexual y placer a otro era su trabajo. Ocasionalmente podía llegar a sentir atracción por un cliente, pero esto no era usual. En este sentido, las estrategias que Ana en particular utilizaba en el trabajo sexual me remitieron a un trabajo de Pasini, donde la autora analiza cuáles son los límites simbólicos de la prostitución femenina. Sostiene que las prostitutas, las “garotas de programa” -como ellas mismas se definen- en sus prácticas sexuales separan las relaciones que establecen con los clientes de las que establecen con los no clientes a través de la elaboración de reglas tales como: el uso del preservativo, no besar en la boca, no dormir con el cliente, no permitir sexo anal y no gozar. Estas prácticas están permitidas en las relaciones afectivas, pero no en las profesionales, de modo que:

(...) a través de actitudes corporales, las garotas están elaborando significados sociales expresados y compartidos en la formulación de su vida cotidiana. Más específicamente, a través de los límites corporales usados para actuar la performance de la prostitución, esas garotas de programa agencian también sus prácticas corporales en sus relaciones afectivas (...) Esas mujeres organizan su cotidiano separando su vida de la prostitución, configurando sus cuerpos como espacios de experiencia que diferencian relaciones afectivas de comerciales (Pascini, 2000: 200).

De este modo, el relato de Ana podría estar dando cuenta también de la existencia de límites que, si bien son reales porque ella intenta proceder con profesionalismo y dar el servicio que le corresponde, se tornan simbólicos ya que distinguen espacios y, sobretudo, relaciones sexuales. Sin embargo, estos límites pueden volverse difusos si ingresa la afectividad en un intercambio originalmente comercial. Abordaré este punto en el último apartado.

Por lo tanto, a modo de síntesis, en primer lugar podemos ver que hay una serie de instancias a través de las cuales los clientes o potenciales clientes pueden obtener la información sobre los servicios sexuales. Por un lado, están los clasificados online donde los/las consumidores/as cuentan con una amplia oferta y en base a sus gustos realizan el contacto con las/los trabajadoras sexuales. Por otro, y en relación al espacio mismo del mercado sexual del BC, se aprecia el mecanismo de la consulta a distintos comerciantes o empleados del edificio, algunos más dispuestos a difundir la información y otros menos, según sus responsabilidades laborales o de la relación que tengan con las chicas. Y esto sumado a la existencia de una infraestructura habilitada para el comercio sexual, compuesta por los cabarets del subsuelo del BC -antes de que éstos fueran clausurados- con plena visibilidad y acceso.

En segundo lugar, los consumidores son percibidos y representados de múltiples formas tanto por las mismas trabajadoras sexuales como por otros actores, expresando la amplia gama de sentidos que giran en torno a ellos. “Hombres”, “insistentes”, “violentos”, “de trampa”, “tipos que no pueden levantarse a una mina”, “turistas”, “locales”, “profesionales”, “de todas las

clases sociales”, “de todas las edades”, “jóvenes que salen de los boliches” , “borrachos”, “discapacitados”, “viejos”, “gente pesada”, “dulces”, “tranquilos”, “terribles”, “sucios”, son los calificativos que los/as entrevistados/as utilizaron para describir a los clientes. Así, quienes demandan los servicios sexuales en este mercado no responden a una categoría en especial, sino que las marcas con las que se clasifica/califica a los clientes son múltiples: etarias, de clase, estéticas, morales, machistas, etc. También vimos que las trabajadoras sexuales tienen sus criterios de selección y, en este sentido, sus discursos sugieren cierta autonomía en el desenvolvimiento de su actividad laboral. Esos criterios responden, más allá de los gustos, principalmente a evitar situaciones violentas. Sin embargo la experiencia parecería ser el único lugar de aprendizaje, lo que implica atravesar, en algunos casos, hostilidades con los clientes y momentos complejos. Voy a profundizar este aspecto en el próximo capítulo.

4. El trabajo sexual y las relaciones de pareja

En este último apartado quiero traer las experiencias sentimentales de algunas trabajadoras sexuales ya que las relaciones de pareja se presentan como una dimensión significativa en este análisis. Como veíamos en la introducción y en el capítulo I, el discurso hegemónico, tanto académico como público, define a la prostitución como una forma de esclavitud sexual y como el modo más extremo de subordinación de la mujer por volverla objeto de consumo, donde –todos- los hombres que frecuentan prostitutas son sexualmente violentos y capaces de abusar de las mujeres en otras áreas de sus vidas (Nencel, 2007). Sin embargo, Nencel señala que los clientes son actores relevantes que deben ser estudiados para poder abordar con mayor profundidad la heterogeneidad que existe en la forma de experimentar la sexualidad y las relaciones con las prostitutas. En esta ocasión me quiero centrar en la percepción de las trabajadoras sexuales respecto de los clientes como sus potenciales parejas ya que, como lo señalan Solana Ruíz (2012) y Piscitelli (2012) en sus trabajos, nuestras interlocutoras también han hecho referencia a la búsqueda de una pareja y al involucramiento afectivo con los clientes.

Cuando entrevisté a Diana, una colombiana que vive en Bariloche y en el Center hace 8 años, me contó que no estaba trabajando en el comercio sexual. Primero, porque el cabaret donde ella trabajaba había cerrado y segundo, porque estaba en pareja. Es decir, me dio a entender que esa situación le impedía seguir realizando la actividad. Sin embargo, encontré diferencias respecto de la relación que Ana y Lucía tenían con sus novios. A pesar de estar en pareja, Ana y Lucía continuaron trabajando y, aunque esto les traía algunos problemas en sus relaciones, nunca lo abandonaron.

La pareja de Ana, con la que salía hacía 5 años, le insistía con que dejara ese trabajo si se iban a ir a vivir juntos, pero ella se negaba porque consideraba más importantes las obligaciones que tenía con sus hijos y necesitaba trabajar para reunir dinero para mandarles. La pareja de Lucía tampoco quería que siguiera trabajando, pero ella le decía que él no podía satisfacer sus necesidades ni las de su hijo. Sin embargo, cuenta que siempre la respetó y fue bueno con ella hasta el momento de su fallecimiento.

Por otra parte, tanto la pareja de Lucía como la de Ana eran de Bariloche y los habían conocido a través del trabajo sexual. Es decir, originalmente habían sido sus clientes y quizás este hecho hacía que no les pudieran hacer reclamos por el tipo de trabajo que hacían, ya que esas eran las condiciones. Esta situación me hizo notar el grado de involucramiento afectivo que podía haber entre una trabajadora sexual y su cliente, y cómo una relación originalmente comercial podía convertirse en una relación amorosa. Este aspecto me llamó la atención porque mi supuesto era que en esa relación sexual y comercial no cabía la posibilidad de que surgiera un vínculo afectivo o de otra índole que no fuera la meramente sexual ya que, además, las mismas trabajadoras sexuales intentaban establecer esos límites simbólicos y ocuparse de su función de “dar placer sexual”.

En una noticia periodística del diario Patagónico del año 2010, titulada: “Dominicanas pagan a caletenses para casarse y obtener residencia estable”, esta interpretación se hace evidente.

En esta nota se narra la reciente llegada de migrantes dominicanas a la ciudad de Caleta Olivia, al norte de la provincia patagónica de Santa Cruz. Dice que la mayoría se dedica a la prostitución y la estrategia que utilizan para obtener la residencia permanente es comprar matrimonios. El artículo exhibe que el número de casamientos realizados entre las centroamericanas y residentes argentinos supera los 20 y, al mismo tiempo, asume que todos ellos fueron casamientos pagos donde el hombre obtuvo entre 2 mil y 4 mil pesos por la transacción, aún encontrándose en pareja con otra mujer. También se menciona que “es habitual que marido argentino y mujer dominicana nunca convivan juntos ni compartan nada, aunque se dieron aislados casos de parejas que terminaron consolidándose luego del inmenso y mutuo favor”.⁷⁴ De esta manera, la noticia sugiere que las migrantes no pueden casarse genuinamente, sino que deben comprar un marido. Si bien es cierto que el matrimonio es una de las formas más viables y rápidas para obtener la residencia en Argentina para las centroamericanas - y principalmente para las dominicanas -, ¿por qué estas mujeres no podrían establecer relaciones íntimas, afectivas o amorosas que las lleven a casarse “de verdad”? ¿Acaso por practicar la prostitución no pueden tener una pareja estable, o una

⁷⁴ Disponible en <http://www.elpatagonico.net/nota/80854/>

relación verdadera?

Cuando hablaba con Lucía sobre las características del trabajo y las relaciones sexuales pagas con desconocidos, ella me decía: “vos quisieras estar con una persona que no te deje, pero bueno, hay que cerrar los ojos y hacerlo”. Expresaba el deseo de generar una estabilidad con un hombre y decía que sólo eso podía llegar a ser el motivo para no retornar a Colombia: “bueno, solamente que me salga una persona que yo pueda, viste, ser querida por una persona. Pero así, viste, así no...”. Entonces, no parece importante si esa persona llega a través de la industria sexual o no, pero lo que sí tiene que suceder es que “no te deje” como si fuese un pase (sesión de servicio sexual) y que logre “quererte”, aceptando la realidad de estas mujeres: su trabajo y sus hijos. En relación a esto, Ana mostraba su malestar con su pareja, con la cual estaba distanciada al momento de la entrevista, ya que tenía una relación complicada porque él quería perjudicar el vínculo que ella tenía con sus hijos, lo principal en su vida. Él le decía:

A tus hijos no les vas a mandar más plata, porque ya son mayores de edad, son grandes. Al más pequeño sí porque él todavía no sabe defenderse. ¿Qué haces mandándole?" Y yo: "No te metás en mis cosas, es mi vida, son mis hijos". Bueno, hasta que entre unas idas y vueltas hace tiempo que no volvemos...

De esta manera, como cuentan las interlocutoras, a través del sexo pago también se puede producir un involucramiento afectivo, transformándose esos originalmente “clientes” en las/os “parejas/novios/compañeros” de las trabajadoras sexuales. Sin embargo, el feminismo abolicionista de la prostitución descarta la posibilidad de que entre una “prostituta” y su “prostituyente” –en sus propios términos- pueda existir un vínculo afectivo. Excluye taxativamente la presencia de un sentimiento que no esté basado en el deseo sexual ya que la coerción del hombre sobre la mujer es lo que opera en la prostitución. De esta manera, no sólo se interpela a las prostitutas desde esta posición vaciándolas de emociones – y también de agencia-, sino también a los clientes caracterizándolos como violentos en un sentido simbólico y también concreto. Así, la idea que subyace es que las mujeres que brindan servicios no pueden ser conquistadas por sus clientes ni pueden conquistarlos a ellos a través de un vínculo afectivo, sino que la relación se reduce a una relación comercial, materialista y de dominación patriarcal.

CAPÍTULO IV

Subjetividades: entre la estructura y la agencia

En este capítulo quiero detenerme en el análisis de las subjetividades de las trabajadoras sexuales migrantes que se configuran en el contexto descrito en los capítulos anteriores. Como sostiene Rose (2003), las subjetividades responden a dos mecanismos: por un lado, a la relación que un sujeto establece consigo mismo a partir de trayectorias y sentidos personales o individuales y, por otro, a las formas de control y poder externos que intentan moldear esa relación. A su vez, esas subjetividades se constituyen en el discurso (Hall, 2003) porque es en él donde las personas se posicionan y son posicionadas por otros a partir de la articulación de distintos clivajes. Como sostiene Butler las identificaciones, de género, raza, sexualidad o clase están invariablemente imbricadas entre sí, una es vehículo de la otra y, en este sentido, la subjetividad debe ser entendida como “(...) *parte de un mapa dinámico de poder en el cual se constituyen y/o se suprimen, se despliegan y/o se paralizan las identidades*” (Butler, 2002 [1993]: 176) en el proceso mismo de performatividad del sujeto.⁷⁵

Dado que mi objeto de estudio se recorta a partir de los sentidos que surgen en torno al trabajo sexual de migrantes centroamericanas en el BC, en primer lugar me centraré en las percepciones que un conjunto de actores del edificio tienen sobre estas mujeres y sobre sus prácticas. Además presentaré mi perspectiva inicial sobre las trabajadoras sexuales ya que la misma configuró mi ingreso al campo y puso en evidencia mi participación en la trama de relaciones. En un segundo momento, analizaré los relatos de las centroamericanas haciendo hincapié en sus experiencias migratorias y laborales y en los sentidos y motivaciones que ellas les otorgan a las mismas.

1. Las percepciones sobre las centroamericanas

1.1 Las mías: “Subiendo por el ascensor”

Antes de ir a los sentidos que expresaron distintos actores y que, en parte, describí en el capítulo II haciendo referencia a las moralidades e intereses que configuran las interacciones en el espacio público, quisiera contar cuáles fueron mis percepciones sobre las migrantes cuando comencé a ir al BC. Considero que reflexionar sobre ellas permitirá dar cuenta de cómo mi propia subjetividad intervino en la configuración del problema y en su abordaje y medió constantemente en el desarrollo de la investigación. De este modo, a continuación citaré un registro de campo a partir de un encuentro que tuve con una trabajadora sexual

⁷⁵ Para Butler (op. cit.) la performatividad es el acto de repetición regularizada y obligada de reglas que se efectiviza en el discurso.

migrante:

Después de haber sido rechazada por una migrante panameña ante la propuesta de entrevistarla probé, sin esperanzas, preguntarle a una chica que salía del locutorio. Le conté lo que estaba haciendo, que estaba estudiando la migración femenina y me preguntó: “¿qué es eso?” Me causó un poco de gracia, y le contesté: “esto que sos vos, inmigrante y mujer”.

Lo pensó unos segundos y me dijo: “bueno, vamos a mi apartamento”. En ese momento me sorprendió mucho su respuesta. Además de haber accedido, me estaba invitando a su casa y posible lugar de trabajo. No me lo esperaba, ya que mis anteriores experiencias con otras chicas del Center no habían sido buenas, o habían sido distintas.

Cuando subíamos por el ascensor, muchos pensamientos pasaron por mi mente, pero se pueden sintetizar en un poco de miedo y duda sobre lo que estaba haciendo. Las paredes espejadas del ascensor multiplicaban su cuerpo en muchos, lo cual hacía su imagen más imponente. Era muy alta y robusta, y yo pensaba algo así como que pelearse con ella no era conveniente. Caminamos por un largo pasillo hasta la puerta de su departamento. Mi sensación seguía siendo la misma, pero sentía que ya estaba entregada y que, además, no podía desaprovechar esa oportunidad. Mi curiosidad era grande, ¡pero el prejuicio también! Yo pensaba: ¿qué me puede hacer?, ¿matarme?, ¿robarme?, ¿que un posible compañero de cuarto o quizás un proxeneta abuse sexualmente de mí? Creo que tuve y sentí todos o algunos de los miedos sociales y cotidianos respecto del tema en esos minutos en los que fuimos desde la planta baja hasta el segundo piso.

Su casa era colorida y luminosa. Las paredes estaban pintadas de verde loro y rojo. El departamento era un monoambiente. Había una cama de dos plazas, cubierta con un acolchado con un gran estampado que tenía una imagen de un tigre. Me senté en una silla y ella en la punta de la cama. Le pregunté si podía usar el grabador. Dudó un poco, pero le dije que no sería transmitido en ningún medio y, con un poco de risas, aceptó. O por lo menos eso entendí...

(Nota de campo, 6 de marzo de 2013)

Al principio de la investigación y antes de ir al campo, consideré que el problema de estudio podía presentar posibles peligros ya que se trataba de prácticas que se daban en la clandestinidad y, en este sentido, podían estar rozando la ilegalidad. Tal vez me estaría metiendo en asuntos ajenos y eso podía molestar a posibles proxenetas. O quizás las trabajadoras sexuales reaccionarían mal ante mi pedido de acordar una entrevista con ellas porque podría estar invadiendo sus intimidades al preguntar sobre cosas de las cuales ellas, probablemente, no querían hablar. Yo había leído sobre el tema de la prostitución y sobre la dificultad de su estudio y acercamiento a los/as protagonistas, pero tenía que comprobar por mi cuenta cómo sería este caso en particular, situado en el BC. También había leído sobre el difundido prejuicio de relacionar a la prostitución con la delincuencia (Juliano, 2007).⁷⁶ Sin embargo, los sentidos que mediaron mi experiencia las volvieron peligrosas no sólo a ellas,

⁷⁶ La tendencia a relacionar a la prostitución con la delincuencia proviene de los criminalistas del siglo XIX como Lombroso (1835-1909), que sostenía que la prostitución era la manera femenina de delinquir y que había ciertos rasgos físico-biológicos y psicológicos que determinaban ese tipo de conducta inmoral (Juliano, 2007)

sino también a su entorno. Es decir, al ir metiéndome en el terreno de manera exploratoria, al intentar muchas veces establecer una interacción con las chicas –con éxito o fracaso–, y al subir por el ascensor con una de ellas camino a su departamento, como relaté en el registro, mi mirada estuvo condicionada por las construcciones e imágenes sociales que predominan sobre el tema.

A pesar de que traté de ingresar al BC desenvolviéndome con naturalidad, los momentos en que interactué con las chicas estuvieron atravesados por sensaciones de adrenalina, nervios y miedo, entremezcladas con un alto grado de curiosidad. Esos fueron los estados emocionales que definieron mi entrada al campo, previamente a escuchar los relatos de las centroamericanas y de otros actores. Al reflexionar sobre los registros no sólo revisé mi metodología sino que pude explicitar los supuestos a partir de los cuales yo las estaba viendo. En esas percepciones no estaban interviniendo cuestiones teóricas, ya que algunas de éstas señalaban justamente lo contrario a lo que yo percibía. Más bien fue el sentido común o un conjunto de sentidos comunes los que condujeron esa aproximación inicial y, principalmente, fue cierto “pánico moral” el que medió mi entrada al terreno. Como dice Weeks:

El pánico moral cristaliza temores y ansiedades muy extendidos y, a menudo, se enfrenta a ellos, no buscando las causas reales de los problemas y las características que muestran, sino desplazándolos a los “tipos diabólicos” de algún grupo social concreto (a menudo los “inmorales” o los “degenerados”). La sexualidad ha jugado un papel particularmente importante en tales pánicos, y los “desviados” sexuales han sido los chivos expiatorios omnipresentes (Weeks 1981, citado en Rubin 1989).

En este sentido, en una primera instancia, no conseguí tomar distancia de aquel pánico moral que convertía a esas mujeres en chivos expiatorios. Sus prácticas sexuales no se ajustaban a la regla o a lo “moralmente aceptable” y, en consecuencia, mi percepción las convirtió tanto en potenciales víctimas, como en peligrosas, cuando en realidad no había razones para relacionar prácticas sexuales con indicadores de seguridad o inseguridad. Además, como sostiene Rubin (op cit.), no existe un vínculo intrínseco entre las sexualidades y los temores, sino que esta asociación responde a construcciones sociales en base a determinados valores profundamente arraigados.

Como sostiene Da Matta, el problema fundamental de la antropología reside en la especificidad y relatividad de la propia experiencia ya que es ahí donde surgen los sentimientos y las emociones. Son estos aspectos los que constituyen el lado más humano de la investigación y los que refieren a la subjetividad del antropólogo para estudiar *al otro*, aunque tradicionalmente su relevancia haya estado relegada o puesta en un lugar secundario por atentar contra la pretensión de objetividad:

(...) no hay duda que todo el anecdotario referente a las investigaciones de campo

es un modo muy imaginativo de depositar en un lado oscuro del oficio, sus puntos tal vez más importantes y significativos. Es una manera muy vergonzosa de no asumir el lado humano y fenomenológico de la disciplina, con un temor infantil de revelar cuánto va de subjetivo en las investigaciones de campo... (Da Matta, 2004: 174).

Con esto no pretendo desarrollar la discusión sobre la subjetividad/ objetividad del antropólogo, que comprende un largo recorrido desde los años 80 a partir de las críticas posmodernas (ver Strathern 1987, Marcus y Cushman 1992, Clifford 1992, Marcus y Fisher 2000). Simplemente, quiero señalar la importancia de las experiencias personales, las emociones y los sentidos que intervienen en la relación con nuestros interlocutores. De esta manera, creo que una de las operaciones del *anthropological blues* que propone Da Matta, la de “transformar lo familiar en exótico”, fue la que me llevó a analizar mi mirada sobre las trabajadoras sexuales. Preguntarme por el “por qué” de mis reacciones luego de haber escrito la nota de campo, me hizo exotizar y extrañar sentidos comunes que yo también tenía profundamente incorporados al formar parte de una sociedad donde la tendencia es volver sospechoso y peligroso todo lo vinculado a la prostitución.

Sin embargo, el encuentro que tuve con la centroamericana en su departamento resultó muy bueno. Ella se mostró simpática y agradable y me hizo sentir cómoda en un lugar en el que nunca hubiera imaginado sentirme cómoda. La luz natural que entraba por la ventana y que hacía del ambiente un lugar cálido y la charla fluida que recorría sus historias acercaron su mundo al mío y, poco a poco, convirtieron lo originalmente exótico en familiar, de modo que aquel temor hacia ella y hacia “su mundo” comenzó a quedar atrás.

1.2 Las de los actores

Como dije en la introducción de esta tesina, cuando comencé la investigación, paralelamente a buscar conocer a las centroamericanas y entrevistarlas, interactué con distintas personas del edificio: comerciantes, empleados y vecinos y, entre ellos, hombres y mujeres de distintas edades. Mi interés estaba en observar las interacciones cotidianas que se daban en el lugar y conocer las percepciones que aparecían sobre el comercio sexual en el BC y, particularmente, sobre las migrantes que ofrecían servicios sexuales. De este modo, una serie de conversaciones informales durante las jornadas de trabajo de los interlocutores o durante sus recorridos habituales por el edificio, fueron produciendo sentidos diversos sobre las trabajadoras sexuales centroamericanas del edificio. Veamos, entonces, de qué forma refieren a estas mujeres y cuáles son las experiencias que eligen para hablar de ellas.

Rosa, la misma vecina que opinó que el edificio se había convertido en un prostíbulo y que iba a juntar firmas para que las echaran, como conté en el capítulo II, también dijo que

algunas eran unas maleducadas y que cuando llegaba el calor salían vestidas como querían. Me demostró la incomodidad que ellas le producían y expresó: “por lo menos que se vistan bien”. Iba a hablar con la administración otra vez, por lo menos por el tema de la ropa. Otra cosa que contaba que le molestaba eran los ruidos que hacía un grupo de centroamericanas que vivía enfrente de su departamento y la música que escuchan ya que, por culpa de ellas, a veces recién a las 5 de la mañana lograba dormirse. Porque las paredes “son así”, decía, mostrándome con sus manos lo angostas que son. Contó que, encima, tocan su timbre hombres que están buscando a *las otras* y que se confunden de departamento. Este problema también lo destacó el secretario de la administración que, a diferencia de la administradora, me dijo que el tema de las chicas sí generaba conflictos en el BC porque había gente que reclamaba. Quizás alguien había alquilado un departamento que antes se usaba para el trabajo sexual, y los nuevos inquilinos se quejaban porque seguían tocando su puerta a toda hora por ese tema. Rosa también estaba enojada porque el *prostíbulo* hacía que circulara y entrara libremente al edificio gente desconocida. Entonces, por todos estos motivos, no las soportaba más. Sin embargo, la vecina no exhibía tanta intolerancia hacia las trabajadoras sexuales *de acá*, las argentinas, ya que ellas, a diferencia de *las de afuera*, no molestan tanto porque “por lo menos no se visten como las otras”, son más discretas. “Las de afuera tienen que aprender de las argentinas”, decía, pasar más desapercibidas y vestirse con ropa menos provocadora, sin tanto escote o con ropas tan ajustadas. De esta manera, ella misma planteó la distinción entre las chicas, basada en: “las de acá” y “las de afuera”. La condición de ser local o extranjera estaba asociada con modos de estar y presentarse en público principalmente vinculados a la estética de estas mujeres.

No obstante, no todos los adultos mayores del edificio exhiben una mala relación con las chicas y, en este sentido, no es un tema de edad o algo propio de “los viejos” percibir negativamente a las migrantes que se dedican al trabajo sexual. Por ejemplo, Ema, una señora mayor como Rosa, siempre me decía que las chicas “no molestaban” y que no tenía ningún problema con ellas porque eran tranquilas. Expresaba que no tenía relación íntima con las chicas, que no era amiga de ninguna, pero que en el ascensor solía conversar con alguna. Me nombraba a una centroamericana a la que conocía un poco más. Era una mujer centroamericana de unos 45/50 años que ya no se dedicaba más a la prostitución. Se había casado y ya no vivía en el BC. Durante mis visitas al edificio podía verla entrar o salir, siempre muy simpática saludando a todos. El conserje me contaba que iba seguido porque visitaba a sus amigas.

Por otra parte, digo que no es una cuestión etaria la intolerancia hacia las chicas porque encontré opiniones similares en vecinos más jóvenes. Cuando charlaba con un chico de 21

años, él me decía que le molestaba que las chicas usaran ropa tan ajustada o remeras tan cortas porque no les quedaba bien que “la panza se les saliera para afuera”, o sea, que no era atractivo. O que usaran colores tan llamativos porque no pegaban con el entorno y con el estilo del lugar (frío, invernal, patagónico, etc.). También le molestaba que fueran algo así como “lanzadas” o demasiado extrovertidas. Me contaba la anécdota de que un día volvía a su casa, a la madrugada y que compartió el ascensor con dos centroamericanas. Entonces, en ese interín, ellas lo invitaron a su departamento como proponiéndole tener sexo pero él no aceptó diciéndoles: “no me dejan juntarme con negras”. Y cuando ellas se bajaron del ascensor murmuraron por lo bajo y, según él, lo insultaron porque las había ofendido. De esta manera, el vecino dio cuenta de que las reglas de cortesía pueden romperse si la moralidad así lo señala. Con una justificación racista, no tuvo ningún problema en no cuidar “su cara” frente a ellas, en términos de Goffman (1981), porque sus valores le indicaron que esas personas no merecían otro tipo de respuesta. Me decía que no le gustaban esas mujeres y que ellas lo remitían al contagio de enfermedades como el sida. Así, noté que la mirada que mediaba la relación con ellas las patologizaba y rechazaba. Me contaba que él también sentía cierto rechazo por parte de ellas. Decía que todo el tiempo están a la defensiva, como si las fueran a discriminar. Que son cerradas, que están en su mundo y que son ellas las que no se integran. Sin embargo, cuando ellas intentaron acercarse y socializar con el joven, fue éste quien reprodujo el estigma racial y las discriminó explicitando, además, el motivo de su rechazo.⁷⁷ Esa percepción de acoso de las centroamericanas a los vecinos del edificio, según Francisco, el conserje, la había tenido otro vecino. Una tarde había entrado al edificio quejándose y muy enojado con las chicas porque ellas lo habían molestado en la puerta giratoria y no le había gustado nada que le hicieran eso y él, además, las detestaba. Pero como cuenta Francisco, este vecino, “en realidad, no quería a nadie”. Hacía reclamos constantemente en la recepción por los ruidos que se sentían desde los departamentos, ruidos tanto de las chicas como de otros vecinos y hasta un día, había bajado muy alterado, diciendo que había tenido que dormir en la bañera. Así, cierta actitud de iniciativa sexual por parte de las trabajadoras en sus ámbitos cotidianos en el BC, parecía representarse como una característica propia del oficio y que se reproducía en todo ámbito, superando el estrictamente laboral.

Por su parte, Graciela, la dueña del almacén, contaba que se lleva bien con las chicas, que ella y su marido le dicen “las chichis” y, en cuanto a la interacción que tiene en el almacén,

⁷⁷ Para Goffman (2001[1961]), un atributo se convierte en estigma cuando se vuelve incongruente con el estereotipo acerca de cómo debe ser un individuo. En el ejemplo analizado, el estigma que se pone en juego es el “tribal”, como propone el autor, que refiere al estigma de raza, nación y/o religión. En nuestro caso, el estigma se manifiesta a partir de construcciones raciales, pero podemos pensar que también se fundamentan en discriminaciones nacionales.

algunas son más reservadas o no hablan mucho y otras son más sociables y simpáticas. Respecto de la actividad que las chicas desarrollan, la del trabajo sexual, creía que había mucha explotación. Cuando le pregunté qué quería decir con esto, ya que podía estar refiriendo a la existencia de un explotador o proxeneta, me contestó que, para ella, el tipo de trabajo es terrible o explotador. Si bien puede tener sus beneficios como el de no tener horarios fijos o trabajar cuando uno quiera, se imaginaba lo duro que debía ser trabajar de eso. Sin embargo, podía comprenderlo porque las chicas que venían de afuera eran muy pobres en sus países de origen. Decía que hay algunas chicas que no saben ni leer, que son analfabetas y, por lo que ella veía en su negocio, no saben manejar bien la plata o hacer cuentas a la hora de pagar lo que compran. Marta, al igual que Graciela, compartía la opinión de lo pobres que ellas eran, como tratando de buscar un motivo para justificar el trabajo sexual y me decía: “Yo nunca lo haría, pero las respeto. Tienen toda una historia detrás de esto: familia, necesidades.”⁷⁸

Para el encargado del cabaret las centroamericanas se dedican al trabajo sexual porque:

(...) en el fondo, si lo aceptan, es por plata (...) O sea, todo parte por la sociedad obviamente, cada uno tiene su historia, su vida. Todo parte de una necesidad, ¿no?, como todo trabajo. Obviamente es eso, en su país no tienen mucha salida laboral, o no sé cómo es. Evidentemente hay un problema, laboral, para la juventud en sus países, sino no vendría tanta migración. Y después, bueno, digamos que la diferencia de ganancia es muy grande. Y, aparte, que consiguen un montón de cosas que no las van a conseguir con otro trabajo (...) mejorar su condición de vida, la de sus hijos, casas...

El promotor de la chocolatería de la galería comercial también sostenía que las centroamericanas trabajan de eso porque ganan mucho dinero y que, entonces, es plata fácil, aunque no hizo referencia a las realidades socioeconómicas que estas mujeres atraviesan, a diferencia del encargado. Por el contrario, el joven me dijo que “las chicas son de otra raza”, que “es obvio que si son morochas son prostitutas” y que “ellas solas se quemaron”. Entonces, esto hace que no tengan la posibilidad de realizar otro tipo de trabajos y que, además, en caso de poder, tampoco les conviene hacer otra cosa porque ganarían mucho menos dinero que lo que ganan con el trabajo sexual.

Estas fueron algunas de las percepciones que surgieron de acuerdo al conocimiento que los interlocutores tenían sobre las centroamericanas que se dedican al trabajo sexual y de las interacciones que establecen en el cotidiano. Giraron en torno a las necesidades que atraviesan en sus países y a las posibilidades que les brinda el trabajo sexual para mejorar su situación socioeconómica y la de sus familias en el lugar de origen, aunque también se expresaron

⁷⁸ Observé que Marta tiene una relación muy frecuente con las centroamericanas. Ellas bajan constantemente a hablar por teléfono con sus familias, y conversan mucho con ella. Marta me cuenta que le expresan sus angustias y problemas antes o después de llamar a los respectivos países de origen.

prejuicios sobre la mujer negra y sobre el dinero fácil que se obtiene a través de la prostitución.

Por otra parte, los sentidos que produce el trabajo sexual variaron de acuerdo al lugar que ocupan los actores en esa trama de relaciones con las chicas y a partir de las subjetividades que pusieron en juego a la hora de percibir y representar al comercio sexual. Por ejemplo, Rosa, la vecina mayor, no exhibió ningún tipo de empatía hacia las migrantes sino que demostró una total intolerancia. Es decir, además de su incomodidad con el *prostíbulo* del BC, el disgusto que le generaban las centroamericanas por su estética era grande. Sin embargo, esta actitud parecía no ser propia de *los viejos* del edificio ya que, por un lado, otros adultos mayores expresaron tener una buena relación y, por otro, vecinos jóvenes también manifestaron la molestia que las centroamericanas les producían, principalmente por las escenas de acoso sexual. Por su parte, Marta, desde su lugar de mujer, expresó que no sería capaz de prostituirse, pero que podía comprender a las centroamericanas que lo hacían porque sufrían muchas necesidades y, además, mantenían a sus familias en los países de origen. Graciela sostuvo una opinión similar y dijo que ese tipo de trabajo le resultaba terrible pero que, sin embargo, al conocer las situaciones de pobreza que las chicas viven en sus países, podía entenderlas. El encargado del cabaret demostró cierta comprensión hacia el trabajo sexual que realizaban las migrantes ya que, pese a que lo hacían por la plata, las condiciones en las que vivían en sus países de origen lo justificaban. Mientras que el promotor percibió al trabajo sexual como una forma de obtener plata fácil, además de justificar que las centroamericanas trabajan en el comercio sexual porque son negras y porque ellas mismas se hicieron esa fama.

De este modo, lejos de encontrar percepciones unívocas sobre las chicas y sobre el trabajo sexual, las representaciones que las personas crean en base a sus subjetividades son diversas y dan cuenta de una multiplicidad de sentidos. Es decir, los clivajes que los interlocutores pusieron en juego a la hora de hablar de las centroamericanas y de su vinculación con el mercado sexual fueron la nacionalidad, la raza, la clase social y/o el género asociado a las responsabilidades familiares. A su vez, estas interpretaciones se entraman con los significados que las propias trabajadoras sexuales le atribuyen a su práctica y a sus experiencias, que pueden coincidir o no con la percepción que tienen otros actores. Así, en la segunda parte de este capítulo desarrollaré la perspectiva de las migrantes sobre sus experiencias migratorias y sobre el trabajo sexual.

2. Experiencias en primera persona: la migración y el trabajo sexual

Sentada en la entrada del Bariloche Center, en frente del locutorio, observo cómo en horarios de mucha circulación, alrededor de las siete de la tarde, se producen especies de embotellamientos en la puerta giratoria, lo que dificulta el ingreso o la salida de personas. Veo que cuando la puerta del “ascensor de hotel” se abre, las chicas aparecen. Con una caminata que pone en movimiento sus cuerpos, que se elevan sobre zapatos de taco alto, se dirigen hacia la salida del edificio pero, con mayor frecuencia, al locutorio. Existen momentos en los que tres o cuatro chicas se encuentran en las cabinas telefónicas mientras otras esperan su turno para usarlas. La pared vidriada del locutorio que da al pasillo de la galería, donde están ubicadas las cabinas, me permite ver las expresiones de las chicas. Veo sus rostros, sus gestos, e interpreto, por momentos, cierta preocupación, angustia, enojo o euforia. A veces escucho sus voces cuando las exaltan mientras hablan. La mujer que atiende el locutorio me cuenta que llaman a larga distancia a sus familias y, como puedo observar, pasan largos ratos hablando. Dice que gastan mucho dinero llamando a sus países y también en la compra de tarjetas de celular. El locutorio es uno de los lugares a los que más asisten estas mujeres dentro del edificio y, de hecho, es donde logré las primeras interacciones con ellas. Se volvió el contexto más accesible para encontrarlas y para observar.

(Nota de campo, septiembre de 2012)

Cuando pude acceder a conversar y entrevistar a algunas de las chicas centroamericanas del Bariloche Center, comprendí por qué el locutorio era un lugar tan concurrido por ellas. Marta me había adelantado el motivo: llamaban a familiares, pero ellas me contaron con quiénes hablaban principalmente: con sus hijos. Así, la maternidad cobró relevancia y empezó a aparecer constantemente en sus relatos. Estar acá, en un lugar de la Patagonia Argentina, podía explicarse a partir de la búsqueda de mejores condiciones económicas que las que les ofrecen sus países de origen. O también podía entenderse como una estrategia para ahorrar dinero con algún fin, como lo expresaban distintos actores del edificio cuando hablábamos sobre las chicas. Pero cuando empecé a escucharlas a ellas mismas interpreté cómo sus intereses tenían un trasfondo que iba más allá de lo que la gente con la que conversé en el edificio y yo suponíamos inicialmente.

En esta sección, mi objetivo es analizar el modo en que el tema de la maternidad fue apareciendo en los discursos de las mujeres que entrevisté y cómo la categoría de “madre” expresó y asumió sentidos particulares al estar vinculada con la experiencia migratoria y con la experiencia del trabajo sexual, tendiendo relaciones significativas entre ambas. De esta manera, referiré a ellas, en primer lugar, como “madres”, poniendo el foco en esta autoadscripción, aunque a lo largo del texto haré mayor o menor énfasis en su vínculo con otras categorías como la de “migrantes” y “trabajadoras sexuales”, según el eje de análisis.

2.1 Dos madres, dos historias

En este apartado voy a trabajar con los relatos de dos mujeres migrantes centroamericanas.⁷⁹ Cabe decir que concibo los relatos como construcciones que le dan forma a lo vivido y, en este sentido, “no remite[n] exclusivamente al individuo sino también a formas sociales, históricas, genéricas, de organización y de expresión de lo individual, pero también a dimensiones subjetivas...” (Chirico, 1992: 20). Así, el relato se constituye como una herramienta o recurso para explorar y comprender los sentidos y representaciones que los sujetos le atribuyen a acciones, acontecimientos o procesos.

La selección de dos historias se debe, en primer lugar, a que ambas accedieron a que pudiera grabar las entrevistas,⁸⁰ lo que me permite traer su propia voz a este texto. Por otro lado, sus experiencias resultaron significativas ya que las dos son madres que han dejado a sus hijos en sus países de origen y ambas trabajan en el comercio sexual. Lejos de considerarlas como representativas de todas las migrantes del BC y de la ciudad, creo que estas dos historias, por un lado, permiten recoger subjetividades que pueden ser compartidas por otras mujeres y, por otro, nos muestran cómo las interlocutoras, a través de sus narrativas re-construyen sus trayectorias. Además, como sostiene Ferrarotti, el problema de la representatividad y del número tiene poco sentido ya que “nuestro sistema social está todo entero en cada uno de nuestros actos, en cada uno de nuestros sueños, delirios, obras, comportamientos. Y la historia de este sistema está toda entera en la historia de nuestra vida individual.” (Ferrarotti 1979 en Reséndiz García 2001: 144).

La primera de las entrevistadas es Ana. Es venezolana, llegó a la Argentina y a Bariloche hace seis años y hace cinco que vive y trabaja en el edificio. Su primer destino migratorio fue Chile, pero cuenta que no le gustó porque la policía persigue mucho a las trabajadoras sexuales. Tiene tres hijos que quedaron a cargo de su madre en Venezuela. El mayor tiene 24 años y lo tuvo a los 15 años. Los otros dos, una mujer y un varón, tienen 22 y 11 años respectivamente.

La segunda es Lucía. Tiene 29 años y llegó a Bariloche hace 4 años, directo desde Colombia. Dejó a su hijo de 9 a cargo de la familia del padre inicialmente, pero, al momento de entrevistarla, el niño se encontraba al cuidado de su hermana. Empezó su viaje con una amiga de la infancia y cuando le pregunté qué la motivó a venir, me contestó:

⁷⁹ Algunos de sus relatos y experiencias fueron retomados en los capítulos anteriores para analizar aspectos tales como la elección del BC, la experiencia laboral en el lugar de destino y la percepción sobre los clientes y las relaciones de pareja. En esta ocasión haré énfasis en las trayectorias migratorias, en la maternidad y en los sentidos del trabajo sexual.

⁸⁰ Quiero destacar la dificultad de entrevistar a las migrantes, más aún si practican el trabajo sexual, y de grabar las conversaciones. En mi experiencia de campo, recibí más rechazos de las mujeres dominicanas que de migrantes de otros países. Posiblemente se deba a la mayor dificultad que encuentran para obtener la residencia permanente e insertarse laboralmente, a diferencia de las colombianas o las venezolanas que poseen mayores beneficios en términos migratorios.

(...) porque yo estaba con mi esposo, viste, y las cosas estaban mal. Yo tengo un hijo. Y estaban mal, estaban mal y, bueno, él no quería cambiar las cosas que él hacía. Y bueno, hasta que yo me cansé y, bueno, y dije... Y ya no daba más y para dejarme de él, porque nos dejábamos y volvíamos, nos dejábamos y volvíamos. Entonces, para que la cosa es parida aquí, me voy. Y yo, como las chicas estaban por acá, me voy, las cosas están así, así, yo me quiero ir (...). Y por qué me vine, porque, bueno, porque el alquiler en Colombia se lo come mucho a uno, viste. Y cuando uno no tiene un papá, no tiene una mamá, no tiene quien lo apoye a uno, bueno, uno tiene que salir a la aguerrida, porque a morir de hambre no...

Ana, en cambio, llegó a la ciudad sola. Expresa que siempre fue independiente y que, buscando en internet, surgió la posibilidad de venir a trabajar acá. Cuando hablábamos de los motivos de la migración, me contaba:

(...) no es por el dinero directamente, es porque tu hija pudo ir a la universidad, aunque le faltó un año para terminar, es un desastre ecológico mis hijos! Pero bueno, mi hijo pudo estudiar, mi hijo más chico va al colegio, tiene su transporte, viste bien... (...) Yo me puedo comer acá con mis amigas un buen asado, un plato de comida y yo sé que mis hijos tienen un mejor plato de comida. Todo pasa por la salud, por la educación, por todo, por vestirse, por todo. Acá podes hallar la diferencia a cambio del sacrificio de no estar con ellos.

Ana y Lucía expresaron ser el principal sostén económico de sus familias, ser “madre y padre de sus hijos”. No sólo durante la experiencia migratoria sino también previamente. De hecho, continúan manteniendo económicamente a la unidad doméstica de origen o colaborando significativamente en su manutención a la distancia. Como veíamos, ambas expresaron haber migrado sin sus hijos, dejándolos al cuidado de un pariente próximo. A eso agregaron que sólo durante algún período los hijos quedaron a cargo de sus respectivos padres, en ambos casos ex parejas de las migrantes, aunque finalmente otro familiar cercano se ocupó de ellos. La percepción de que sus países o lugares de origen no les brindaron ni les brindan las posibilidades suficientes para ocupar ese rol de “madre y padre” satisfactoriamente es compartida.

La migración, además, parece ofrecerles una mayor autonomía que asume un sentido específico cuando el aumento en sus ingresos posibilita el envío de remesas y se traduce en la oportunidad de darles mejores condiciones de vida a sus hijos, quizás mejores que las que ellas tuvieron a lo largo de sus trayectorias.⁸¹ Pero el aumento de poder económico de estas

⁸¹ Si bien durante el período 2002-2008 se evidencia un balance positivo en la lucha contra la pobreza en Latinoamérica ya que la misma ha disminuido en países como Argentina, Venezuela, Perú, Nicaragua, Bolivia, Honduras y Brasil a largo del sexenio, el caso de República Dominicana (junto al de El Salvador, Paraguay y Uruguay) ha registrado menores reducciones y no ha logrado disminuir la tasa de indigencia. Por otra parte, Colombia, Guatemala y República Dominicana han registrado incrementos en la concentración del ingreso, según el índice de Gini, coeficiente que mide la desigualdad en los ingresos (Bárcena, 2010). En segundo lugar, la tasa de desempleo de los países de donde provienen las interlocutoras durante el período 2011-2012 fueron mayores que la tasa de Argentina (7,2/7,3). Venezuela registró un índice de 8,3/8, Colombia un 11,5/11,6, mientras que República Dominicana un 14,6/14,3, presentando el mayor nivel de desempleo de Latinoamérica (OIT, 2012).

migrantes, que significa poder garantizar la satisfacción de distintas necesidades -las propias y las de sus hijos-, también implica y exige el sacrificio de estar lejos de ellos y de ser, de alguna forma, “madres a distancia”. En este sentido, Lucía dice:

La mayoría que viene por acá es porque necesitan algo, que no están bien, porque si uno está bien económicamente uno pa qué va a venir por acá, vio. Porque algunas, porque bueno, a veces es mejor quedarse en su casa con un trabajo, con sus hijos, y todo, que venir a esta vida, salir de su país. Por qué, porque uno se pierde muchas cosas, de su hijo, de la niñez de su hijo, todas esas cosas se pierde uno, y que a veces ellos le dicen, cuando uno lo regaña, y dicen: “qué, qué me venís a decir algo vos”, o “a mí no me regañes ninguna cosa, porque vos no sos mi mamá, vos nunca estuviste aquí conmigo”, todas esas cosas, viste...

Así, la maternidad asume formas específicas al estar mediada por la experiencia migratoria, que, en algún punto, reconfigura y transforma las relaciones madre-hijo que se tenían en el país de origen. Si antes el cuidado de los hijos era una constante para las migrantes y la interacción cara a cara con ellos formaba parte de su cotidiano, como cuentan, hoy, a miles de kilómetros de distancia, verse una vez por año y comunicarse con sus hijos, constituyen eventos muy esperados por ellas. Las migrantes expresan que los reclamos de los hijos por su ausencia física en el hogar son frecuentes, aunque ellas dicen estar en constante comunicación con ellos y al tanto de todo lo que sucede a diario. Observo el compromiso afectivo que Lucía tiene con su hijo cuando, con ojos lagrimosos, expresa:

...me hace una falta pa dormir, pa comer, pa levantarlo por la mañana, llevarlo a su colegio, para estar con él, pa pelear con él... [risas]. Ay, porque ese es más tremendo, tremendo...

Ella le promete a su niño que va a volver pronto y que “si dios quiere” ya van a estar juntos. Que si vuelve a viajar lo llevará con ella, que no lo dejará más. Y también quiere que su hijo entienda que por él está en la Argentina, aunque el niño insiste en que él no la mando a venir para acá y le pide constantemente que regrese de una vez por todas.

Graciela, la dueña del almacén del BC, me contaba que al charlar en el negocio con las centroamericanas que viven en el edificio, ellas le suelen contar cómo están y que el tema de conversación que surge con mayor frecuencia son los hijos. Recordó particularmente una situación en la que una migrante había ido a comprar al local llorando y alcoholizada. Eran las diez de la mañana de un año nuevo y la mujer venía de hablar por teléfono con su hija de 12 años que se encontraba en el país de origen. La niña le reclamaba por qué no estaba allá, en su casa. Entonces, esta madre le expresaba a Graciela que extrañaba mucho a su familia, que se sentía muy sola y más en una fecha como esa. En este caso, vemos cómo los estados anímicos de las migrantes son interpretados por las personas con las que ellas interactúan en el edificio y cómo aparece una constante referencia a las angustias que la experiencia migratoria y las distancias con los hijos les provoca.

Cuando conocí a Ana, también estaba triste por sus hijos y expresó las ganas que tenía de volver a Venezuela. Su hija estaba desempleada y no tenía interés en conseguir trabajo. Ana creía que el motivo era que ella la consentía mucho porque era su única hija mujer. También se había enterado hacía un par de meses que su hijo mayor “había caído en las drogas” y esto la tenía muy preocupada, más aún estando lejos, sin poder hacer nada.

En los relatos, tanto de Lucía como de Ana, estaba presente el deseo de traer a sus hijos o, en caso de realizar una nueva migración, llevárselos con ellas. La situación de Ana era más complicada por la edad de sus hijos y por la resistencia por parte de ellos a dejar su lugar de nacimiento y sus afectos. A Lucía, en cambio, no se le presentaban mayores dificultades debido a la corta edad de su hijo. Ella pretendía, en el momento en que la entrevisté, lograr una situación estable en destino, no sólo socioeconómica sino también conyugal y sentimental, para que eso posibilitara traer al niño. Proyectaba ir a buscar a su hijo, pero el plan original fracasó cuando su pareja falleció unos meses antes de que yo la conociera.

Entonces, las migrantes dejan a sus hijos en el lugar de origen convencidas de que eso es lo que deben hacer para lograr una mejor calidad de vida para la familia. En este sentido, podemos observar que el ideal – y exigencia social y moral- de que la madre debe ser la que se haga cargo de forma directa de todos los cuidados y necesidades del niño - entre ellas: la alimentación, la higiene y salud, la educación, la compañía y el afecto- no se ajusta a las circunstancias de estas madres. El estereotipo de madre - o de “buena madre” - se encuentra subordinado y depende, entonces, de la clase social y de los permisos y necesidades que el estrato socioeconómico otorga (Badinter, 1981). Como sostienen Claudia Pedone y Sandra Gil Araujo (2008), la maternidad de las mujeres migrantes se convierte en una *maternidad transnacional* que implica nuevos espacios de cuidado en el lugar de origen, y, por sobre todo, estrategias para sostener el vínculo en un contexto donde las relaciones madre-hijo se resignifican como producto de los desiguales accesos enmarcados, a su vez, en un mundo globalizado que ofrece o impone determinadas movibilidades.⁸²

2.2 El trabajo sexual: Tiempos, lugares y vidas fragmentadas

Así como en el apartado anterior intenté describir qué formas y sentidos asume la maternidad ante la experiencia migratoria a partir de los relatos de Ana y Lucía, ahora pretendo indagar acerca de los significados que posee la realización del trabajo sexual para ellas. Me interesa

⁸² El artículo de Magalí Gaudio (2012) sobre la migración femenina paraguaya en el AMBA, nos aporta un panorama claro de las formas que desenvuelven estas mujeres para vincularse y re-vincularse con sus hijos que, en la mayoría de los casos, son dejados a cargo de un familiar en el país de origen. Esta situación hace, además, que se tiendan lazos de reciprocidad y que surjan distintas obligaciones y conflictos entre las madres y los cuidadores.

analizar cuáles fueron sus modos de inserción en la actividad, cuáles sus motivaciones para hacerlo y qué significados le otorgan a la práctica.

2.2.1 Las formas de inserción

Como narra Lucía, su impulso de emigrar no estuvo acompañado por una decisión premeditada de convertirse en trabajadora sexual en el lugar de destino, sino que surgió en la ciudad receptora:

La mayoría cuando vienen saben. Bueno, yo no sabía, yo nunca había trabajado en esto. A lo primero me costó. “Uy que vergüenza dios mío”, y “no, yo me quiero ir, me quiero ir”, yo decía “me quiero ir para mi casa, no, yo no soy capaz”(…) Y bueno, yo a lo primero no trabajaba, porque me daba vergüenza, y yo al ver que mis amigas subían con su plata, subían contentas y todo, y yo nada, yo nada. Y me puse las pilas, me tengo que poner a trabajar, y encima que yo tengo la deuda, cuando uno deja la deuda que le prestan a uno, vio, la plata para uno llegar hasta acá...

En este sentido, cuando Lucía me habló de una deuda le pregunté de dónde provenían esos préstamos en general. Me contó que pueden ser de algún familiar o de amigos, o quizás de un prestamista privado que “no le pregunta a uno en qué va a usar la plata”. Ella particularmente ya había saldado ese préstamo inicial para migrar y contaba que su deuda actual era la que tenía por la construcción de su casa y por ese motivo estaba apurada para pagarla ya que eso posibilitaría su regreso y reencuentro con su hijo. Como mencioné en el marco teórico, el endeudamiento suele producirse para reunir el monto de dinero necesario para realizar el viaje, que puede obtenerse tanto de algún familiar, de amistades, o de agencias privadas. Este es uno de los primeros procedimientos para iniciar el plan migratorio, según la autora. Sin embargo, el préstamo también forma parte del *modus operandi* del reclutamiento de víctimas de tráfico y trata de personas. El estudio realizado por la OIM, sobre la migración, prostitución y trata de mujeres dominicanas en la Argentina (OIM, 2003) expresa que es el “reclutador”, que puede ser hombre o mujer, el que se encarga de convencer a las mujeres de las ventajas de migrar a la Argentina (como la de tener sueldos en dólares y la seguridad de conseguir trabajo) y el que realiza el contacto con el prestamista para solventar los gastos. Éstos pueden ser en pasajes, “papeles” (carta de invitación, por ejemplo), alojamiento y comida para un mes. El reclutador también es el que ayuda a la migrante a insertarse laboralmente en el lugar de destino ya que posee los contactos. La investigación expresa que es común que las mujeres hipotequen algún bien mueble para la obtención del préstamo como una garantía y, en ese sentido, la presión de la deuda se vuelve mayor ya que en la casa permanecen los hijos y/o familiares cercanos, y la pérdida de la vivienda se convierte en una posibilidad ante el no pago. Mis interlocutoras no comentaron ninguna de estas situaciones.

No mencionaron la figura de un reclutador, sino el contacto de alguna amiga o familiar que ya residía previamente en Argentina y, específicamente, en Bariloche, exhibiéndose así un proceso de cadena migratoria.⁸³ Tampoco hablaron de un préstamo con el que se hubieran sentido estafadas o víctimas, sino que el endeudamiento inicial era considerado un paso necesario para poder viajar y algo que ya habían saldado durante los primeros meses de trabajo.

Resulta complejo conocer con claridad estos mecanismos y las experiencias concretas de Ana, Lucía y de otras centroamericanas entrevistadas ya que considero que, por un lado, la investigación encuentra límites en el acceso a la cotidianeidad de las chicas o a su vida privada y, por otro, son sus narrativas las que relatan sus trayectorias. De este modo, los análisis que realizo parten de oír sus discursos y de interpretarlos. Lo cierto es que las entrevistas no expresan situaciones de fraude o engaño como las que se dan con el tráfico y la trata de personas. Ana, por ejemplo, a diferencia de Lucía, sabía a lo que venía, tenía claro qué tipo de trabajo realizaría. En relación a esto, me contaba la anécdota de una chica colombiana que lloraba y decía que la habían traído engañada. A Ana, esta situación le causaba gracia y le parecía absurda:

(...) me vas a decir que vas a un país ajeno y uno va a las que sea. Si me tocó esto lo hago, si no te gusta me regreso, pego la vuelta. Los primeros días tengo el pasaje de regreso, y allá pagas la deuda. De todas maneras se paga, pero no vas a hacer algo que no te guste...

Así, su percepción era que nadie estaba obligado a nada y que si una persona no se sentía cómoda con practicar el trabajo sexual, tenía la opción de no hacerlo. Contaba que, en los años que llevaba en la actividad viviendo en Bariloche y en el edificio, jamás vio o escuchó que hubiera chicas trabajando en contra de su voluntad y estaba convencida de que todas tenían autonomía para continuar con el trabajo sexual o dejarlo. Sin embargo, la referencia a la chica angustiada expresa otro modo de experimentar la prostitución al resistirse a realizarla por haber sido –supuestamente- engañada. Nuevamente, estas historias forman parte del relato de Ana y es su subjetividad la que actúa como óptica para contarnos el mundo de las

⁸³ Pedone define cadena migratoria como “la transferencia de información y apoyos materiales que familiares, amigos o paisanos ofrecen a los potenciales migrantes para decidir, o eventualmente, concretar su viaje. Las cadenas facilitan el proceso de salida y llegada, pueden financiar en parte el viaje, gestionar documentación o empleo y conseguir vivienda “(...). También en ellas se produce un intercambio de información sobre los aspectos económicos, sociales y políticos de la sociedad de llegada” A su vez, las cadenas migratorias forman parte de las redes migratorias, que están más extendidas, afianzadas y desarrollan dinámicas propias sujetas a contextos políticos, económicos y sociales locales y/o globales” (Pedone 2002: 4). Por otra parte, la autora sostiene que abordar el fenómeno de las migraciones internacionales en la actualidad desde la perspectiva analítica de las cadenas y redes migratorias permite recuperar la experiencia vivida por los sujetos sociales.

migrantes que se dedican al trabajo sexual. No son verdades ni mentiras, sino sus propias interpretaciones y lógicas las que nos hablan sobre sus compañeras y su entorno.

Por su parte, Lucía también se consideraba libre de hacer lo que quisiera, elegir trabajar o no hacerlo e irse o quedarse. Decía que se manejaba sola, que “nadie lo controla a uno porque ni en el boliche [cabaret] lo controlan a uno, nadie, nadie. Uno hace lo que le da su gana”. De esta manera, conversamos sobre la trata de mujeres con fines de explotación sexual, y opinaba lo siguiente:

...eso, por eso es una de las partes que yo no he salido de acá, de Bariloche, porque mis amigas, yo he escuchado que en otras partes hacen eso, viste, hacen eso. Pero acá en Bariloche, viste que acá no se escucha hablar de esas cosas, acá no. Yo he escuchado conversas, sí, viste que dicen que hay personas que hacen esas cosas, por eso es que me da miedo salir. Te imaginas que venga un fiolo a ponerlo a que trabaje, uno teniendo que mantener su trabajo, manteniendo uno a otro hombre acá. Es para que no, no! No, yo no, ojalá nunca me pase una cosa de esas.

Mi curiosidad estaba en qué precauciones tomaban para evitar una situación así al llegar a un lugar desconocido. Lucía me contaba que ella analizaba bien los lugares a los que llegaba y podía darse cuenta rápido si había “gente pesada” o no. Por otro lado, si toma la decisión de irse a otra parte, avisa a un familiar de confianza y da toda la información para que no surjan inconvenientes o para prevenir ese tipo de problemas.

2.2.2 Las motivaciones y los significados: “Esta vida te pone muy fuerte”

Cuando conversaba con Lucía sobre qué era lo que la motivaba a migrar y, de alguna forma, a trabajar en el comercio sexual, decía:

(...) si yo no tuviera hijos, yo no estuviera por acá, yo estuviera en mi Colombia, viviendo mi vida, viste. Disfrutando. Pero no, cuando uno tiene un hijo, ya no, ya es diferente la cosa...

Su percepción y conocimiento sobre otras compañeras migrantes es que:

(...) la mayoría tiene [hijos]. Y se vienen acá por el trabajo, no es porque quieren venir, ni a coger. Porque uno para coger, coge en su país... [risas de las dos]

Así, los hijos y el mandato de madre volvían a aparecer en sus discursos. Directa o indirectamente se convertían en la causa y justificación de sus decisiones. Pero lo que empecé a notar es que la opción de insertarse en el negocio sexual no era una práctica que valoraran positivamente. Tampoco era algo que pretendieran hacer para siempre y en cualquier lugar. Más bien proyectaban este trabajo a corto plazo o al tiempo necesario para cumplir con un objetivo específico. En este sentido, la práctica del trabajo sexual se constituía como algo contingente y no como una condición cuasi-natural de las centroamericanas, como lo percibían algunos actores.

En el caso de Lucía, ella manifestó el deseo de que la realización del trabajo sexual fuera temporal y, de alguna manera, esto expresaba lo que el mismo significa para ella:

La deuda que tengo ahora es la de mi casa, que si dios quiere terminaré de pagarla. Así me voy para mi casa, si dios quiere, me permite. Quisiera, quiera que bueno, le pido mucho a dios que me ayude para yo salir de esta vida, esto no es vida igual. Ay no! esto no es vida, esto no es vida. Hay gente que dice que esta es la vida más fácil, pero ah, es la más dura...

Por otro lado, que el trabajo sexual fuera desarrollado por las migrantes lejos de su lugar de origen no era un detalle menor. Esto refería nuevos sentidos. Cuando le pregunté a Lucía si cuando regresara a su país trabajaría en el trabajo sexual, ella exclamó firmemente que no, que volvería a los servicios domésticos, a trabajar a las casas de familia, como lo hacía antes, pero una vez que hubiera conseguido tener una casa propia donde vivir sin que nadie pudiera sacarla. Por su parte, Ana decía:

(...) allá yo no trabajaba en lo mismo, allá tenía un trabajo decente, por el tema de la familia, los hijos y eso...

Su madre y su hermano sabían en qué consistía su trabajo en la Argentina. Pero, según ella, sus hijos no, ellos nunca le habían preguntado lo que hacía en destino. La respuesta que me dio la sorprendió a ella misma e hizo que se quedara pensando en el tema. Se hizo un silencio en nuestra conversación y luego, riéndose, expresó que sus hijos tampoco estaban esperándola a ella sino que estaban esperando que les mandara plata.

De esta forma, la migración o el dejar el país de origen les permite a estas mujeres distanciarse de los probables juicios del entorno social y familiar al que pertenecen. Como sostiene Juliano (2010), el alejarse les permite el silencio y el ocultamiento de lo que hacen, generando una vida fragmentada entre lo laboral y lo familiar, volviendo inconmensurables estos aspectos de su vida. La autora señala que las trabajadoras sexuales deben soportar el estigma social que recae sobre ellas y, de esta manera, intentan compensar simbólicamente esa desvalorización acentuando su rol materno o justificándose moralmente desde este lugar. Intentar ser una “buena madre” se conjuga con ser una “mala mujer” o requiere de este atributo debido a las circunstancias. Ese es el horizonte de sentido que se encuentra en el relato de estas trabajadoras sexuales migrantes: ellas emigran y trabajan en el mercado sexual por y para sus hijos.

Respecto del conocimiento que tienen los hijos sobre el trabajo sexual que realizan sus madres, Graciela me contó otra anécdota de una experiencia que tuvo mientras atendía su negocio que resulta significativa para esta ocasión. Decía que una noche que estaba festejando un cumpleaños en el almacén con amigos y clientes vio a un nene de 10 años, hijo de una trabajadora sexual del edificio, llorando en pleno pasillo de la galería. Salió a verlo y a preguntarle qué le pasaba y el nene le contestó que se iba a ir de su casa porque había

encontrado a su mamá desnuda con un hombre que no era su papá. Graciela no sabía qué decirle al niño, se quedó sin palabras, pero le dijo que seguramente su mamá le explicaría todo. Mientras tanto, para evitar que se escapara, le pidió al de seguridad que le avisara a la madre que su hijo estaba ahí. Entonces, más allá de las particularidades, este caso nos sirve para pensar lo conflictivo que puede ser tanto para los hijos saber que sus madres venden servicios sexuales como para las madres explicarles o explicitarles lo que hacen. Creo que es en este sentido que la migración permite, en cierta forma y hasta cierto punto, no enfrentar este tipo de problemas, aunque sea momentáneamente.

Por otra parte, observé la sensación compartida de que el trabajo sexual resulta una labor peligrosa en muchas ocasiones. Esto se debe a que, por un lado, tratan con desconocidos y, por otro, al atender en sus departamentos privados no están lo suficientemente protegidas. Ana me decía, cuando hablábamos de este tema:

(...) esta vida, es como que esta vida te pone...muy fuerte, muy fuerte, te toca pasar de todo, lidiar con todo tipo de personas. Y al principio te cuesta, porque no es fácil. Y una cosa que te dice la gente: "ay, porque ustedes ganan mucho dinero". Sí, pero, ¿sabes qué? Tenemos el riesgo de que nos contagien un sida, tenemos el riesgo de que nos caguen a palo, de que nos violen, tenemos el riesgo de cualquier cosa. En cambio hay gente que está todo el día sentada en una oficina y todo bien, pero nosotros tenemos mucho riesgo, tenemos que lidiar con gente con buen olor, con mal olor, agresivos, buena gente, piola, hay de todo. Y bueno, nadie ve eso. Encima no tenemos a nadie que nos cuide, directamente...

En este sentido, la opción de trabajar en un cabaret a pesar de que trabajando en sus departamentos ganen más dinero, es algo que las chicas eligen. En estos espacios se les brindan mayores condiciones de seguridad a diferencia, por ejemplo, de trabajar “en la calle”. Éste es un modo de practicar el trabajo sexual del que toman distancia y se resisten ya que, justamente, el riesgo es mucho mayor. Ana expresaba: “(...) que te subas al auto de un tipo y te lleve a cualquier lado sin saber qué puede pasar, no, no me gusta, no me gusta.”⁸⁴ Además, decía que había quedado muy mal con una situación que había vivido en su departamento. No me quiso contar detalles porque sólo el hecho de recordar la ponía mal. Un policía amigo la había ayudado con la denuncia, pero cuenta que el juez no le prestó mucha atención y todo quedó en nada.

Su experiencia me hizo reflexionar acerca de los derechos que les son vulnerados a éstas mujeres por trabajar en el comercio sexual. O sea, si son trabajadoras sexuales las que

⁸⁴ En el mismo sentido, el encargado del cabaret compartía que en cabaret las chicas estaban más cuidadas. El lugar está protegido por un guardia que controla quién ingresa al local, reservándose el derecho de admisión y evitando la entrada de aquellos que se encuentran en estado de ebriedad o drogadicción. Decía: “(...) uno ve [a las chicas] con quién está[n], con quién no está[n]. En la calle te subiste a un auto y te fuiste, y quién te miró, quién vio, quién sabe, quién no sabe...”, expresando, interpreto, las ventajas que estas mujeres tienen trabajando en un cabaret.

denuncian situaciones de abuso o violación frente a la justicia tienen más probabilidades de que sus testimonios no sean tomados en serio o que sus reclamos no sean aceptados porque, en todo caso, “la culpa la tienen ellas”. Como Ana dice, es un riesgo que corren, pero lo que subyace al accionar –o a un no accionar, mejor dicho– por parte de justicia, es el no reconocimiento jurídico de la prostitución como trabajo, cuya consecuencia directa es:

(...) condenar a las prostitutas a la clandestinidad y a la desprotección frente a los eventuales abusos que pudieran sufrir, opera[ndo] como mecanismo performador de esa violencia [que el abolicionismo señala como intrínseca a la prostitución, y] constituyendo, así, una de las principales causas de quebrantamiento de un amplio abanico de derechos humanos (Heim, 2006:450).

En este sentido, Heim analiza cómo la exclusión jurídica de la prostituta, basada principalmente en criterios moralizadores, niega o limita su capacidad como sujeto de derecho y el reclamo de condiciones más justas de trabajo tales como: el derecho a la salud y a la seguridad social, entre otros. Más allá de que no tenemos acceso a la causa en concreto ni a la opinión del juez sobre el caso de Ana y el rechazo de su testimonio, podemos observar, desde su percepción, un estado de vulnerabilidad. Es decir, Ana no contó con un marco legal que la amparara en calidad de trabajadora, aunque tampoco en calidad de ciudadana porque se trataba de una prostituta. Así, la pregunta que surge es desde qué lugar le sería posible reclamar a Ana y ser atendida, si desde su lugar de trabajadora no tiene reconocimiento, y desde su lugar de ciudadana tampoco parecería tenerlo en tanto prostituta –y, quizás, también migrante y negra.

Entonces, volviendo al relato de Ana, frente a la situación traumática que había atravesado, mi curiosidad fue cómo había hecho para continuar trabajando:

M- y seguiste igual, no te costó seguir laburando?

A- *si, por eso pague el psicólogo, porque no podía retroceder, no porque estaba obligada, sino que no me quería ir, quería seguirla peleando y como que eso no me tiró al piso, yo seguí para adelante*

M- que bien eso, que difícil igual, porque cuando uno pone el cuerpo, no? Como que el cuerpo se queda con esa memoria tal vez

A- *no, no, no*

M- vos decís que pasa más por acá ? por la cabeza?

A- *sí, sí. Si yo hubiese caído en depresión, sí, no podría haber seguido trabajando. Pero no, yo seguí. No sé, como que eso me dio más fuerza y más ánimo, y como que “tomá esta experiencia, tomála, pero aprende a defenderte boluda”. Es así. Entonces yo ya sé cómo es el tema, como quien dice, pagué derecho de piso. Yo lo pagué así, otras lo pagan de otra manera. Pero, y ya nadie se me sube acá arriba, jamás, jamás...*

En este diálogo, yo le estaba planteando una idea del cuerpo muy distinta a la que ella manejaba. Para mí, que Ana hubiera sufrido lo que entendí que era una violación le habría impedido que continuara dando servicios sexuales. Yo creía que el grado de implicación de su cuerpo y cómo éste había sido afectado, causándole daños psicológicos, no hacía posible que

ella continuara en la actividad. Pero no, sucedió todo lo contrario y su respuesta dio cuenta de un modo muy diferente de vivir el cuerpo y la sexualidad. Tuvo que rehabilitarse, cuenta, pero hasta el mismo hecho la fortaleció y la obligó a que aprendiera a defenderse. Yo le preguntaba qué le había enseñado y ella refirió a las precauciones que empezó a tomar:

(...) por ejemplo, yo no trabajo después de la una de la mañana, porque todos están drogados, borrachos, locos. No trabajo más con dos personas a la vez, en mi departamento, o sea, dos hombres, uno solo.

Ana me contaba que antes atendía en su departamento hasta cuatro personas al mismo tiempo, pero que había dejado de hacer eso por los riesgos que implicaba. También decía que tenía siempre a mano algún arma blanca por precaución, por si le llegaba a suceder algo con algún cliente violento. Por otra parte, expresaba que ahora “todo el mundo la conocía en el edificio” y que eso significaba una ventaja, porque muchas personas estaban pendientes de ella y atentas, por si le pasaba alguna cosa. Para ella, “todo eso te lo va dando la vida y la experiencia”.

Considero que la experiencia del trabajo sexual posee dinámicas propias donde las mujeres que se insertan aprenden códigos para moverse dentro de él. En este sentido, podemos pensar en que se va conformando cierto “habitus del trabajo sexual”. Con esto estoy refiriendo al concepto de “habitus” que propone Bourdieu (2007) y que consiste en el sentido lógico y la disposición moral que opera en los sujetos para el desenvolvimiento de sus prácticas. Ese sentido lógico es la “lógica de la práctica”, en términos del autor, y su principal característica es la de responder a la acción humana a través de un principio ordenador que orienta las prácticas de manera inconsciente y sistemática. De esta manera, el habitus provee al sujeto de una capacidad estratégica y creativa frente a esa estructura que lo constriñe y lo limita en su agencia. El poder cobra existencia en el individuo ya que, si bien el habitus comprende cierta reproducción debido a su independencia respecto de la conciencia y voluntad de los agentes, la acción es capaz de producir transformaciones dentro la estructura. Trasladando esta compleja idea a la práctica del trabajo sexual, es posible observar que vender servicios sexuales comprende lógicas que van siendo forjadas a lo largo de las experiencias que Ana y posiblemente otras mujeres atraviesan en sus trayectorias. A partir de un conjunto de estrategias, las trabajadoras sexuales intentan poner sus propias reglas expresando autonomía en el desenvolvimiento de su labor y, al mismo tiempo, formas de resistencia a las vulnerabilidades propias de una práctica clandestina y marginal en tanto el trabajo sexual no es reconocido como tal y, en consecuencia, tampoco los derechos de los/as trabajadores/as de este mercado sexual.

3. A modo de cierre: su centro y la espera

Entonces, a partir de recorrer los discursos de distintos actores del BC, vimos que los clivajes que ellos articularon para referir a las centroamericanas trabajadoras sexuales se basaron en el género, principalmente asociado a la maternidad, en la clase social como estructuradora de sus posibilidades, y en la racialización y nacionalidad/extranjería no sólo como indicador de alteridad, sino también como una justificación de la inserción en el mercado sexual. Por otra parte, con los relatos de las migrantes que, de un modo u otro, eligieron la ciudad de Bariloche como destino de trabajo, analizamos que una de las principales y más fuertes motivaciones migratorias está constituida por los hijos. En la mayoría de los casos, los mismos permanecen en el lugar de origen, pero la intención de reagrupamiento de la familia es algo presente en los relatos de las madres. Aunque el deseo de estar con ellos lo antes posible es un sentimiento compartido, se desconocen los tiempos en los que esto podrá concretarse realmente. De este modo, podemos pensar la migración de las centroamericanas como una experiencia diaspórica (Clifford 1994, Brah 1996), ya que no estamos hablando de una desvinculación social y menos emocional con el lugar de origen, sino que está presente en sus discursos la idea de retorno y de reencuentro con los hijos. El término “diáspora” significa “dispersar desde” y, en este sentido, supone un centro, un locus o un origen. Pero creo que en nuestro caso ese centro refiere menos al espacio físico en sí que a su connotación simbólica. Los niños y jóvenes que estas madres han dejado representan “su centro”.

Así, mientras nuestras interlocutoras se encuentran dispersas en un lugar de la Patagonia Argentina, viven en la espera de un futuro que ellas sueñan como mejor. Un futuro en el que las necesidades propias y las de sus hijos están satisfechas, y donde no ingresan de ninguna forma las situaciones que hoy atraviesan ante la realización del trabajo sexual. En ese futuro está el anhelo de volver a la decencia y de volver al rol de madres que “corresponde”. En ese anhelo dejan de lado las distancias, las tristezas, el sufrimiento y, sobre todo, la espera, que se proyecta a corto plazo pero que quizás no muestra límites ni posibilidades claras.

Por lo tanto, es esa espera la que configura un lugar de transición que las vuelve liminales, en el sentido que propone Turner [1980(1964)]. La experiencia migratoria y el trabajar en el comercio sexual pueden considerarse fases liminales que suceden y anteceden dos estados determinados bien distintos: uno es un estado de pobreza material impregnado de angustias, y el otro es un estado de satisfacción que puede dar lugar a una vida mejor. En el momento en el que conocí a las chicas y las entrevisté asumí que sus proyectos en el presente y sus proyecciones para el futuro las colocaban en un proceso de cambio, en un rito de pasaje que las dotaba de cierto poder que, a su vez, producía intersticios en la estructura habilitando ciertos espacios y volviendo disponibles otras posibilidades. Creo que sólo ellas y sus destinos saben y sabrán cuánto han desafiado, cuánto han logrado, y cuánto han podido cambiar.

CONCLUSIONES

Cuando empecé a interesarme por el tema de la prostitución, la gente a la que le comentaba solía repetir una y otra vez la frase tan conocida y difundida: “la profesión más vieja del mundo...”. Eso parecía quitarle mérito a la investigación, porque qué encontraría de nuevo en una práctica tan antigua y tan naturalizada, a su vez, como consecuencia de esa antigüedad. Sin embargo, desde el inicio de la investigación sostuve que había algo nuevo, algo que estaba llamando mi atención y quizás la de otros también, algo que merecía ser abordado. Las mujeres que se dedicaban al trabajo sexual eran centroamericanas y, además, lo hacían en un espacio determinado, el BC. Es decir, a la oferta de servicios sexuales de argentinas se le había sumado la oferta de servicios sexuales de mujeres migrantes y, en este sentido, me pregunté por qué. Pero la respuesta a esa pregunta implicaba múltiples dimensiones que debían ser atendidas si la particularidad de la antropología es justamente no simplificar procesos sociales tan complejos. De esta manera, fue mejor preguntarse por el “cómo”. Es decir: ¿cómo son las subjetividades de las centroamericanas en tanto migrantes y trabajadoras sexuales? ¿Cómo es la inserción de las centroamericanas en el mercado sexual local y cómo se configura su oferta de servicios sexuales? Y, en tanto el Bariloche Center es el lugar donde un grupo de ellas vive y trabaja, ¿cómo devino el edificio espacio para el trabajo sexual? Estas fueron las preguntas que estructuraron los capítulos, respondiendo a la pregunta general de ¿cómo articula el trabajo sexual la construcción de subjetividades de las migrantes centroamericanas en el BC y qué sentidos intervienen en ese proceso?

Yendo de atrás hacia adelante, como conté en el capítulo IV, mi acercamiento a las trabajadoras sexuales y a su entorno estuvo mediado por un sentimiento de pánico que las convertía en sujetos y lugares potencialmente peligrosos. Sin embargo, el proceso de exotizar lo familiar, como propone la antropología, me permitió poner en evidencia de qué se trataba ese pánico que, además, más que mío, era social. La cercanía que sentí con las interlocutoras al acercarme a su vida cotidiana y a sus experiencias a través de sus relatos me demostró que esa percepción inicial no tenía nada de real, sino que era una construcción que hacía de las trabajadoras sexuales “prostitutas”, es decir, mujeres corrompidas, degradadas o desviadas: “malas mujeres”. “Malas” por vivir la sexualidad de manera diferente a la considerada normativa y “malas” por mercantilizar el sexo. Y, de esta manera y, en consecuencia, “malas” en todo aspecto. No obstante, como vimos, creo que sus intereses, principalmente relacionados al bienestar de sus hijos, nos dan una perspectiva diferente sobre la prostitución y hasta hace que la misma no pueda ser nombrada en estos términos. Las formas de agenciamiento entramadas con fuertes condicionamientos tensionan las vidas de las

centroamericanas y más que formular respuestas, nos llevan a hacernos preguntas tales cómo hasta qué punto logran cambiar sus realidades como ellas pretenden cuando las mejoras en sus niveles socioeconómicos están acompañadas de angustias al distanciarse de sus hijos. Por ejemplo, después de unos meses de entrevistar a Ana, le pregunté al conserje del edificio si Ana se había ido, ya que esa era su intención cuando la conocí. Su objetivo era reunir el dinero suficiente para volver a Venezuela, estar allá un tiempo y ver qué otro rumbo elegiría. Pero me dijo que no y que, además, había alquilado otro departamento permanente a través de la ayuda que él le había dado. Pasado un tiempo, me crucé a una de sus compañeras y me contó que había viajado a su país, pero que pensaba volver. Esta situación de Ana, la de querer regresar a su hogar pero, al mismo tiempo, no poder o querer hacerlo aún me llevó a pensar en las limitaciones que estructuran sus movibilidades.

Por otro lado, al preguntarme por las subjetividades y por los sentidos que produce el trabajo sexual de migrantes centroamericanas, no sólo me limité a que ellas fueran mis interlocutoras, sino que a partir de la inserción en el campo me fui relacionando con un conjunto de personas que identifiqué como actores ya que cada uno de ellos formaban parte de la trama de relaciones de las migrantes tanto en sus espacios cotidianos del edificio, como en los laborales. Cada una de esas personas desarrollaba un rol en el BC y/o en el mercado sexual y, de acuerdo a sus posiciones articularon significados diferentes en torno a las migrantes y a sus prácticas. Lejos de decir que accedí a la perspectiva de todos los que hubiese querido, las dinámicas propias del campo y, fundamentalmente, la coyuntura que dio lugar al cierre de cabarets y a un mayor control sobre los lugares donde se promueve la prostitución de forma ilegal, dificultó la llegada a determinados sujetos y espacios. Por ejemplo, hubiese sido interesante poder ingresar a los cabarets del subsuelo del BC antes de que los clausuraran para observar ese espacio y las interacciones, siempre y cuando esto respondiera a la finalidad del trabajo; o entrevistar a los dueños de estos locales para conocer sus punto de vista sobre la prostitución, o a otros empleados, además del encargado cuya perspectiva incorporo en esta tesina; o llegar a las trabajadoras sexuales argentinas. Mi intención original fue también acceder a ellas para conocer las percepciones sobre el comercio sexual, los motivos de trabajar en el BC y para indagar cómo era la relación que tenían con las centroamericanas, entre otras posibles preguntas. A pesar de que tuve acercamientos e intercambios de teléfonos, finalmente nunca logré concretar un encuentro porque siempre encontraban un motivo para evadirme. Fue claro que no querían hablarme sobre ellas. Además, el interés por conocerlas se convirtió, a veces, en una especie de acción persecutoria que me incomodó y, de ese modo, decidí dejar de molestarlas. Por otra parte, en esta investigación no incluí las perspectivas de los consumidores de servicios sexuales por razones de tiempo, de delimitación o de dificultad.

Sin embargo, considero que conocer sus sentidos sobre el sexo pago y sobre las trabajadoras es una instancia que no puede dejarse pasar si se pretenden conocer las dinámicas del mercado sexual y las relaciones que se dan en él. Así, en el capítulo III introduje la importancia de conocer las subjetividades de los clientes -como ellas mismas los llaman- aunque me centré en los relatos de las trabajadoras sexuales centroamericanas y de otros actores sobre ellos. Por lo tanto, queda abierta la posibilidad de retomar la perspectiva de los consumidores en una próxima instancia en tanto estos son los demandantes de servicios sexuales y, posiblemente, tengan un fuerte peso en la configuración de la oferta del mercado sexual. Como analicé a partir de los avisos clasificados, la oferta local se ordena en base a una serie de estrategias que los oferentes utilizan para competir en ese mercado que, más allá de las capacidades sexuales que mujeres, hombres y trans exhiben, recurren a estereotipos estructurados en torno al género, a la edad o a la procedencia, entre otros. Así es como las centroamericanas en particular, utilizan referencias a la nacionalidad, a lo caribeño y a la negritud para constituir su producto, marcas que en otro espacio laboral distinto al mercado sexual parecen limitar sus posibilidades y constituirse como fuertes condicionamientos. A su vez, el uso de esas referencias nos muestra cómo categorías que parecen funcionar como prejuicios que hipersexualizan a este colectivo, son resignificadas por los propios sujetos y convertidas en tácticas.

Por último, en el capítulo II, el interés estuvo en centrarme en el BC ya que éste era el lugar que, por un lado, contenía a las centroamericanas y, por otro lado, se constituía como espacio para el mercado sexual local. Analizar las representaciones sobre el edificio, visibles en los medios de comunicación y en producciones académicas locales, nos permitió entender por qué era el “edificio más odiado” o la “vergüenza de Bariloche” y cómo cuestiones estéticas podían producir valoraciones de tipo moral sobre el BC. De hecho, los intentos por mejorar su imagen continúan. En una nota del Diario ANB, del 14 de mayo de 2014, se anuncia una inversión millonaria en el estacionamiento del BC a partir de la construcción de un hotel que “a diferencia de la estructura vecina, (...) sólo tendrá una altura de cinco pisos y contempla el embellecimiento del mismo con una nueva fachada ‘con corpóreos, pintura texturada y cambio de maderas estropeadas, para hacer que el edificio sea más bonito, detalló Laura Fenoglio’ ”, la empresaria que llevará a cabo el proyecto. De esta manera, el edificio no deja de estar presente en el discurso público ni las intenciones por hacerlo encajar con el perfil arquitectónico –y hegemónico- de la ciudad.

Por otro lado, atender al BC nos llevó a reflexionar acerca de cómo el mismo se convirtió en un lugar disponible para prácticas consideradas marginales, tales como la prostitución. Sin embargo, esa situación pareció modificarse los meses posteriores a los allanamientos

realizados por Prefectura Naval en el mes de septiembre de 2013 a partir de la denuncia de La Alameda. Cuando ya estaba en el proceso de escritura de este trabajo y había bajado la frecuencia con la que iba al edificio, después de unos meses regresé para buscar unos archivos. Era de mañana, por lo que no se veía a las chicas circular por la galería porque en general duermen hasta tarde por su trabajo. Pasé a saludar a Graciela por el almacén y le pregunté cómo estaba todo en el edificio insinuándole cómo estaba todo con las chicas. Y la respuesta que me dio fue: “las rajaron a todas”. Sin mucho que decir, me fui con una sensación de angustia, no sólo porque las habían echado del edificio o habían dejado de alquilarles por los problemas que hubo sino porque, además, ya no tenía sentido el trabajo que había hecho. Es decir, el caso y el problema que había elegido y seguido durante más de un año parecían ya no existir. Entonces, ¿qué sentido tenía haber escrito sobre algo que ya no estaba o que, por lo menos, no se manifestaba en la misma dimensión que cuando ingresé al campo? Sin embargo, después de “hacer catarsis” con mi directora llegué a la conclusión de que si justamente la antropología se ocupa de registrar procesos de distinta índole, es inútil pretender que no sucedan cambios o que lo que conocemos en una primera instancia no se modifique con el pasar del tiempo. Es decir, en el fondo pretendía que las centroamericanas permanecieran siempre ahí o que el edificio continuara siendo una de las sedes comunes del mercado sexual local porque eso era lo que yo había escrito y escribí en esta tesina.

Pero las centroamericanas, en su calidad de migrantes, no estaban atadas a ningún lugar en especial, a menos que encontraran un motivo muy importante para quedarse, como una relación de pareja y que, además, les permitieran o posibilitaran traer a sus hijos para reunirse nuevamente con ellos. No obstante, que se hubieran ido del BC y quizás de la ciudad, no significaba que hubieran retornado a sus respectivos países, sino que podía estar sucediendo otra cosa. Lucía, en particular, me había contado que tenía el interés de irse más al sur ya que algunas amigas estaban trabajando allí, donde la situación laboral y económica parecía estar mejor que en Bariloche. Por otro lado, en una reunión con el jefe de la delegación local de la Dirección Nacional de Migraciones, surgió el mismo tema que había aparecido en las entrevistas con las centroamericanas: me dijo que las chicas se estaban yendo a ciudades petroleras y que, a partir del conocimiento que tiene por la interacción con ellas en su trabajo, Neuquén se había convertido en un nuevo destino y, en especial, el norte de la provincia. Me nombró la localidad de Rincón de los Sauces y “Loma La Lata”, región donde se ubica la localidad de Añelo, por ejemplo. Por su parte, tanto la prensa gráfica de estas ciudades y de las provincias patagónicas, como las estadísticas, destacan la presencia de centroamericanas en Río Gallegos, El Calafate, Caleta Olivia, Comodoro Rivadavia, Neuquén capital y CultralCó-Plaza Huinca -todas ubicadas en las cuencas petroleras de la Patagonia- y, sobre

todo, su directa vinculación con la prostitución. De esta manera, surge el interés de continuar este trabajo redireccionándolo hacia el estudio del mercado sexual en contextos petroleros y de la participación de las migrantes centroamericanas en el mismo, para conocer las dinámicas y características que asume el trabajo sexual en localidades que basan su economía y se configuran en torno a la industria hidrocarburífera.

Por último, para terminar, quiero expresar la satisfacción de haber desarrollado esta investigación, de reflejar una parte de ella en estos escritos y de haber conocido y reflexionado sobre una realidad tan desconocida para mí. No sé si los interlocutores que aparecen en estas páginas estarán de acuerdo con las palabras de este trabajo o si servirá de algo. Pero de lo que sí estoy segura es que haberle prestado atención a las experiencias de las centroamericanas y a los sentidos que produce su trabajo sexual nos acerca un poco más a sus vidas y nos hace repensar las representaciones existentes sobre ellas.

Quizás a largo plazo dejen de ser tan *otras*.

Esto es sólo un pequeño paso para contribuir a eso.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Agustín, Laura Ma. (2007) *Sex at the margins. Migration, Labour Markets and the Rescue Industry*. London: Zed Books
- Angenot, Marc (2010): “Prefacio” y “El discurso social”. En *El discurso social. Los límites históricos de lo pensable y lo decible*. Buenos Aires: Siglo XIX Editores. Pp. 13-85.
- Arjun Appadurai(1991[1986]): Introducción: “Las mercancías y la política del valor”. En Appadurai A. (ed.) *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías*. México: Grijalbo. Pp. 17-88.
- Augé, Marc (1992): *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*, Barcelona: Gedisa.
- Badinter, Elizabeth (1981): “Capítulo 5. La nueva madre”. En *¿Existe el amor materno?* Paidós. Pp. 165-195.
- Balbi, Fernando A. (2007): “Moral, intereses y comportamiento: sobre el carácter cognitivo de los valores morales”. En *De leales, desleales y traidores: Valor moral y concepción de política en el peronismo*. Pp. 61-94. Buenos Aires: Antropofagia.
- Bárcena, Alicia (2010): “Restricciones estructurales del desarrollo en América Latina y el Caribe: una reflexión postcrisis”. En *Revista CEPAL N° 100*. Publicación de las Naciones Unidas. Pp. 7-28.
- Bidaseca, Karina, et. al. (2011): “Para una reflexión sobre la negritud femenina latoniamericana. Voces de mujeres afrodescendientes en la ciudad de Buenos Aires”. En Bidaseca, K. y V. Vázquez Laba (Comps.) *Feminismos y poscolonialidad. Descolonizando el feminismo desde y en América Latina*. Buenos Aires: Ediciones Godot. Pp. 215-259.
- Bourdieu, Pierre (2007): *El sentido práctico*. España: Siglo XXI Editores.
- Brah, Avtar [1996(2011)]: Cap. 6 “Raza y cultura en mercados laborales marcados por el género. Las jóvenes musulmanas surasiáticas y el mercado laboral.” Y Cap. 8 “Diáspora, frontera e identidades transnacionales”. En *Cartografías de la diáspora. Identidades en cuestión*. Traducción: Sergio Ojeda. Traficantes de sueños. Pp. 157- 181 y pp. 209-242.
- Briones, Claudia (2002): “Mestizaje y Blanqueamiento como Coordenadas de Aboriginalidad y Nación en Argentina”. En *RUNA*, Universidad de Buenos Aires, vol. XXIII: 61-88. ISSN 0325-1217.
- Briones, Claudia (2004): “Construcciones de aboriginalidad en Argentina”. En *Société suisse des Américanistes / Schweizerische Amerikanisten-Gesellschaft N° 68*: 73-90.
- Briones, Claudia y Alejandra Siffredi (1989): "Discusión introductoria sobre los límites teóricos de lo étnico" En *Cuadernos de Antropología N° 3*. Pp. 5-24
- Brow, James (2000 [1990]) “Notas sobre comunidad, hegemonía y los usos del pasado”. En Skura, S. (comp.) *El habla en interacción: la comunidad*. Buenos Aires: OPFyL-UBA. Pp. 21-49.
- Butler, Judith (2002 [1993]): *Cuerpos que importan: sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*. Buenos Aires: Paidós.
- Chirico, Magdalena (1992) “El retorno de lo biográfico”. En *Los relatos de vida. El retorno a lo biográfico*. M. Chirico (estudios preliminares y compilación). Buenos Aires: CEDAL. Pp. 7-24.
- Clifford, James (1992): “Sobre la autoridad etnográfica”. En C. Reynoso (comp.) *El surgimiento de la Antropología Posmoderna*. España, Gedisa editorial. Pp. 141-170.
- (1994): “Diasporas”. En *Cultural anthropology*, vol. 9, N° 3, pp. 302-338.
- Daich, Deborah (2012): “¿Abolicionismo o reglamentarismo? Aportes de la antropología feminista para el debate local sobre la prostitución”. En *Runa N°33(1)*:71-84.
- Da Matta, Roberto (2004): “El oficio de etnólogo o cómo tener Anthropological Blues”. En M. Boivin, A. Rosato, y V. Arribas (comps.) *Constructores de otredad. Una introducción a la*

antropología social y cultural. Buenos Aires: Antropofagia. Pp. 172-178.

Deleuze, Gilles (1987): “Los pliegues o el adentro del pensamiento (subjetivación)” En *Foucault*, Barcelona, Buenos Aires, México: Ediciones Paidós, pp. 125-58.

Díaz Barrero, Gloria P. (2005): “Stripers, bailarinas exóticas, eróticas: identidad e inmigración en la construcción del Estado Canadiense”. En *Cuadernos Pagú*, N° 25:129-152.

Dirección Nacional de Migraciones (2010): Ley de Migraciones N° 25.871. Decreto 616/2010

Doezema, Jo (2002): “Who gets to choose? Coercion, consent, and the UN Trafficking Protocol”. En *Gender & Development* N°10:1. Pp. 20-27.

Douglas, Mary (2007 [1966]): *Pureza y Peligro. Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*. España: Siglo XIX Editores.

Fairclough, Norman (2001): “El análisis crítico del discurso como método para la investigación”. En R. Wodak y M. Meyer *Métodos de Análisis Crítico del Discurso*. Barcelona: Gedisa. Pp. 179-203.

Fernández-Casanueva, Carmen (2009): “Experiencias de mujeres migrantes que trabajan en bares de la frontera Chiapas-Guatemala”. En *Papeles de Población* N° 15: 59. Pp. 173-192. Universidad Autónoma del Estado de México. Disponible en <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=11205905>

Gaudio, Magalí (2012): “Mujeres paraguayas en el Área Metropolitana de Buenos Aires. Decisión migratoria, relaciones familiares y maternidad a distancia”. En *Revista Temas de Antropología y Migración* N° 3. Pp. 40-60.

Geertz, Clifford (1994[1983]): “El sentido común como un sistema cultural”. En *Conocimiento local. Ensayos sobre la interpretación de las culturas*. Paidós Básica. Pp. 93-117.

----- (2003[1973]): “Ethos, cosmovisión y el análisis de los símbolos sagrados”. En *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa editorial. Pp. 118-130.

Gell, Alfred (1991[1986]): “Los recién negados al mundo de los bienes: El consumo entre los gondos muria”. En Appadurai A. (ed.) *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías*. México: Grijalbo. Pp.143-178.

Goffman, Erving (2001[1961]): “Estigma e identidad social” y “El yo y el otro”. En *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu editores. Pp. 11-45 y 148-157.

----- (1966): “Behaviour in public places; notes on the social organization of gatherings”. New York: The Free Press, New York. Pp. 83-88 (Traducción).

----- (1981): *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Editorial Amorrortu.

----- (1991 [1976]): “La ritualización de la femineidad”. En *Los momentos y sus nombres*. Textos seleccionados y presentados por Ives Winkin. Barcelona: Paidós Ibérica. Pp. 135-198.

Grossberg, Lawrence (1992): “Power and Daily Life”. En *We Gotta Get Out of This Place. Popular Conservatism and Postmodern Culture*. New York: Routledge. Pp. 89-112. (Traducción interna).

Grossberg, Lawrence (2003): Identidad y estudios culturales: ¿no hay nada más que eso? En Stuart Hall y Paul du Gay (comps.) *Cuestiones de identidad cultural*. Buenos Aires: Amorrortu. Pp. 148-180.

Guy, Donna J. (1994): *El sexo peligroso: la prostitución legal en Buenos Aires, 1895-1955*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

Hall, Stuart (1993): ¿Qué es lo negro en la cultura popular negra?. En *Social Justice* 20, 1-2. Traducción: V. Dritz-Nilson, Valeria Suárez. Corrección y revisión: Miranda Lida. Pp. 104-202.

Hall, Stuart 2003: Introducción: ¿Quién necesita identidad?. En Stuart Hall y Paul du Gay (comps.) *Cuestiones de identidad cultural*. Buenos Aires : Amorrortu. Pp. 13-39.

Hall, Stuart (2010): “Significación, representación, ideología: Althusser y los debates postestructuralistas” En Eduardo Restrepo, Catherine Walsh y Víctor Vich (eds.) *Sin garantías: Trayectorias y problemáticas en estudios culturales*, Popayán: Envió Editores, pp.

193-220.

Halliday, Michael A.K (1982): "Una interpretación de la relación funcional entre el lenguaje y la estructura social". En *El lenguaje como semiótica social. La interpretación social del lenguaje y del significado*. México: Fondo de Cultura Económica. Pp. 237-249.

Hubbard Phil y Teela Sanders (2003): *Making space for sex work: Female street prostitution and the production of urban space*. En *International Journal of Urban and Regional Research*. Vol 27: 1. Pp. 75-89.

Heim, Daniela (2006): "La prostitución a debate: el abolicionismo desde la perspectiva de la defensa de los derechos de las trabajadoras sexuales". En *Nueva doctrina penal*, N° 2. Pp. 441-467.

Juliano, Dolores (2005): "El trabajo sexual en la mira. Polémicas y estereotipos". En *Cadernos Pagu* N°25. Pp. 79-106.

----- (2007): "El pánico moral". En *Estudios de derecho judicial*, Consejo Federal del Poder Judicial, España. N° 131. Pp. 41-54.

----- (2010): "Sacando adelante hijos e hijas. Migración y trabajo sexual". En Grupo Interdisciplinario de Investigador@s Migrantes (coord.) *Familias, jóvenes, niños y niñas migrantes. Rompiendo estereotipos*. España: IEPALA Editorial

----- (2012) "Género y trayectorias migratorias en época de crisis". En *Papers: revista de Sociología* N°97:3. Pp. 523-540.

Justo von Lurzer, Carolina (2006): "Aproximación a la problemática de la prostitución y su vinculación con las migraciones." En *Actas de Congreso Argentino de Estudios sobre Migraciones Internacionales y Políticas Migratorias y de Asilo*. Buenos Aires.

Kempadoo, Kamala (2005): "Mudando o debate sobre o tráfico de mulheres". En *Cadernos Pagú* N° 25. Pp. 55-78.

Kropff, Laura (2001): *De cómo paisanos y chilotes devienen vecinos. Migración identidad y estado en San Carlos de Bariloche*. Tesis de Licenciatura en antropología sociocultural, FFyL, UBA. Mimeo.

----- (2005): *Bariloche: una suiza argentina?*. En *Desde la Patagonia: difundiendo saberes*, (2). Pp. 32-37.

Kopytoff, Igor (1991[1986]): "La biografía cultural de las cosas: La mercantilización como proceso". En Appadurai A. (ed.) *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías*. México: Grijalbo. Pp. 89-124.

Landry, Véronique (2012) "Mujer, migración intrarregional e invisibilidad". En *Revista Nomadías* N° 16. Pp. 99-117.

Le Breton, David (2012): "Por una antropología de las emociones". En *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad- RELACES* N°10. Año 4. Córdoba. Pp. 67-77.

Lefebvre, Henri (1991 [1974]): *The production of space*. (Trans. Donald Nicholson-Smith). USA: Blackwell Publishing.

Lindón, Alicia (2009): "La construcción socioespacial de la ciudad: el sujeto cuerpo y el sujeto sentimiento". En *Cuerpos, Emociones y Sociedad*, N° 1:1. Pp. 6-20.

Lolich, Liliana (1995): "San Carlos de Bariloche: una ciudad de pioneros". En *Patrimonio Arquitectónico y Urbano de San Carlos de Bariloche*. T. II. Municipalidad de San Carlos de Bariloche. Pp. 5-15.

MacKinnon, Catharine A. (2010): "Trata, Prostitución y Desigualdad". En *"Discriminación y género. Las formas de la violencia"*. Ministerio Público de la Defensa, Buenos Aires, Argentina. Pp. 15-30.

Magliano, María José (2012): "Migración de mujeres bolivianas hacia Argentina: cambios y continuidades en las relaciones de género", en *Amérique Latine Histoire et Mémoire. Les Cahiers ALHIM* N° 14

Magliano, María José y Silvina M. Romano (2011): "El desarrollo y las migraciones femeninas en la agenda política sobre migraciones internacionales: universalismo etnocéntrico

- y colonialidad de género”. En Pizarro (comp.) *Migraciones Internacionales Contemporáneas: Estudios para el debate*. Buenos Aires: CICCUS. Pp. 39-61.
- Marcus, George E. y Dick E. Cushman (1992): “Las etnografías como textos”. En C. Reynoso (comp.) *El surgimiento de la Antropología Posmoderna*. España: Gedisa editorial. Pp. 171-213.
- Marcus, George E. y Fisher, Michael (2000): Capítulo I. La antropología como crítica cultural. Un momento experimental en las ciencias humanas. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Marx, Karl (2005[1867]): “La mercancía”, “El proceso del intercambio” y “El dinero o la circulación de mercancías”. En *El Capital*. Tomo I, vol. 1. México: Siglo XXI Editores. Pp. 43-175.
- Massey, Doreen (2005): “La filosofía y la política de la espacialidad: algunas consideraciones”. En Leonor Arfuch (comp.) *Pensar este tiempo. Espacios, afectos, pertenencias*. Buenos Aires: Paidós. Pp. 101-128.
- Matossian, Brenda (2013): “Transformaciones recientes en la composición migratoria de Bariloche: del espacio fronterizo a la movilidad global”. Ponencia presentada en V Jornadas de Historia Social de la Patagonia. Bariloche.
- Méndez, Laura y Wladimiro Iwanow (2001): “El otro turismo”. En *Bariloche: las caras del pasado*. San Carlos de Bariloche: Manuscritos. Pp. 180-195.
- Monkevicius, Paola C. (2013): “No tenía que haber negros”: Memorias subalternas y visibilización entre afrodescendientes e inmigrantes africanos en Argentina. En *Revista Publicar*. Año 10, N° 12. Pp. 87-105.
- Narvaja de Arnoux, Elvira (2006): “Presentación”. En *Análisis del discurso*. Buenos Aires: Santiago Arcos. Pp. 13-30.
- Narotzky, Susana (2003): “Economía y cultura: la dialéctica de la antropología económica”. En *Quaderns de l'Institut Català d'Antropologia*, ISSN, 0211-5557. Pp. 133-143.
- Nencel, Lorraine (2008): “Pacharacas, Putas, Chicas de su casa: etiquetando feminidad y sexualidad masculina en Lima”. En Melhuus M. y Stolen K.A. (comps.) *Machos, putas, santas. El poder imaginario de género en América Latina*. Buenos Aires: Antropofagia. Pp. 65-88.
- OIM (2003): *Migración, prostitución y trata de mujeres dominicanas en la Argentina*. Buenos Aires: OIM
- OIT (2012): *Panorama Laboral 2012. América Latina y el Caribe*. Lima: OIT / Oficina Regional para América Latina y el Caribe.
- Oso Casas, Laura (2003): “Estrategias migratorias de las mujeres ecuatorianas y colombianas en situación irregular: servicio doméstico y prostitución en Galicia, Madrid y Pamplona”. Facultad de Sociología-Universidad da Coruña. Disponible en: <http://www.rigys.org/estudio/0015.pdf>
- Pedone, Claudia (2002): “El potencial del análisis de las cadenas y redes migratorias en las migraciones internacionales contemporáneas”. En García Castaño, F.J y Muriel López, Carolina (eds.) *Actas del III Congreso sobre la inmigración en España. Contextos y alternativas*. Granada: Laboratorio de Estudios Interculturales, Vol.II, pp. 223-235.
- Pedone, Claudia y Sandra Gil Araujo (2008): “Maternidades transnacionales entre América Latina y el Estado español. El impacto de las políticas migratorias en las estrategias de reagrupación familiar.” En Solé, C., Parella, S. y Cavalcanti, L. (comps.) *Nuevos retos del transnacionalismo en el estudio de las migraciones*. Documento del Observatorio Permanente de la Inmigración N°19. Pp. 151-176.
- Piscitelli, Adriana (2012): “Migración, género y sexualidad. Brasileñas en los mercados del sexo y del casamiento en España”. En *Mora* N°18:2.
- Polanyi, Karl (1976): “El sistema económico como proceso institucionalizado”. En M. Godelier (comp.) *Antropología y economía*. Barcelona: Anagrama. Pp. 155-178.
- Puglia, María de las Nieves (2013): “Si vendiera mi cuerpo no estaría acá”: la

- problematización de las trabajadoras sexuales sobre la cuestión de la “venta del cuerpo”. En *Actas del congreso “X Reunión de Antropología del Mercosur”*, del 10 al 13 de julio de 2013, Córdoba.
- Reséndiz García, Ramón R. (2001): “Biografía: proceso y nudos teórico-metodológicos”. En Tarrés, M. L. (Ed.). (2001) *Observar, escuchar y comprender: Sobre la tradición cualitativa en la investigación social*. México: FLACSO. Pp. 135-170.
- Restrepo, Eduardo (2013): Introducción. En *La etnicización de la negritud: la invención de las “comunidades negras” como grupo étnico en Colombia*. Colombia: Ed. Universidad del Cauca. Pp. 13-28.
- Rodriguez Velázquez, Katsí Yari (2011): “Entre la negación y la explotación: políticas de sexualidad sobre los cuerpos de las mujeres negras”. En Bidaseca, K. y V. Vázquez Laba (Comps.) *Feminismos y poscolonialidad. Descolonizando el feminismo desde y en América Latina*. Buenos Aires: Ediciones Godot. Pp. 153-162.
- Rojas Moreno, Alejandra (2013): “Colombia no sólo exporta café, también exporta putas”: Trabajadoras sexuales en la Industria Transnacional del Sexo. En VII Jornadas de Investigación en Antropología Social, FFyL, UBA, Buenos Aires.
- Rose, Nikolas (2003): “Identidad, genealogía, historia”. En Stuart Hall y Paul du Gay (comps.) *Cuestiones de identidad cultural*. Buenos Aires : Amorrortu. Pp. 214-250.
- Rubin, Gayle (1989): Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad. En: Vance, Carole S. (Comp.) *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina*. Madrid: Ed. Revolución, Madrid. Pp. 113-190.
- Sabsay, Leticia (2011): *Fonteras Sexuales: Espacio Urbano, Cuerpos y Ciudadanía*. Buenos Aires: Paidós.
- Serigós, Ernesto (2007[1964]): *El “médico nuevo” en la aldea*. Buenos Aires: GAC Libros.
- Schutz, Alfred, y Thomas Luckmann (2001 [1973]): “El mundo de la vida cotidiana y la actitud natural”. En *Las estructuras del mundo de la vida*. Amorrortu editores. Pp. 25-39.
- Solana Ruiz, José Luis (2012): “Trabajadoras inmigrantes en el mercado de los servicios sexuales de la provincia de Jaén. Algunos resultados de una investigación en curso, ilustrados con siete relatos de vida”. En *Gazeta de Antropología* N° 28:1, artículo 17.
- Soley-Beltran, Patricia (2010): “Cuerpos ideales. Una aproximación interdisciplinaria al estudio de las modelos de moda”. En *Quaderns de l'Institut Català d'Antropologia*. Pp. 107-134.
- Stolcke, Verena (2000): “¿Es el sexo para el género lo que la raza para la etnicidad...y la naturaleza para la sociedad?” En *Revista Política y Cultura* N° 104, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, DF México. Pp. 25-60.
- Strathern, Marilyn (1987): “Los límites de la auto-antropología”. En A. Jackson (ed.) *Anthropology at Home* 1. London and New York: Tavistock Publications. Traducción: Laura Vugman.
- Turner, Víctor (1980 [1964]): “Símbolos en el ritual ndembu” y “Entre lo uno y lo otro: el periodo liminar en los ritos de pasaje”. En *La Selva de los Símbolos. Aspectos del ritual ndembu*. Siglo XXI. Pp. 21-52 y 103-123.
- Villa Camarma, Elvira (2010): “Estudio antropológico en torno a la prostitución”. En *Cuicuilco* N°17:49. Pp. 157-179.
- Wolf, Mauro (1979): “Erving Goffman, o la descalificación de la inocencia”. En *sociologías de la vida cotidiana*. Cátedra, Colección Teorema. Pp. 80-85.